

EL SER HUMANO Y EL MUNDO ANIMAL

4º

Contenido

Prólogo por Howard Copland

Introducción

Primera Parte

1. La Cabeza, el Tronco y las Extremidades
2. La Sepia
3. La Foca
La foca mascota de la Señora Farr
4. El Caracol
5. El Ratón de Cosecha
6. El Venado Rojo
Corrie, el pequeño venado
7. El Erizo
Prickles, el erizo
8. El Águila
Kiah, el águila dorada
9. Las Extremidades

Segunda Parte

10. El Elefante
Tembu, el elefante hindú
11. El Caballo
Blackie, el caballo
Ann en la pradera
12. El Oso
Gerard y Denys en el Bosque
Jessie y el oso grizzli
13. El León
14. Buddy, el Perro Guía

Algunos enlaces de poemas y canciones

Prólogo

El contenido de este libro se basa en los apuntes de Charles Kovacs para el bloque de “*El Ser Humano y el Mundo Animal*,” el cual se imparte generalmente en los colegios Waldorf como parte del currículo del **Cuarto Grado**, para niños de entre nueve a diez años. Dado que Kovacs enseñaba en Edinburgh, la selección de animales sigue una línea esencialmente escocesa, pero es probable que profesores de otras partes del mundo prefieran enfatizar su propia fauna local. La Segunda Parte fue impartida durante el siguiente año escolar, pero desafortunadamente el final del manuscrito se perdió. Con la idea de completarlo – y como antiguo alumno del Sr. Kovacs – me he tomado la libertad de añadir los capítulos sobre el león y el perro guía, Buddy. Se han incluido tres canciones del trabajo artístico que originalmente acompañaron el período de la lección principal.

Charles Kovacs sigue la sugerencia hecha por Rudolf Steiner de hablar sobre los animales como animales-cabeza o animales-tronco.¹ Para una discusión científica y minuciosa sobre el tema, nada mejor que remitirse al libro, *Hombre y Mamíferos*, de Wolfgang Schad y al artículo “Viendo al Animal de Forma Integral” de Craig Holdrege. No se pretende en lo absoluto que el presente volumen sea usado como un libro de texto a seguir – se espera más bien que actúe como un estímulo para la creatividad de profesores individuales que trabajan con sus propias clases particulares.

Howard Copland

Introducción

(Extraído de una charla dada por Charles Kovacs a los padres de su clase)

Una parte significativa del bloque fue destinada al “*Ser Humano y el Mundo Animal*,” y quisiera explicar la importancia que le adjudicamos. Por supuesto que uno podría decir de forma muy simplificada: les contamos a los niños de esta edad sobre animales sencillamente porque les gusta escuchar sobre ellos. Es un hecho básico el gran interés que muestran los niños por los animales, interés que frecuentemente adopta formas bastante asombrosas – una vez escuché una historia muy típica de la actitud del niño hacia los animales. Un padre llevó a su pequeño hijo a una galería de arte en donde había una de esas inmensas pinturas históricas que mostraba a los mártires cristianos siendo lanzados a los leones en un coliseo romano. El padre le explicó al hijo sobre lo que trataba la pintura y le habló por largo rato sobre el heroísmo de los mártires. De repente fue interrumpido por su crío, quien excitadamente señaló una esquina de la pintura: “¡Mira papi, mira, allí hay un pobre león que no pudo atrapar un mártir!”

Pero aquí tenemos que distinguir entre el interés que siente el niño por los animales antes de los nueve a diez años, y el interés bastante diferente que desarrolla cuando llega al Cuarto Grado. El niño más pequeño ve y siente al animal como algo que pertenece al mundo de los cuentos de hadas, y no considera algo extraordinario el que se le cuente sobre animales que hablan o actúan como si fuesen seres humanos. Esto ya no sucede más con el niño de nueve a diez años de edad,

¹ Rudolf Steiner, *Consejo Práctico para los Profesores*, Conferencia 7.

quien despierta al hecho de que los animales son esencialmente diferentes a los seres humanos. En pocas palabras, tenemos ahora el inicio, la primera realización de que el mundo de la naturaleza es diferente al mundo del ser humano. Entonces, ¿qué ha ocurrido en la mente del niño para que suceda este cambio?

Me gustaría explicar este cambio lo más claramente posible, sobre todo porque puede ser la clave para poder entender la mentalidad del niño de esa edad; pero también porque la comprensión de ésta nos esclarecerá sobre cómo es que trabaja la mente adulta. Nosotros los adultos distinguimos claramente, de forma necesaria y natural, entre dos funciones mentales: el pensamiento racional y lógico, y la imaginación. Hay que mantener estas dos funciones muy separadas pues, de no lograrlo, uno podría ser considerado anormal. Pero, así como ocurre con dos ramas, estas dos funciones crecen de un mismo tallo; en el tallo no están divididas, sino que son una. Y esta división que hoy en día consideramos incuestionable no es, históricamente hablando, más antigua que la filosofía griega o que la ciencia griega, esto es aproximadamente 500 AC. Antes de esta época, aún los adultos tenían un tipo de mente en el que el pensamiento racional y la imaginación no eran dos cosas diferentes, sino una. No ha de sorprender entonces que, en esas épocas antiguas, la filosofía o la ciencia fuesen diferentes a como las concebimos hoy en día; por ejemplo, no se percibía a la naturaleza como lo hace un científico moderno, sino que ésta iba unida a la mitología, poblada de seres, dioses y monstruos.

Hasta cierto punto, el niño menor de nueve a diez años todavía vive en esta etapa, en donde lo racional y el elemento irracional e imaginativo de la mente humana no están todavía divididos. Para este joven niño, el enunciado *“un dragón amenazaba a la princesa”* y el enunciado *“dos por dos es igual a cuatro”* no son categorías diferentes; éstas son incorporadas como realidades del mismo tipo. Y, si es que indujéramos al joven niño – como podríamos hacerlo – a que haga una distinción clara entre las dos, le haríamos un daño irreparable. Forzaríamos al niño a un desarrollo mental acelerado que luego se manifestará en la pubertad como disturbios emocionales. Sin embargo, esta división empieza naturalmente a la edad de nueve y diez años, cuando la facultad del pensamiento racional empieza a alejarse de lo imaginativo. Esta es la razón por la cual los niños necesitan alimentar su capacidad intelectual, y ya no quieren escuchar acerca de animales a través de fábulas y cuentos de hadas, sino a través de descripciones más objetivas. De hecho, el niño aspira a ingresar al mundo de la ciencia.

Este momento, cuando conducimos al niño hacia el portal de la ciencia, es muy importante. Aquí hay algo que definitivamente tiene que ser evitado: lanzar al pobre niño de esta edad al gran conglomerado de teorías e hipótesis que tan frecuentemente son confundidas con la verdad científica *“establecida.”* Y esto ocurre de forma particular en relación al mundo animal. Ya desde fines del siglo diecinueve muchas personas interpretaban erróneamente el reino animal como un mundo regido por batallas feroces en donde sobrevivía el más fuerte. Muchos de los libros escritos para niños son una versión diluida de este punto de vista, a pesar del hecho de que como teoría científica esta forma sobre-simplificada ya es algo del pasado. Pero si es que, directa o indirectamente, esta imagen del mundo animal quedase grabada en el niño, implantaríamos en él – queriéndolo o no – la semilla de un egocentrismo brutal y despiadado; educaríamos lo amoral y no el elemento moral en el niño.

Es por eso que constantemente tratamos de enseñar al niño a mirar al animal en relación al ser humano. No enfatizamos para nada el hecho de que el hombre tenga un cerebro mucho más desarrollado que el del animal, sino más bien aquello que eleva al hombre por encima de las bestias, es decir, su caminar erguido, el que libera sus manos, de forma que las cosas que hacemos con nuestras manos no sólo ayudan a satisfacer nuestras propias necesidades sino también las necesidades de nuestro prójimo. De esta forma podemos llevar al niño hacia una comprensión objetiva y racional de la naturaleza, fortaleciendo al mismo tiempo el elemento

social y moral en él. Usted observará entonces que el bloque del *Ser Humano y el Mundo Animal* no es desarrollado sólo para satisfacer el interés natural del niño por los animales, o para optimizar su instrucción, sino como un apoyo importante en su formación moral.

Anteriormente hablábamos sobre las dos funciones de la mente: el pensamiento racional y la imaginación. Creo que es bastante evidente el hecho de que no consideramos a la imaginación como una función inferior, sino más bien que le otorgamos la misma importancia a ambas. En el Cuarto Grado hacemos esto cuando les contamos a los niños las historias de la Mitología Nórdica, las grandes sagas de Thor y Odín. Estas historias pueden parecer desalentadoras, pero los niños simplemente las aman. ¿Por qué? Porque sienten que hay algo en ellas que dará fruto sólo mucho, mucho tiempo después. En estas sagas, la eterna lucha entre el bien y el mal dentro del alma humana es, por así decirlo, proyectada hacia el cosmos, y aquello que es bueno no se representa con preceptos morales áridos sino más bien a través de seres hermosos, como las Asas, y el mal se representa como algo de una fealdad monstruosa. Aquí, otra vez, tratamos de trabajar a partir del elemento moral, de forma que el niño aprenda a amar lo bueno como algo hermoso, y a detestar lo malo como algo feo. Estas imágenes ancestrales conllevan una fuerza moral mucho más sólida de lo que podría conllevar cualquier sermoneo sobre valores.

Habiendo hablado sobre el despertar del pensamiento racional a esta edad, tengo que mencionar algo que surge en el niño como consecuencia de esto. Nosotros los adultos no usamos nuestro pensamiento racional exclusivamente para obtener información; a menudo lo usamos también, correcta o incorrectamente, para criticar a otros. La facultad de crítica es simplemente un resultado del pensamiento racional. Y, por ende, tenemos que ser conscientes de que estos niños ya no aceptarán más la autoridad de sus padres o de sus profesores de forma ciega. Ahora empezarán a darse cuenta de nuestros defectos y debilidades personales. Por lo tanto, se requerirá de mucho más, tanto de padres como de profesores, si es que deseamos permanecer como lo que tenemos que ser: los guías del niño en la vida. Tenemos que ser conscientes del hecho de que estos niños asumen – de forma bastante natural e instintiva – el rol de pequeños jueces, y de que no nos soltarán fácilmente, pues perderemos nuestra autoridad si es que no logramos vivir bajo los estándares que ellos esperan de nosotros.

Otro aspecto de esta nueva claridad que el pensamiento racional le otorga al niño es un sentido extremadamente agudo por la justicia. El niño es, podría decirse, hipersensible a cualquier cosa que considere injusta. Un día les conté una historia que realmente estaba dirigida a hacerlos trabajar con fracciones. La historia trataba de un anillo perdido por un rey: él ofrece una gran recompensa a cualquiera que le devuelva el anillo. Un simple soldado encuentra el anillo y decide llevarlo personalmente al palacio. Naturalmente, este soldado tiene que pasar por varios oficiales antes de poder ver a Su Majestad, y cada uno de estos oficiales le extrae al pobre soldado la promesa de que comparta con ellos una porción de su recompensa, de forma que cuando llega frente al rey ya ha tenido que renunciar a toda su recompensa en favor de estos codiciosos oficiales. Deberían de haber visto las caras de los niños durante esta parte de la historia, el profundo resentimiento que experimentaban ante esta terrible injusticia, y cómo se les iluminaron las caras cuando escucharon lo que el soldado respondió cuando el rey le preguntó qué recompensa quería. El soldado dijo que quería 120 latigazos, y esta recompensa fue debidamente distribuida entre los oficiales. Me temo que los niños se sintieron tan satisfechos con la justicia de este final que, para entonces, ya se habían olvidado de hacer sus fracciones.

PRIMERA PARTE

1

La Cabeza, el Tronco y las Extremidades

Ahora que estamos empezando a tener días fríos, tenemos que preocuparnos por vestirnos apropiadamente, por estar abrigados y protegernos del frío. Nos ponemos gorros, usamos abrigos, usamos pantalones largos o ropa interior, nos ponemos zapatos fuertes sobre nuestros pies, y cálidos guantes en nuestras manos. Pero, piensen por un momento en cuán diferentes son todas estas cosas que necesitamos para estar bien cubiertos. Un gorro es bastante diferente a un guante, y no nos sería de mucha utilidad ponernos el guante en la cabeza o el gorro en las manos. *¿Se dan cuenta?* Necesitamos muchas cosas, pero todas son muy diferentes, porque nuestro cuerpo – el cuerpo humano – está hecho de partes muy distintas.

Un gorro tiene que ser redondo porque nuestras cabezas son redondas. Nuestra cabeza, como un todo, es realmente como un globo o una pelota, excepto por la parte en donde se asienta sobre el cuello, allí es un poco aplanada, pero de otra forma la cabeza es como un globo, o una pelota; se le llama una esfera. Y si quisiera hacer una cabeza con cera de abeja o plastilina, empezaría, antes de hacer la cara, haciendo una pequeña bola. O piensen en las linternas hechas con calabazas redondas para Halloween, y cómo, al hacerles unos huecos, se ven como unas cabezas. ¡Difícilmente podrías convertir una calabaza redonda en una pierna o en un brazo! Entonces, en cierta manera, la cabeza es fácil de modelar; es redonda, tan redonda como el sol, tan redonda como la luna. Cuando miran a la luna llena allá arriba, pueden imaginarse fácilmente que hay una cara mirando hacia abajo, porque la luna llena es redonda; es un círculo perfecto.

Esta es la parte superior de nuestro cuerpo, la cabeza. Pero ahora vayamos un poco más hacia abajo, hacia el pecho y hacia la barriga, a las que se les llama tronco. Esta parte del cuerpo que no es cabeza, ni brazos ni piernas, viene a ser el tronco. Un chaleco cubre la parte de nuestro tronco. Mientras que la cabeza es como una luna llena, el tronco no es como la luna llena, sino más bien como una media luna. En realidad, no sería correcto hacer un tronco tan redondo como la cabeza. Cuando hacemos muñecos de nieve, el tronco *sí* lo hacemos como una gran bola de nieve redonda, al igual que la cabeza, pero esto no se parece en realidad al cuerpo humano verdadero; tendríamos que ahuecarlo, al menos un poquito, para hacerlo más parecido a un tronco real. Hasta un plátano – si no es demasiado curvo – se parece más a un tronco que una pelota completamente redonda. Si es que ponemos una pelota redonda de cera sobre un plátano, se vería como una cabeza sobre un tronco. Entonces, la cabeza es como la luna llena, pero el tronco es más como la media luna.

Y ahora llegamos a la tercera parte del cuerpo, las extremidades, las piernas y brazos, las partes que están cubiertas por pantalones y mangas de camisa. Y sólo basta con echar una mirada a los pantalones y a las mangas para darse cuenta de que las extremidades son rectas; de la misma forma como los rayos que nos llegan del sol o de la luna son derechos. Si es que pusiera palos en el tronco de plastilina, ustedes los reconocerían como los brazos y las piernas.

Las extremidades, brazos y piernas, son rectos. Por supuesto que los podemos doblar, pero cuando nos paramos derechos, los brazos y piernas son rectos. El tronco no puede ser del todo recto (se dobla un poquito hacia adentro o hacia afuera, porque tiene más la forma de una media luna) y la cabeza siempre será redonda. Y ahora pueden darse cuenta del porqué es que

tenemos tantos tipos diferentes de ropa: porque tienen que encajar en partes tan diferentes del cuerpo.

Estas son las principales partes del cuerpo: la cabeza redonda, el tronco en forma de media luna, y las extremidades rectas. La diferencia más grande se da entre la cabeza y las extremidades.

Sólo piensen en todas las cosas que las extremidades pueden hacer. Antes que nada, nuestras piernas – las que en realidad son fieles sirvientas del cuerpo – llevan todo el peso del tronco, de los brazos y de la cabeza. Y, además de llevar todo este peso, no sólo pueden pararse, sino que además pueden caminar, correr, brincar, saltar y bailar. Si es que hacen un hombre de cera o plastilina, les será muy difícil lograr que se pare sobre sus dos piernas delgadas; como lo son nuestras piernas verdaderas. Sin embargo, nuestras piernas verdaderas llevan bastante fácilmente todo este peso, y nosotros no sólo nos paramos gracias a ellas, sino que además caminamos o corremos. Las piernas son sirvientas de nuestro cuerpo, muy buenas y fuertes.

Nuestros brazos y manos *pueden* llevar peso, pero no tienen que *hacerlo* como las piernas. Nuestros brazos y manos se encuentran libres para hacer tantas cosas que no podríamos nombrarlas todas: dibujar, pintar, escribir, tocar instrumentos, jugar con pelotas, con juguetes, con muñecas, levantar y bajar cosas, manejar carros, barcos, aviones, coger a un niño pequeño de la mano, darnos la mano al saludarnos, ayudar a alguien que se ha caído. Piensen en todas las cosas que hace un doctor, una enfermera, un jardinero; nuestras manos pueden hacer una infinidad de cosas. Entonces, respecto a nuestras extremidades, las piernas son sirvientas bastante maravillosas, pero sólo pueden hacer un número limitado de cosas. Nuestros brazos y manos pueden hacer infinidad de cosas. Nuestras manos están libres para hacer una cosa u otra, mientras que nuestros pies sólo pueden llevar a nuestro cuerpo de un lado a otro, pero eso sí que lo hacen muy bien.

Y, comparada con las manos y hasta con las piernas, la cabeza es una tipa muy ociosa, sentada cómodamente sobre el cuello y trabajando muy poco. Ella mira y escucha y huele, observa lo que está ocurriendo a su alrededor, pero le deja todo el trabajo duro a los brazos y a las piernas. Por supuesto que necesitamos de esta tipa redonda, la cabeza, pero también necesitamos darnos cuenta de que ésta parte de nuestro cuerpo es la que hace la menor cantidad de trabajo; el trabajo más duro lo hacen las extremidades. Y el tronco se encuentra en el medio; el tronco hace algo de trabajo, pues en el tronco se encuentra el corazón que late, los pulmones que respiran, el estómago que digiere nuestra comida. Entonces, la parte más activa son las extremidades, el tronco un poco menos, y la cabeza es la menos activa de todos. Hemos aprendido algo sobre nuestro cuerpo, sobre sus tres partes: cabeza, tronco, extremidades. Y ahora sabemos que la mayor parte del trabajo es realizado por las extremidades, y que las manos son la parte más maravillosa porque pueden hacer mucho más que todas las demás.

*

Hemos visto las tres diferentes partes del cuerpo humano – la cabeza, el tronco, las extremidades – y vimos una gran diferencia entre los dos tipos de extremidades: piernas y brazos. Las piernas son sirvientas, mientras que las manos están libres para hacer tantas cosas que simplemente no es posible contarlas todas.

Las piernas son sirvientas buenas, fuertes y fieles, en las que podemos confiar mucho más que en un carro. Pero estas buenas sirvientas, las piernas, sólo sirven al propio cuerpo. Cuando una madre usa sus manos para hacer una comida para sus hijos, lo que hacen sus manos no es sólo para ella, sino para toda la familia, para otros. Si yo hago un dibujo para la clase, mis manos hacen algo para ustedes, no para mí mismo. Piensen en el trabajo hecho por albañiles,

granjeros, pescadores, mineros. Todos ellos usan sus manos para hacer cosas que otras personas necesitan. Y entonces podemos decir: las piernas y los pies son nuestros sirvientes, ellos sirven a nuestro propio cuerpo; pero las manos sirven al mundo, ellas sirven a otros. Por supuesto que frecuentemente usamos nuestras manos para nosotros mismos, pero también podemos usarlas para otros. Cuando alguien se cae y lo ayudamos a levantarse, nuestras manos están sirviendo a otros. Y ahora podemos empezar a comprender la forma tan maravillosa como nuestro cuerpo humano ha sido diseñado: la cabeza que se asienta quieta, y las extremidades que trabajan; pero las piernas trabajan sólo para nosotros, mientras que las manos pueden trabajar para otros, para el mundo entero. Y entre la quieta cabeza y las trabajadoras extremidades se encuentra el tronco.

La cabeza no es simplemente una bola redonda; en la cabeza se encuentran nuestros ojos, nuestras orejas, nuestra nariz y nuestra boca. Todas las cosas que vemos, todos los sonidos que escuchamos, todos los olores y sabores: dulce, ácido, amargo, salado, todo esto me llega a través de la cabeza. Decimos que algo es grande o pequeño, hermoso o feo, pero esto sólo lo sabemos porque tenemos ojos en nuestra cabeza. Escuchamos lo que dicen las personas, escuchamos música o un poema, el ruido del tráfico o los sonidos de los animales; pero sólo gracias a que tenemos orejas en nuestra cabeza. Y cuando éramos niños pequeños no hubiésemos aprendido a hablar si es que no hubiésemos tenido orejas que podían escuchar. El olor de una buena comida, el aroma de rosas, el olor de una vaca, todos estos olores que nos dicen tanto acerca del mundo, sólo los conocemos porque tenemos una nariz en nuestra cabeza. Y no disfrutaríamos mucho de nuestra comida si es que no la pudiésemos saborear con nuestras bocas. Sólo imagínense lo pobre que sería nuestra vida si es que todo lo que comiéramos tuviese el mismo sabor.

Mucho de lo que sabemos acerca del mundo llega a nosotros a través de nuestra cabeza. La cabeza no trabaja duro (como lo hacen las piernas o los brazos y las manos), pero tiene, uno podría decir, puertas a través de las cuales entra el mundo hacia nosotros. Y cuando comparamos las manos con la cabeza, ¿qué podemos decir? Con las manos damos algo al mundo, todas las cosas que hacemos con nuestras manos son entregadas al mundo. Pero a través de nuestros ojos, orejas, nariz y boca en la cabeza, el mundo nos da algo a nosotros; nos da colores, formas, sonidos, olores, sabores; y todo nuestro conocimiento. Entonces podemos decir: las manos *dan* al mundo, la cabeza *recibe* del mundo, le son dados los paisajes, los sonidos, los olores, los sabores.

Si bien la cabeza tiene estos orificios hacia el mundo (ojos, orejas, nariz, boca), lo que entra a través de estos orificios no se queda en la cabeza. Si comemos algo rico con nuestra boca no se queda sólo en nuestra boca, se va hacia el tronco, a nuestro estómago para ser digerido. Si inhalamos un delicioso aroma de flores junto con el aire que respiramos, este aire con el rico olor no se queda en nuestra nariz, sino que se va hacia nuestros pulmones que están en el tronco. E incluso ocurre algo similar con el sonido; si escuchamos un ruido horrible, podemos sentir cómo es que se va hacia abajo de nuestro cuerpo, al tronco, mientras que una melodía hermosa nos hace sentir bien en el corazón. Y así ocurre con las cosas hermosas o feas que vemos; las podemos sentir en nuestro corazón que está en el tronco. La cabeza recibe todos los paisajes y sonidos y olores y sabores del mundo, pero estos se van más allá, se van al tronco.

Entonces, el cuerpo humano es algo bastante complejo. Si empezamos por abajo, tenemos que decir que las piernas nos sirven a nosotros mismos, y que las manos sirven al mundo. Después comparamos las manos y la cabeza: las manos le dan al mundo, la cabeza recibe cosas del mundo, como paisajes, sonidos, olores, sabores. Pero estas cosas no se quedan en la cabeza. Se van hacia abajo, hacia el tronco. Y, ¿qué ocurre con todo lo que llega al tronco? Piensen en la comida. Es digerida en el estómago, y, cuando se ha digerido, hace que nuestras

extremidades, piernas y brazos, tengan fuerza para realizar todo el trabajo que tienen que hacer. Todo lo que es hermoso, lindo, bueno, nos hace más fuertes. Así es como funciona: el mundo nos da nuestra comida, y la comida nos hace fuertes para que podamos darle algo de vuelta al mundo. A través de la cabeza recibimos, a través de las manos damos.

2

La Sepia

Habiendo escuchado sobre el cuerpo humano, veremos que no podemos comprender acerca de los diferentes tipos de animales que hay en el mundo a menos que sepamos acerca de las tres partes del cuerpo humano – la cabeza, el tronco y las extremidades.

Todos los muchos, muchos tipos de animales que vuelan y corren y se arrastran y nadan pueden ser divididos en animales-cabeza, animales-tronco y, quizás, animales-extremidades. Cuando digo animales-cabeza, no me refiero a que tengan sólo cabeza. ¡Por supuesto que no existe un animal así! Todos tienen que tener troncos y extremidades para vivir. Pero los animales-cabeza son animales que se comportan, en términos generales, como se comporta nuestra cabeza por sí sola. Todo el animal completo se comporta como si fuese una sólo cabeza. ¿Cómo se comporta nuestra cabeza? La cabeza no trabaja como las piernas o las manos, la cabeza observa lo que ocurre a su alrededor; como dijimos, absorbe cosas del mundo. La cabeza, uno podría decir, “succiona.” Succionamos aire a través de nuestra nariz, comida a través de nuestra boca, pero también succionamos sonidos a través de nuestras orejas, el sonido va derecho a nuestro oído interno. Incluso, cuando miramos algo, como por ejemplo algo hermoso, es como si nuestros ojos quisieran atraparlo, quisieran llevarlo hacia dentro de nosotros. Así es como la cabeza se comporta.

Hay una curiosa criatura que vive en el mar a la que se le llama sepia. No es un pez, ni siquiera tiene la apariencia de un pez, pero vive en las profundidades del mar. No es una criatura hermosa, sino más bien una muy extraña. La sepia tiene dos ojos muy grandes, grandes en relación a su cuerpo. El cuerpo tiene cerca de 40 cm (15 pulgadas) de largo, pero sus ojos son del tamaño de cerezas. Debajo de los ojos, los que sobresalen hacia afuera de cada lado, la sepia tiene un pico como un loro, pero probablemente no lo podrían ver porque tiene tentáculos alrededor de este pico. Los tentáculos son una especie de brazos pero sin huesos, que se retuercen y giran como serpientes. Y la sepia tiene diez de estos largos brazos o tentáculos elásticos alrededor de su boca. Tiene ocho cortos y dos largos, y cada brazo tiene una fila de cosas que se ven como botones llamadas ventosas. Si los brazos o tentáculos tocan tu piel, las ventosas se quedarían pegadas a ésta.

La parte frontal de la sepia tiene ojos, pico y tentáculos. En la parte de atrás hay una especie de tronco cubierto por una piel suelta que no se ajusta de forma apretada al cuerpo. La piel (llamada manto) tiene unas solapas a cada lado del cuerpo, y la sepia usa estas solapas como aletas cuando está nadando lentamente. Pero cuando la sepia se quiere mover más rápido, hace algo bastante diferente. Succiona agua a través de sus branquias y la expulsa por un caño especial que tiene debajo de su cabeza, y, cuando el agua sale fuera de su cuerpo, empuja a toda la sepia hacia atrás. Entonces, al botar un chorro de agua, la sepia puede moverse rápidamente hacia atrás.

La sepia observa todo el tiempo con esos grandes ojos, y casi ni se mueve mientras está observando, simplemente flota en el agua. Pero cuando ve algo que le gusta – como por ejemplo un pequeño camarón – succiona el agua, la expulsa, y en un instante está cerca del camarón.

Entonces salen disparados sus largos brazos para atrapar al camarón. Estos pasan el camarón a los brazos pequeños, y ahora todos los brazos con sus ventosas sujetan firmemente al camarón. De esta forma la sepia toma su desayuno.

Ahora, si bien nuestros ojos no tienen tentáculos con ventosas para atrapar cosas que nos gustan, cuando observamos cómo las personas codiciosas miran algo que desean mucho, es como si tuviesen tentáculos invisibles que atrapan esa cosa, cogiéndola con sus ventosas: no pueden dejarla ir de su vista.

*

Imagínense a la sepia flotando o moviéndose gracias al chorro de agua que sale de su caño, es como si esta extraña criatura fuese un tipo de cabeza que nada por sí sola. Así como la cabeza observa todo aquello que ocurre a su alrededor, la sepia también observa todo lo que ocurre; está muy alerta y se da cuenta de todo lo que pasa en el agua alrededor de ella.

Más aún, la sepia tiene una forma muy especial de demostrar que ella se da cuenta de todo lo que ocurre alrededor de ella: puede cambiar el color de su piel o manta de una forma bastante asombrosa. Si es que está flotando sobre arena amarilla en el fondo del mar, su piel se vuelve anaranjada-amarillenta; si es que flota por encima o entre algas que son de color marrón-verdoso, la sepia se vuelve marrón-verdosa. En una cueva oscura se vuelve negra, y en aguas transparentes cambia a un verde claro, de forma que casi no se le puede ver. Lo que ocurre es lo siguiente. La sepia ve el color de las algas marinas y este color no sólo entra por sus ojos, sino que también la penetra, y se manifiesta en el color de su piel como una especie de fotografía o película de lo que sea que la rodea.

Por supuesto que también le es útil el poder cambiar de color y parecerse a las algas marinas que la rodean. Sus enemigos, como los delfines y las marsopas, a quienes les gusta comer sepias, no la pueden ver fácilmente cuando ella tiene los colores de las cosas que la rodean. Nosotros, los seres humanos, aprendimos a usar este truco hace poco tiempo; por ejemplo, a los soldados que pelean en la selva se les da uniformes verde oscuro. A este truco se le llama camuflaje, pero la sepia ya podía hacerlo desde mucho antes que nosotros pensáramos en eso.

La sepia también cambia de color por otras razones. Si está flotando sobre la arena, su color es anaranjado-amarillento. Pero, si es que súbitamente ve un camarón pequeño, se siente de la misma forma como nosotros nos sentimos cuando tenemos mucha hambre y se nos pone una comida deliciosa en frente nuestro. Por supuesto que no lo mostramos, a pesar de que se nos pueda estar haciendo agua la boca, pero la sepia sí demuestra lo mucho que quiere engullir su comida. Su color anaranjado-amarillento cambia, y la piel de su espalda se vuelve rojo-cobrizo, los tentáculos se vuelven verdes, los ojos resplandecen rosados y azules, y hasta la barriga cambia de color: amarillo, rosado, morado, rojo. Y entonces los largos tentáculos se estiran para atrapar al camarón, lo jalan hacia adentro, y la sepia devora así a su presa. Entonces sus colores vuelven a su estado normal, esto es, el color que la rodeaba.

Si nosotros los seres humanos vemos algo que queremos comer, no lo demostramos. Pero cuando la sepia ve algo que quiere comer, lo demuestra inmediatamente, con colores por todo su cuerpo. Hay también cosas que no nos gustan, o cosas a las que les tenemos miedo, pero, otra vez, nosotros no cambiamos mucho nuestro color cuando nos sentimos temerosos. Quizás nos ponemos un poco pálidos, pero eso es todo. La sepia hace algo bastante diferente. Cuando siente que algo peligroso se le está acercando, no cambia el color de su piel, sino que expulsa un líquido negro como tinta, y en un instante aparece una nube negra en el agua. La sepia nada lo más rápido que puede hacia un lugar seguro, dejando la nube negra por detrás, ya que

toma bastante tiempo para que esta cosa negra se disperse. Es miedo lo que hace que la sepia tire esta nube negra en el agua.

Podemos ver entonces lo muy consciente que se encuentra la sepia con todo aquello que la rodea: incorpora el color de sus alrededores, cambia de color cuando ve algo que quiere comer, tira una nube de tinta cuando siente que hay peligro. La sepia está alerta con todo su ser, mientras que nosotros estamos alertas primordialmente con nuestras cabezas. Es por eso que la sepia es como la cabeza. Es un animal-cabeza.

En tiempos antiguos, los pescadores atrapaban sepias por la tinta que tenían adentro. Ésta se usaba como tinta de verdad, a pesar de que en realidad no es de color negro sino una especie de marrón llamado "sepia." Hoy en día, la mayoría de las sepias son atrapadas por una razón diferente. La sepia tiene un sólo hueso en su cuerpo, un hueso plano. La gente le da este hueso a sus pájaros enjaulados, como a los loros, para que afilen sus picos y fortalezcan sus huesos.

3

La Foca

Cuando pensamos sobre todo lo que hemos escuchado acerca de la sepia, podemos fácilmente darnos cuenta de que ésta es esencialmente una cabeza, pues no tiene extremidades en lo absoluto, ni siquiera tiene aletas como los peces; para nadar usa su piel o expulsa chorros de agua. Los tentáculos alrededor de la boca, los que usa como nosotros usamos las manos para agarrar algo, son en realidad como lenguas, entonces es sólo una cabeza: ojos, lengua, boca, y una especie de tronco pegado a ésta. Ella está consciente de todo lo que ocurre a su alrededor y cambia de color. La sepia es una criatura-cabeza. Es más cabeza que tronco o extremidades.

Ahora veremos un animal-tronco, un animal que es más tronco que cabeza o extremidades. En un animal de este tipo, el tronco es la parte más importante, a veces es hasta la parte más grande. La cabeza sería sólo una continuación del tronco, como si la cabeza y el tronco fueran una sola pieza, y las extremidades no serían tampoco de gran tamaño. La foca es este tipo de animal.

Es fácil bosquejar una foca, y este dibujo muestra enseguida que la foca es principalmente un tronco, ya que cuando son comparadas, la cabeza y las extremidades son relativamente pequeñas. Si es que una criatura tuviese un tronco tan grande y extremidades tan pequeñas, se asemejaría a una ballena varada en la tierra. La foca no se siente realmente a gusto cuando está sobre la tierra, pero se siente como en casa cuando está en el agua, en el mar. Algunas veces las focas se van a tierra, pero allí no pueden moverse tan bien o tan rápidamente pues tienen que arrastrarse casi como las orugas, usando su tronco para contornearse hacia adelante. Sus extremidades, que son aletas, son usadas ahora sobre la tierra. Pero, por supuesto, en el agua las aletas son maravillosas, las aletas traseras llevan a la foca a través del agua con gran fuerza y velocidad, y las aletas delanteras le dan balance.

Si miramos la forma de todo el cuerpo de la foca, su tronco y cabeza, veríamos que tiene justo la forma correcta como para moverse en el agua. Cuando los seres humanos construimos un bote para remar, ponemos el lado más estrecho hacia el frente y el lado romo hacia atrás. La parte más angosta o filuda puede cortar mucho mejor a través del agua, mientras que si tratáramos de remar en la dirección del lado romo, sería un trabajo mucho más arduo; el cuerpo de la foca tiene esta forma apropiada, el lado estrecho de la cabeza hacia adelante. Es un cuerpo

aerodinámico; esto significa que tiene una forma que ayuda a que el agua se deslice suavemente junto a éste.

Pero además tiene otra característica que hace que se encuentre maravillosamente construida para la vida en el agua. A los seres humanos no nos agrada cuando nos entra agua a los ojos o a la nariz. La foca no tiene que preocuparse por esto: las orejas, sólo orificios, tienen una piel fuerte que se cierra cuando la foca bucea, y la nariz también se cierra cuando bucea. La foca necesita de aire porque respira igual que nosotros, pero ella exhala el aire cuando bucea. Esto puede parecer raro, pero si es que la foca tuviese una gran bocanada de aire dentro de ella, le sería difícil sumergirse. A continuación, la foca nada bajo el agua hasta por media hora antes de tener que salir a respirar. Ningún buzo humano podría hacer esto. Otra cosa extraña es que cuando buceamos y retenemos la respiración, nuestros corazones laten más aceleradamente, pero el corazón de la foca late más despacio. La foca se queda bajo el agua sin nada de aire fresco en sus pulmones, y a veces hasta se queda un ratito dormida bajo el agua.

Hay otra cosa que permite que la vida en el agua le sea más fácil a la foca. Durante el invierno, cuando el agua está helada, la foca se encuentra en el mar. Nosotros nos moriríamos de frío en pocos minutos porque nuestra sangre es caliente y no soportamos mucho frío. La foca también tiene sangre caliente, pero bajo su piel tiene una gruesa capa de grasa llamada sebo, y esta gruesa capa de grasa mantiene el frío fuera y la sangre caliente adentro.

En resumen, las aletas, la forma del cuerpo, las membranas que se cierran sobre la nariz y las orejas, los pulmones que permiten que la foca se quede bajo el agua por largo tiempo, la gruesa capa de grasa, todo esto hace que la foca sea un animal-de-agua.

Hay diferentes tipos de focas; en nuestras costas escocesas hay dos tipos, las focas grises y las marrones, pero las focas grises son frecuentemente marrón oscuro, y las así llamadas focas marrones son realmente grises. Cuando están mojadas y sus pieles brillan, difícilmente se puede distinguir entre un tipo u otro; las focas grises tienen hocicos más puntiagudos, y las focas marrones son ñatas.

Tratemos de conocer la vida de una foca desde el momento en que nace. Veamos primero la vida de una foca gris. Los seres humanos nacen en cualquier momento del año, las personas pueden tener sus cumpleaños en cualquier mes del año, pero no ocurre así con los animales salvajes; las focas grises nacen en octubre o noviembre. Las pequeñas focas nacen en tierra firme. Cientos de mamás focas llegan frecuentemente a una isla o playa para dar a luz a sus crías. En estos lugares, durante esta época del año, hay multitud de madres y padres. Allí esperan a que nazcan sus crías. Cada madre tiene una sola cría, a diferencia de los perros o gatos que tienen varias.

Al nacer una cría de foca, si bien llegará a ser una foca gris, durante las primeras tres a cuatro semanas tiene un pelaje blanco, el que después se oscurecerá. Y esta foquita recién nacida es bastante desvalida al principio, se queda echada sobre la arena o roca, ya que apenas puede levantar su cabeza, todavía no puede moverse. Este es el momento en el que la pequeñuela está a la merced de ventarrones y tormentas, pues una ola grande lanzada por un ventarrón puede arrastrarla hacia el mar y desaparecerla. Pero las madres protegen a sus pequeñuelos echándose hacia el lado del mar.

Los cachorros se alimentan alegremente de la leche de sus madres. La leche de la foca es mucho más rica en grasa y crema que la leche de vaca, es por eso que la cría de foca crece a una velocidad impresionante, subiendo tres libras por día. La madre no se queda al lado de su cría todo el tiempo; si es que no ha comido por una semana entera, tiene que ir al mar para atrapar pescado. Cuando la mamá foca se encuentra lejos, el cachorro llora desesperadamente, y, entonces, uno puede ver algo muy extraño, pues las focas son los únicos animales que lloran lágrimas como nosotros, la pequeña cría grita y chilla y las lágrimas caen por su cara. Pero, al

cabo de un rato, la madre regresa. En esa playa hay cientos de focas bebés, pequeñas crías que para nosotros se ven todas iguales, pero la mamá foca reconoce cuál es la suya y nunca se equivoca.

Dado que los cachorros crecen rápidamente, pronto podrán moverse sobre la tierra y empezar a jugar con otras focas. Uno de los juegos favoritos es tocar a otra cría con la aleta, y alejarse dando de brincos lo más rápidamente posible, mientras que la otra cría trata de atraparlo. O hasta tienen competencias de lucha libre, o se salpican en pocitas entre las rocas. Pero las crías de focas grises no se van a nadar al mar, de hecho le tienen miedo al mar, todavía no pueden nadar, y cuando llega una ola grande se alejan saltando rápidamente. Sus madres los llevan al agua cuando tienen cerca de dos semanas de edad pero, al comienzo, las crías no están nada contentas. No pueden desplazarse dentro del agua, y se hundirían si es que sus madres no los sostuvieran con sus aletas delanteras, o a veces se montan sobre los lomos de sus madres. A la foquita le toma sólo entre tres a cuatro días para perderle el miedo al agua, aprender a nadar, cerrar su nariz y orejas, y exhalar antes de bucear. A partir de ese momento, las jóvenes focas la pasan de maravillas en el agua: se deslizan desde la parte más empinada de la ola, suben hasta lo alto de la siguiente, para volverse a deslizarse otra vez. Bucean y nadan por encima y por debajo de las otras focas, giran, dan vueltas y hacen carreras; todo esto muestra que ya se sienten muy cómodas en el mar.

*

Al comienzo, los cachorros de focas grises no se sienten a gusto en el agua y no pueden nadar. Hubo una vez un marinero que encontró una foquita que había sido arrastrada hacia la playa por un ventarrón. Cogió a la pequeña y, en un acto de bondad, como el mar se había calmado, la tiró al agua. Pero la foca se hundió como si fuese una piedra, y el marinero tuvo que saltar al agua y bucear para salvarla de ahogarse. La foca no era todavía lo suficientemente grande como para nadar. Entonces, el marinero trató de alimentarla, cortó un poco de pescado, pero como la foquita no tocaba el pescado, tuvo que alimentarla con leche de una botella. Incluso entonces, la foquita sólo cogía el chupón de goma cuando el hombre había puesto primero mucha mantequilla. Al final, esta foca también aprendió a nadar.

Cuando los cachorros tienen tres semanas, pasan de 15 kilos (30 libras) que pesaban al nacer a 50 kilos (100 libras). Su pelaje es brillante y están rollizos gracias a la grasa de la rica leche de sus madres, además de que el pelaje ha cambiado de blanco a un moteado marrón-grisáceo. Cuando ya pueden nadar, sus madres y padres los abandonan, nadando mar adentro, mientras las jóvenes focas se quedan en la playa.

Imagínense cuánto tiempo los padres humanos cuidan de sus niños, por años y años. Pero los padres de las focas dejan que sus pequeños se las arreglen por sí solos cuando apenas tienen tres semanas de edad. Esta es una etapa difícil para las jóvenes focas; su única comida hasta ahora había sido la leche de sus madres. Las jóvenes focas no comen nada por una semana o hasta por diez días, simplemente yacen sobre la playa o sobre una roca. Pero este ayuno es bueno para ellas, pues durante este tiempo los nutrientes en sus cuerpos, toda la rica leche que tuvieron, se convierte en músculos firmes y fuertes. Y cuando finalmente se van al mar son fuertes, rápidas, y pronto se acostumbran a vivir de pescado.

Una vez que dejan la orilla o isla en donde nacieron, las jóvenes focas grises – no las mayores, sino las focas del primer año – se vuelven grandes nómadas recorriendo cientos de millas. Focas que nacieron cerca a Escocia llegan a lugares tan lejanos como España o Noruega. Por semanas y meses no regresan a la orilla, sino que viven, se alimentan y duermen en el mar. Y todo este nadar y vagabundear lo hacen durante el tiempo más frío del año: diciembre, enero,

febrero, llegando hasta la primavera. Después de aproximadamente seis meses nadan de vuelta al lugar en donde nacieron, y nadie comprende cómo es que estas jóvenes focas pueden encontrar el camino de regreso a través de cientos de millas. Pero ellas regresan, y cuando calienta y empieza a solear, se echan a lo largo de las playas y rocas sobre las que vinieron al mundo.

Todo esto ocurre más o menos durante el primer año de vida de una foca gris. Con la foca marrón es un poco diferente. Las focas marrones a veces nacen en tierra firme, pero generalmente nacen en el agua. Los cachorros de focas marrones pueden nadar desde el momento en que nacen. Pueden ser alimentados por sus madres bajo el agua sin que eso les incomode. Y desde el primer día la madre juega todo tipo de juegos marinos con el pequeño: bucea con él, cogiéndolo entre sus aletas frontales, lo ayuda a través de aguas turbulentas y grandes olas, y también lo acompaña hacia la orilla, pues las aletas del cachorro no son lo suficientemente fuertes como para arrastrarse. Las focas marrones pasan la mayor parte del tiempo en el agua, y sus madres también las dejan después de tres a cuatro semanas, y entonces tienen que valerse por sí solas.

La foca mascota de la Señora Farr

Hemos escuchado acerca de las jóvenes focas, grises y marrones, que viven a lo largo de la costa de Escocia. Algo interesante sobre estas criaturas de mar es que, si son atrapadas bastante jóvenes, pueden encariñarse mucho con los seres humanos, se pueden encariñar tanto como lo haría un perro. Les voy a contar acerca de una foca marrón (las focas marrones son muy inteligentes y además son más amistosas con las personas que las focas grises).

La persona que mantuvo a esta joven foca marrón fue una dama escocesa, la Señorita Rowena Farr, que vivía con su tía en una pequeña granja en Sutherland. A la Señorita Farr le gustaban mucho los animales; ya tenía dos nutrias y dos ardillas, hasta que un día fue a visitar a unos amigos que vivían en las Islas Hebridean. Mientras estaba con sus amigos se topó con un pescador que llevaba en sus brazos un pequeño bulto peludo, era una foquita que había sido arrastrada hacia la orilla por un ventarrón. Inmediatamente preguntó si podía quedarse con ella, el hombre se la dio, y entonces la Señorita Farr se quedó con la pequeña foca.

Su primer problema fue decidir cómo alimentarla y con qué. La gente le dijo que la alimentara con leche tibia mezclada con aceite, el aceite era para que la leche se asemejara a la grasosa y rica leche de una madre foca. La foquita aprendió a tomar la leche del biberón desde el primer día y le gustó. Y unos días más tarde, la Señorita Farr volvía a su pequeña granja llevando un bulto voluminoso que pesaba más de 15 kilos (30 libras, la mitad del peso de ustedes) – la foca. Ya había decidido qué nombre ponerle: Lora.

La crianza de Lora no fue fácil. Lora creía que la Señorita Farr era su madre – después de todo, ella era la que le había dado la leche – y, cuando la Señorita Farr no le podía dar toda su atención porque tenía otras cosas que hacer, Lora empezaba a hacer el ruidoso chillido de las focas jóvenes y derramaba lágrimas. Durante los primeros días, la Señorita Farr había puesto a Lora en sus faldas cuando le daba el biberón. Claro, todo andaba bien mientras la criatura pesaba sólo treinta libras, pero Lora aumentó de peso y de tamaño, y cuando pesaba cien libras todavía quería subirse a las faldas de la Señorita Farr, y ladraba y aullaba cuando no se le permitía hacerlo.

Tan pronto como Lora fue lo suficientemente fuerte como para moverse por los alrededores, seguía a la Señorita Farr por todas partes, balanceándose de un lado a otro. Resultó que a la Señorita Farr le gustaba hacer caminatas largas, pero la foca no podía seguir su rápido paso, y entonces, tan pronto como la Señorita Farr se alejaba una buena distancia, Lora

empezaba a dar unos ladridos y aullidos desgarradores para que ella regresara. Así es que la Señorita Farr decidió que tenía que encontrar alguna forma para que Lora se entretuviera. Cerca de allí había un lago en donde la Señorita Farr tenía un bote de remos. Puso a Lora en el bote, remó y la tiró al agua. Lora, siendo una foca marrón y no una gris, se sintió inmediatamente a gusto en el agua – buceando, dando vueltas y girando alrededor del bote a una velocidad increíble.

A partir de ese momento, Lora iba al lago cada día, y la pasaba de lo más bien atrapando peces, encontrando así parte de su comida. Pero todavía le gustaban los trocitos extras que podía recibir en casa: galletas de perro remojadas en leche, zanahorias crudas, hasta avena – y, como algo especial, a menudo se le daba el aceite de las latas de sardinas. Lora gozaba de la compañía de las dos nutrias cuando iba a nadar al lago y las tres se volvieron compañeras de juego, y nadaban y buceaban juntas alegremente. Pero bastaba que la Señorita Farr pronunciara su nombre para que Lora saliera inmediatamente del agua, como cualquier perro bien entrenado. Lora también aprendió muy pronto que cuando llegaba del lago, toda mojada, no podía entrar bamboleándose de frente a la sala. Había un viejo impermeable sobre una larga repisa a la entrada, y Lora solía jalarlo de la repisa y se sentaba sobre éste hasta que estaba seca. Entonces ladraba para que la dejaran entrar a la sala.

Pero, si bien es cierto que estaba bien entrenada en ese sentido, Lora podía ser muy traviesa también. Un día cogió el mantel entre sus dientes y lo jaló duro, tirando todos los platos, vasos y cubiertos al piso. De otro lado, a Lora le gustaba ayudar. Después de un tiempo ya reconocía al cartero, y cuando lo veía venir, avanzaba bamboleándose para darle el encuentro, cogía las cartas en su boca y las llevaba a la casa. Pero en una ocasión decidió, mientras tenía las cartas en su boca, ir primero a bañarse al lago. Bueno, la Señorita Farr nunca recibió ese paquete de cartas.

*

La Señorita Farr escribió acerca de todas sus experiencias con sus mascotas en un libro llamado *Foca Mañanera*, y ustedes pueden leer mucho más acerca de Lora de lo que yo puedo contarles aquí.

La gente que vive en la costa y que llega a saber mucho acerca de focas ha dicho siempre que las focas se sienten atraídas por la música y el canto. Y esto sucedió con Lora. En la pequeña granja de la Señorita Farr había un piano y, cuando ella se sentaba a tocar, sus otros animales ni le prestaban atención. Sin embargo, Lora se acercaba, se recostaba contra las patas del piano o contra las piernas de la Señorita Farr, y escuchaba con mucha concentración, mientras su cara tenía una expresión de gran júbilo y movía su cuerpo al ritmo de la música.

Todo fue bien mientras la Señorita Farr se limitó a tocar el piano, pero un día quiso tocar y cantar a la vez. Tan pronto como empezó a cantar se escuchó un ruido de gemidos provenientes de Lora. La Señorita Farr no iba a permitir que se le interrumpiese de esta forma, así es que continuó cantando, pero Lora siguió con su propio canto también. Y, por supuesto, la voz de Lora era mucho más fuerte: ella rugía, maullaba y gemía tan enérgicamente que la Señorita Farr no podía escuchar su propia voz. Así es que la Señorita Farr tuvo que dejar de cantar, aunque continuó tocando la melodía en el piano. A estas alturas, Lora ya disfrutaba mucho al escuchar su propia voz, y maullaba alegre y fuertemente la melodía que se tocaba en el piano. En los rugidos y gemidos de Lora no había mucha entonación musical, pero después de mucha práctica con la Señorita Farr uno podía reconocer a lo lejos algo así como *ba-ba black sheep*.

Una vez Lora vio a la Señorita Farr tocar una armónica, y no dejó a su ama en paz hasta que le colocó la armónica entre los dientes. Lora sopló hacia adentro y hacia afuera y produjo

sólo ruido, pero a la foca le encantó esto a más no poder. No quería parar y costó mucho trabajo removerle la armónica. Pero, el instrumento que tuvo el mayor efecto sobre Lora fue una flauta de bambú. Incluso cuando Lora estaba afuera de la casa, jugando con las nutrias y pasándola bien, entraba tan pronto escuchaba el sonido de la flauta y se quedaba quieta, como si fuese de piedra. Lora nunca intentó cantar con la flauta, se limitaba a escuchar, y sus ojos parecían mirar hacia el horizonte, como si estuviese en un sueño. Era como si el sonido de la flauta de bambú ejerciera un hechizo sobre ella. Sería interesante averiguar si a todas las focas salvajes les gusta escuchar la música de las flautas de bambú.

Les contaré una historia más sobre Lora y la música: la gente había escuchado acerca de la foca musical de la Señorita Farr, y entonces ocurrió que hubo un *ceilidh* – una reunión con música, baile y canto – en Aberdeen, y la Señorita Farr y Lora fueron invitadas. La gente que envió la invitación pensó que, después de que algunos de los cantantes y músicos hubiesen hecho su contribución a la noche musical, Lora podría gemir su “*ba ba*” y eso sería muy divertido. Bueno, la Señorita Farr hizo el viaje en carro a Aberdeen con Lora y la llevó al *ceilidh*. La primera en cantar fue una señora, pero ni bien había empezado con la primera nota que Lora empezó su famoso gemido. La audiencia no podía más de la risa, pero la pobre Señorita Farr se sentía muy avergonzada de su mascota. Quería llevar a Lora afuera, o a la cocina, pero Lora hizo tal barullo, ladrando y aullando, que la tuvieron que regresar al salón en donde se estaba celebrando el *ceilidh*. Y una vez que estuvo allí, todos los artistas (cantantes, los que tocaban el acordeón, los violinistas), tuvieron que rendirse – Lora cantaba su canción y nadie podía pararla. Así es que toda esa noche de música fue al final una sola presentación, y esa fue la de Lora.

Lora se quedó con la Señorita Farr por siete años. De pronto, un día, Lora se fue a nadar al lago – y nunca más volvió; nadie supo lo que le ocurrió. Pero la Señorita Farr nunca se olvidó de su mascota, la foca, ni tampoco todos aquellos que leyeron su historia en el libro, *Foca Mañanera*.

4

El Caracol

Hemos escuchado acerca de un animal-tronco, la foca. Ahora deberíamos de ver otra criatura que es también un animal-cabeza, como la sepia, pero que sin embargo es bastante diferente. Pensemos otra vez acerca de la cabeza. Nuestra cabeza no sólo tiene ojos, orejas, nariz y boca, sino que además tiene encima la parte redonda del cráneo, hecha de huesos muy duros. El cerebro no yace solamente dentro del cráneo, sino que flota, porque alrededor del cerebro hay agua. No hay mucha agua, pero sí la suficiente como para mantener al cerebro flotando.

Hay criaturas que son similares a esto. Algo duro por afuera (como nuestros huesos del cráneo), algo suave por dentro, y esto suave que está adentro está flotando en un líquido acuoso. Estas criaturas son los moluscos de mar, como las ostras y otros. Pero veamos una criatura que no es un molusco de mar, sino un pariente, una especie de primo del molusco de mar, que es el caracol. El caracol es también un animal-cabeza, pero un animal que es más como la parte superior de la cabeza, como el cráneo y el cerebro. La casa del caracol es como un cráneo, y la parte suave del caracol es como el cerebro dentro del cráneo. Los caracoles no son tan hermosos como algunos de sus primos del mar. Las conchas tienen a menudo unas formas y colores maravillosos, especialmente aquellas que se encuentran en las orillas de países cálidos en el

África. Nuestro caracol ordinario no tiene una concha tan hermosa como estas criaturas marinas, pero tiene otras maravillas.

Muy bien podríamos decir que un caracol tiene ocho maravillas, u ocho secretos. El primer secreto es, por supuesto, el caparazón o casa del caracol. Este caparazón es en realidad una especie de casa, una casa que el mismo caracol ha construido. El caracol puede ingresar a esta casa si así lo desea, pero se ve obligado a llevarla sobre su espalda aun cuando se está moviendo, como una mochila, porque el caracol se encuentra muy apegado a su casa.

Pero el verdadero secreto de la casa del caracol es la forma como está construida. Sólo podrás descubrir este secreto cuando cojas un caparazón vacío y después lo cortes por la mitad con un serrucho fino. Y entonces verás que el interior de la casa del caracol está construido como una escalera de espiral que se va haciendo cada vez más y más estrecha conforme avanza hacia la parte de arriba. Este es el secreto. Cuando el caracol es pequeño empieza a construir una espiral diminuta en la parte superior, y conforme crece esta se va haciendo cada vez más y más ancha. Ningún constructor humano podría hacer espirales más exactas que las del caracol. En las lecciones de huerto escuchamos acerca de un tipo de roca blanca llamada piedra caliza, y nosotros usamos esta piedra para hacer cemento para construir. El caracol también construye su casa con cal, y sólo puede vivir en lugares en donde haya aunque sea un poco de cal en la tierra. El caracol come la cal y después la “suda” en la parte en la que lo requiera la casa de espiral. A veces, cuando no hay cal en la tierra, los caracoles se trepan a casas con paredes de piedra caliza y se comen la cal que necesitan de allí. Entonces, la casa del caracol, hecha con cal, y con un patrón de espiral muy regular, es el primer secreto.

El segundo secreto es la forma como el caracol se mueve. El caracol no tiene patas o pies, su cuerpo entero es su pie. Pero uno podría decir que el cuerpo es más parecido a una lengua, y que el caracol se arrastra sobre su lengua. Es difícil darse cuenta cómo es que el caracol se arrastra si uno lo ve solamente en el jardín, pero si pones al caracol en un plato de vidrio y lo miras desde abajo, verás que hace ondas con la plantilla de su pie, y que con estas ondas va avanzando como una oruga. Pero esto no es todo. El caracol exuda un líquido brillante sobre el que se desliza, y este líquido llamado moco es el que deja una huella brillante detrás de él. Entonces, el caracol no camina sobre la tierra, sino que se desliza o hace ondas sobre el líquido. Nuestro cerebro no hace ondas ni se mueve, pero es también sostenido por líquido. Este movimiento, avanzar haciendo ondas sobre el líquido, es el segundo secreto del caracol.

El tercer secreto del caracol tiene que ver otra vez con su casa. Verán, nosotros los humanos podemos ir y venir de nuestras casas, vamos a nuestro hogar para refugiarnos y para descansar, y entonces al día siguiente estamos listos para salir al mundo otra vez. Ahora, el caracol también usa su casa como protección, y si hay algún peligro por ahí cerca desaparece rápidamente dentro de su caparazón. Pero, así como nosotros, el caracol tiene que salir al mundo para encontrar comida y tiene que viajar a lugares nuevos, y entonces él también tiene que dejar su casa – pero no completamente. El caracol se mueve principalmente durante la noche, y puede llegar a ser muy ágil, llegando a trepar rápidamente hasta la parte de superior de una rica planta jugosa, o abriéndose paso incluso hasta lo alto de la copa de un inmenso árbol; pero siempre lleva su casa consigo, nunca deja del todo su caparazón. Incluso cuando se encuentra muy ocupado con otras cosas: viajando, trepando, comiendo, encontrándose con otros caracoles, no existe el peligro de que su caparazón se le pueda caer accidentalmente o de que se le pueda perder. Y el secreto es este: en su interior, el caracol siempre tiene un resistente músculo adherido firmemente al caparazón. Este músculo está también cerca a la parte en donde el caracol digiere su comida, y la cosa entera está enrollada como un espiral, exactamente igual al del caparazón. Entonces, podríamos decir que aunque la mayor parte del caracol puede salir de

su caparazón, su estómago se mantiene siempre dentro y cerca a esta parte que está firmemente adherida a su casa – sin importar lo que ocurra.

*

Hemos escuchado tres de los secretos del caracol. El primero fue el secreto de la casa: que es construida como una escalera con una hermosa espiral. Y el segundo secreto fue su movimiento: el caracol puede nadar, por así decirlo, pues hace ondas con su estómago y transpira un líquido, y es sobre este líquido que nada. Esta es la razón por la cual, en días muy calurosos y secos, los caracoles no se mueven mucho, se quedan en la sombra, pues de lo contrario usarían todo el líquido acuoso que hay en sus cuerpos y no encontrarían agua para tomar. El tercer secreto fue sobre la parte del cuerpo del caracol que ha crecido conjuntamente con la casa, y esta parte está cerca al estómago.

El siguiente secreto del caracol son sus ojos. Los ojos no se encuentran en cavidades dentro de la cabeza, están al final de dos cuernos o tallos largos, los que de verdad no son cuernos sino antenas suaves. El caracol tiene sus ojos al final de estas cosas largas. Y entonces puede girar sus ojos en círculos y llegar a ver lo que hay detrás de él. Pero hay algo más sobre sus ojos. Así como al dedo de un guante se le puede dar la vuelta, el caracol puede hacer esto con sus ojos. Si tocas a un caracol, sus cuernos se retraen, casi como cuando empujamos el dedo del guante hacia adentro.

El quinto secreto es algo que uno difícilmente esperaría de una criatura húmeda y fría como el caracol. Al caracol le gusta lo cálido – siempre y cuando no sea demasiado seco –, pues necesita del calor tanto como necesita de la lluvia, del agua. Entonces, ¿qué hace el caracol durante el invierno? El caracol busca un lugar que esté bien escondido, entonces se retira adentro de su caparazón o casa, y después hace una puerta con el moco, o, mejor dicho, una tapa que se seca y cubre la gran apertura. Sí, el caracol puede cerrar su casa completamente, tanto que el frío de afuera no puede entrar. Y, entonces, el caracol duerme caliente y cómodo en su pequeña casa durante todos los fríos meses del año.

El caracol tiene que respirar, necesita aire para respirar al igual que nosotros. Pero la respiración del caracol no es como la nuestra. Los caracoles no tienen nariz con la cual respirar, ni tampoco respiran por la boca. Este es el sexto secreto, los caracoles tienen un hueco especial por donde respiran, justo por donde empieza el caparazón y un poquito dentro del caparazón. Y el hueco de la respiración no jala aire hacia adentro y lo expulsa, es sólo un hueco por el que el aire entra y sale por sí solo. Si es que el caracol se moviese muy rápidamente, no recibiría suficiente aire de esta forma – ustedes saben cómo es que jadeamos cuando corremos – pero dado que los caracoles nunca se mueven muy rápido, el poquito aire que entra y sale es suficiente para ellos.

Entonces, ahora tenemos el secreto de la casa en forma de espiral, el del movimiento, el del anexo al caparazón, el de los ojos, el del calor (la puerta que cierra el caparazón en invierno), y el secreto de la respiración, esto da un total de seis secretos. El siguiente secreto, el séptimo, es la lengua del caracol. La lengua del caracol es realmente un poco áspera. Y cuando un caracol come una hoja, la lengua raspa o lija la hoja en pedacitos pequeños.

El último secreto, el octavo, es que el caracol pone huevos. El caracol no pone sus huevos en cualquier lugar, ya que algunos pájaros como los zorzales se los comerían rápidamente. Los huevos son bastante pequeños y no tienen una cáscara dura como los huevos de gallina; sólo tienen una piel medianamente gruesa. Y para proteger los huevos, el caracol cava un hueco de aproximadamente 15 cm (6 pulgadas) de profundidad, y pone sus huevos en el hueco. Pero el caracol es una criatura suave, cava con la parte trasera de su suave barriga. Le toma horas sacar

y perforar un hueco de 15 cm con su suave trasero. Entonces el caracol pone cerca de sesenta huevos en el hueco y los cubre con tierra. De esta forma se les deja a los huevos a su suerte; el caracol no se preocupa más por ellos. Y después de un mes, los pequeños caracoles salen y lentamente construyen sus casas de espiral, y pueden cuidarse a sí mismos.

Dado que un caracol pone sesenta huevos, y dado que cada pequeño caracol puede con el tiempo poner otros sesenta, la tierra estaría pronto cubierta de caracoles si es que esto continuara así. Pero la sabiduría que trabaja en la naturaleza se ha asegurado de que no haya tantos caracoles. Los pájaros – zorzales y estorninos y especialmente los mirlos – comen caracoles. Los mirlos cogen al caracol con su caparazón y, por supuesto, el caracol se retrae, se va adentro de su casa, pero el mirlo golpea el caparazón contra una piedra, rompe el caparazón, y entonces se come al caracol que estaba adentro. Es triste, pero de otra forma habría demasiados caracoles, se comerían todas las hojas verdes habidas y por haber. Entonces, es algo bueno que los mirlos y los zorzales se coman a los caracoles, y se aseguren así de que no haya demasiados de estos. Es la gran sabiduría de la naturaleza, la sabiduría que Dios puso en la naturaleza, la que se asegura de que no haya un número excesivo de ningún tipo de animal.

Ya hemos escuchado acerca de los ocho secretos del caracol. El primer secreto fue la casa. Debe de existir una inteligencia maravillosa en el caracol para que pueda hacer estas encantadoras espirales. Pero el caracol usa toda esa inteligencia para hacer espirales, por lo tanto no le queda inteligencia para nada más, y es por eso que no se le podría entrenar o enseñar algo de la forma como lo hizo la Señorita Farr con su foca. El caracol tiene sólo ese talento, y no puede usarlo para nada más.

Y es lo mismo con los primos del caracol, los moluscos del mar. Tenemos, por ejemplo, a la ostra. La ostra tiene un hermoso color perla brillante en el interior de su concha; se le llama madreperla o nácar. Ningún artista humano podría igualar algo tan hermoso, pero la ostra también usa toda su inteligencia para crear estos preciosos colores, y no le queda nada para otras cosas. Quizás sea lo mejor. De repente, las ostras serían mucho más inteligentes que nosotros si es que no usaran toda su inteligencia para hacer el perlado interior de su concha. Y el caracol sería mucho más sabio que nosotros si es que no usara toda su sabiduría para construir la hermosa espiral dentro de su casa.

5

El Ratón de Cosecha

Ya hemos escuchado acerca de la sepia, un animal-cabeza, acerca de la foca, un animal-tronco, y después acerca del caracol con sus secretos, otro animal-cabeza. Ahora quiero contarles acerca de otro animal-tronco, pero uno que es muy diferente a la foca. Las focas son criaturas bastante grandes – si recordamos, apenas con cuatro semanas después de haber nacido pesan el doble de lo que pesa un niño de diez años. Pero el animal al que quiero echarle ahora un vistazo es tan pequeño y ligero que pesa menos que una carta, aproximadamente 5 o 6 gramos ($\frac{1}{8}$ de onza). Y respecto al tamaño, este animal mide tan sólo 6 cm ($2\frac{1}{2}$ pulgadas) de largo. Sin embargo, este animal no es un insecto ni un pájaro pequeño, sino que se trata de un mamífero, como los perros y gatos. Casi llega a ser el roedor más pequeño de Gran Bretaña (sólo la musaraña pigmea es más pequeña). Y es un animal-tronco porque cuando se le mira, uno

puede darse cuenta de que su parte principal es realmente el tronco, la cabeza es sólo una continuación del tronco, y las extremidades son muy pequeñas.

Esta pequeña criatura, 6 cm de largo, que apenas pesa 5 o 6 gramos, es un tipo particular de ratón llamado el ratón de cosecha. El ratón de cosecha es más bien raro en Escocia, pero en Inglaterra existen muchos. Imagínense que están caminando por un campo de maíz durante el tiempo de cosecha, sopla una brisa suave, y el maíz maduro se mece con el viento. Siendo personas observadoras, ustedes se percatan de que un tallo se mueve mucho más que los demás. Así es que se acercan un poco para investigar, y, ¿qué es lo que ven? Un pequeño bulto peludo que ha trepado por el tallo y que está a punto de darle un mordisco a la parte superior, a la oreja madura del maíz. Este pequeño bulto peludo es el ratón de cosecha.

No se queda mucho rato como para que se le pueda observar, pero basta una mirada rápida para que uno pueda darse cuenta de bastantes cosas. El ratón de cosecha tiene un pelaje marrón-rojizo, a veces casi anaranjado, pero la parte de abajo del cuerpo es blanca. Sus orejas son pequeñas, mucho más pequeñas que las orejas del ratón común de casa. La cola es bastante larga, tan larga como el cuerpo, pero no tiene pelos. Lo gracioso es que el ratón de cosecha usa su cola como un brazo o pierna extra para trepar por el tallo de maíz. Enrosca la punta de la cola alrededor del tallo conforme trepa, de la misma forma como lo hacen algunos monos. Si usted ve una familia de ratones de cosecha jugando en un campo de maíz, en realidad se parecen mucho a monos jugando en lo alto de los árboles. Por supuesto que, para un pequeño ratón de cosecha, un tallo es tan alto como un inmenso árbol, y el campo de maíz es un bosque impresionante. Y cuando los ratones de cosecha están jugando, trepan, se mecen en un tallo de maíz, hasta saltan de un tallo a otro. El ratón de cosecha usa mucho su cola, y es por eso que la cuida y la mantiene limpia. Hay veces que podemos ver a uno de estos diminutos ratones en la punta del tallo del maíz, en la mazorca del maíz, sentado sobre sus patas traseras y sosteniendo su cola con sus patas delanteras, mientras que la limpia diligentemente con sus patas y con su lengua, todo esto mientras se balancea sobre la punta del tallo de maíz.

De verdad que el ratón de cosecha es, entre todas las criaturas del campo, la más graciosa y entretenida; es encantador observarlo, a pesar de que no es fácil hacerlo por mucho tiempo dado que tiene muchos enemigos y sale disparado tan pronto algo grande se le acerca.

Son mascotas adorables, pero sólo si se les da un hogar apropiado y se les mantiene en grupo, pues el pequeño ratón de cosecha es una criatura sociable, le gusta la compañía, y es infeliz si no tiene más compañeros a su alrededor. El mejor lugar para mantenerlos es una caja grande con vidrio al frente y a los costados, de forma que gocen de abundante luz. Ponga una buena capa de arena al fondo, y clave unos cuantos tallos de maíz en esta – pronto los verá hacer acrobacias tan emocionantes como cualquiera que haya visto en un circo. Son criaturas amorosas, llenas de vida, rápidas, muy diferentes a los lentos caracoles; se les amansa rápidamente y entonces se acostumbran a venir hacia uno por comida.

Hay una cosa en la que el ratón de cosecha muestra una inteligencia sorprendente, una cosa en la que es tan ingenioso que casi uno no puede creer que provenga de una criatura tan pequeña y con un cerebro tan pequeño.

*

El ratón de cosecha es un acróbata asombroso, realiza las proezas más increíbles al trepar, mecerse, y saltar entre los tallos de maíz; pero lo más impresionante es que el ratón de cosecha construye un nido. No pone huevos en éste como lo hace un pájaro, sino que da a luz a pequeñuelos de la misma forma como lo hacen los perros y los gatos, sin embargo, construye un nido. Y su nido es tan maravilloso, o incluso aún más que el nido de un pájaro.

El nido está hecho de filamentos de pasto y de trigo. Y estos filamentos de pasto y trigo son entretreídos y trenzados de forma tan ingeniosa que forman un globo casi perfecto, una bola de unos 8 a 10 cm (3-4 pulgadas) de ancho. Y el tejido está tan bien hecho que uno podría coger la pequeña bola hueca hecha de pasto y hacerla rodar por el piso y no se desmoronaría. Es un tejido muy fuerte y compacto; el ratón coge tallos con hojas, usa los tallos como andamios que fortalecen el nido, y entretreje las hojas. Para un nido emplea cerca de cien tallos. Esta pequeña esfera o bola es colgada entre dos o tres tallos de maíz a unos 30 cm (1 pie) por encima del piso. En cierta forma, este nido, construido por el pequeño ratón, es tan asombroso como el caparazón del caracol.

En realidad, este nido es una guardería infantil para los pequeñuelos durante sus dos o tres primeras semanas de vida. Generalmente hay cinco o seis de estos y la madre los amamanta, dejando que tomen de su leche dentro de este nido. En el interior del nido hay incluso un suave colchón, ya que la madre partió los filamentos de pasto en pedacitos pequeños que hicieron un montoncito suave sobre el fondo del nido. Cuando uno ve este nido por primera vez, uno puede sentirse algo confundido porque no se distingue una entrada por ningún lado; está cerrado por todo el alrededor. ¿Cómo entra y sale la mamá ratona? Ella empuja o dobla dos tallos que están entretreídos y se desliza entre ellos. Y una vez que ha pasado, la elasticidad de los tallos cierra la apertura otra vez, y no se ve ningún hueco. ¿No es maravilloso que esta pequeña criatura pueda construir este nido tan redondo y compacto? Si nosotros tratáramos de hacer un nido con filamentos y tallos de pasto y maíz, entretrejiéndolos todos juntos, difícilmente éste se mantendría junto. Pero el pequeño ratón de cosecha construye estas pequeñas y acogedoras esferas o bolas como una guardería para sus pequeños.

El ratón de cosecha no sólo construye un nido para sus pequeños, sino que también se construye otro nido para sí mismo para el invierno. El ratón no se esfuerza tanto con el nido de invierno como con el nido para sus pequeñuelos. El nido de invierno lo construye de forma más suelta, pero lo forra con musgo, y esto mantiene al ratón caliente y cómodo durante la estación de frío. El ratón de cosecha también usa el nido de invierno como almacén o despensa. Deposita un cúmulo de granos y semillas para alimentarse cuando el campo se encuentra desnudo. Los ratones de cosecha no hibernan – no duermen durante el invierno – pero sí duermen gran parte del invierno y no se mueven mucho durante la estación de frío. Si los ratones de cosecha encuentran un montón de heno, no dudan en escogerlo como un agradable e inmenso nido que ya está listo, y un buen número de ellos hacen de este montón de heno sus cuarteles de invierno. A los granjeros no les agrada esto mucho, ya que los ratones se comen un poco del heno que se necesita para las vacas. Pero los ratones de cosecha no hacen mucho daño, y por lo tanto uno no debería de molestarse con ellos por lo poquito que cogen. Más aún, el ratón de cosecha le hace un favor al granjero; en la primavera y en el verano, antes de que madure el maíz, el ratón de cosecha se alimenta de insectos, de escarabajos, los que pueden hacer mucho más daño que un ratón.

6

El Venado Rojo

Después de este pequeño animal-tronco, el ratón de cosecha, quisiera contarles acerca de otro animal-tronco, uno mucho más grande, un animal-tronco que se siente muy a gusto en Escocia. Este animal es el venado rojo. Ustedes se preguntarán por qué llamo al venado un animal-tronco, ya que claramente pueden observar la cabeza con astas sobre el elegante cuello, así como también las delgadas pero fuertes patas. Pero los venados usan sus cabezas como una especie de extremidad adicional, para recoger comida, para empujar ramas, y a veces para pelearse entre ellos. Ellos usan sus cabezas de la misma forma como nosotros usamos nuestros brazos y manos. La cabeza es usada como una especie de brazo fuerte al servicio del tronco. La cabeza es una sirvienta del tronco. Y las patas también lo son: tanto las patas delanteras como las traseras llevan el tronco. Podemos decir entonces que la cabeza y las extremidades son sirvientas del tronco, y el tronco es la parte más importante de todo el cuerpo del venado.

El venado rojo no es rojo durante todo el año. En el otoño y el invierno, y hasta abril, su pelaje es grisáceo-marrón, largo y áspero. En la primavera, el animal pierde su pelaje de invierno y le crece el pelo rojizo-marrón que le da su nombre. Alrededor de la cola tiene un parche claro. A los machos se les llama ciervos, y a las hembras se les llama ciervas, y a los pequeños cervatillos. Sólo les crecen astas a los ciervos, a las ciervas no les crece nada. Hay una gran diferencia entre los cuernos de un toro y las astas de un ciervo. Los cuernos de un toro crecen sólo una vez, y cuando ya han crecido se le quedan en la cabeza por el resto de su vida. Pero no ocurre lo mismo con las astas del ciervo. El ciervo cambia de astas cada año, entre febrero y abril – simplemente se le caen. Se ha descubierto que si un ciervo pierde sus primeras astas en un cierto día, digamos un cinco de abril, en los siguientes años siempre perderá sus astas el cinco de abril.

Pero poco después de que se le caen las astas del año anterior, nuevas empiezan a crecer, y las nuevas astas tienen más puntas que las antiguas. En el primer año sólo tienen dos cachos rectos, en el segundo año cada cacho se ramifica en dos puntas; se le llama “cuatro puntas,” y así sucesivamente. Un ciervo con 12 puntas o más es llamado un ciervo “real,” y algunos ciervos han vivido lo suficiente como para desarrollar 20, 30, y hasta 40 puntas, pero esto es raro. Un ciervo con 14 puntas ya posee una corona de astas bastante impresionante. Inmediatamente después de que el ciervo ha mudado un par de astas, empieza a crecerle otro par más grande que alcanza su tamaño final en cuatro meses. Es como una planta que muere pero que vuelve a crecer otra vez de un bulbo.

Los venados son en realidad animales del bosque, les gusta vivir entre árboles. Uno podría pensar que las astas, especialmente cuando han crecido grandes, son un estorbo si es que el venado quiere correr por el bosque. Pero este no es el caso. Uno puede ver ciervos corriendo a toda velocidad en bosques en donde los árboles están muy cerca unos de los otros. El ciervo tira su cabeza hacia atrás, de forma que sus astas descansan sobre sus hombros, y entonces cualquier rama pequeña que se le cruce en el camino es fácilmente esquivada o rota.

Los ciervos buscan a las ciervas en el otoño. Se les puede escuchar rugiendo, y si es que a dos ciervos les gusta la misma cierva – lo que ocurre frecuentemente – entonces se da una pelea. Es entonces que las cabezas y las astas se usan como armas. Estas peleas entre dos ciervos fuertes son terribles y salvajes, pero rara vez ocurre que un ciervo muera debido a una de estas peleas. En la mayoría de los casos basta con que un ciervo demuestre que es el más fuerte.

En una de estas peleas – entre un ciervo bastante viejo con 18 puntas y uno más joven con 14 puntas – los dos ciervos se alejaban unos 20 metros uno del otro y entonces se enfrentaban a todo galope. Cuando se estrellaban, debido a la fuerza del impacto, a veces acababan sentados sobre sus patas traseras. Sin embargo, se paraban y se arremetían otra vez, embistiéndose con sus astas. Finalmente, después de media hora, el ciervo más joven se las arregló para golpear las costillas del ciervo mayor con tanta fuerza que éste cayó derribado sobre uno de sus lados. Y cuando se esforzaba por ponerse de pie, el joven le dio otro golpe fuerte, y entonces el más viejo tuvo suficiente; de un salto huyó lo más rápido que pudo. Pero el victorioso y joven ciervo estaba tan exhausto que se hundió en la tierra con sus flancos jadeantes, y no se movió por media hora hasta que hubo recuperado sus fuerzas.

Durante la época del año en que este espíritu de pelea se encuentra dentro de ellos, los ciervos han atacado incluso a personas. Pero algo que se puede observar en la historia de esta pelea: los ciervos usan sus cabezas y sus astas como un brazo con un arma, y entonces sus cabezas no descansan tranquilamente como las nuestras. Sus cabezas son una especie de extremidad.

*

Démosle una mirada a las patas, a las pezuñas del venado rojo. Ellos no son, por supuesto, los únicos animales que tienen pezuñas; también las reses, las cabras, las ovejas, los chanchos y los caballos tienen pezuñas. Los caballos tienen una sola pezuña grande en cada pata; los demás tienen pezuñas partidas o pezuñas hendidas. Si le preguntan a un niño pequeño, “¿Qué tan alto eres?” ellos tratarán de pararse sobre las puntas de sus pies y, quizás, hasta levantarán sus brazos para parecer más altos. Ahora, hace mucho, pero mucho tiempo, ocurrió algo similar con todos aquellos animales que tienen pezuñas y cachos. Desarrollaron cachos y astas, como el niño que levanta sus brazos, y se elevaron sobre sus dedos. Las pezuñas son en realidad sólo los dedos de sus patas, y la uña ha crecido alrededor para darle más fuerza. Los venados – así como las vacas, ovejas, cabras y caballos – caminan todo el tiempo sobre sus dedos. Es como si alguna vez hubiesen querido caminar erguidos, como el hombre, pero no lo lograron. En cada pezuña del venado hay dos dedos, y otro dedo que es tan sólo un pequeño muñón en la parte trasera de la pata. Al igual que nosotros, que corremos más rápidamente sobre los dedos que sobre nuestros talones, los venados también pueden correr muy rápido cuando están sobre sus dedos.

Los venados son animales del bosque, les gusta estar entre los árboles. Se alimentan de bellotas y castañas, pero también les gusta algo más que no es bueno para el bosque. Les gusta mordisquear la corteza de los árboles jóvenes, y si un árbol joven pierde su corteza se muere. Y, entonces, cuando hay demasiados venados en el bosque, estos destruyen todos los árboles jóvenes. Con el tiempo, los árboles viejos se caen, y entonces el bosque desaparecería si es que no hubiese árboles jóvenes que ocupen el lugar de los viejos. Es por eso que es necesario cazar venados, dispararles a algunos de ellos; de otra forma no tendríamos bosques. En tiempos antiguos había lobos que mataban muchos venados y entonces su número se mantenía bajo, pero los lobos han sido exterminados por el hombre hace mucho tiempo, y entonces tenemos que matar venados cada año para mantener su número bajo.

La mayoría de bosques en este país tienen guardias que se encargan de la cacería y que disparan a los venados. Es difícil acechar sigilosamente a un ciervo porque hay que acercarse lo suficiente como para asegurarse de matarlo con el primer tiro. Sería cruel sólo herirlo y hacerle daño. Una vez un guardián estaba acechando a un ciervo. Era una hermosa bestia con doce puntas, alimentándose a campo abierto, de forma que no había árbol alguno en donde el cazador

podiese esconderse. Se agachó y avanzó sobre manos y rodillas, gateando hacia una roca grande. Si podía llegar a esa roca, se encontraría lo suficientemente cerca como para arriesgar un disparo.

Pero conforme gateaba hacia adelante perturbó a un ave grande, a un lagópodo, y éste salió volando. Usualmente, el vuelo repentino de un lagópodo es una advertencia para un ciervo y éste sale corriendo. Pero esta vez el ciervo no se alertó con el ave y continuó comiendo. El guardián suspiró aliviado, pensó que ahora sí podría atrapar al ciervo. Entonces algo bastante inesperado ocurrió. Un águila dorada vio al lagópodo, bajó en picada, lo atrapó y voló hacia una loma cubierta de hierba, cerca de donde estaba pastando el ciervo. Toda esta conmoción no fastidió al ciervo. En el entretanto, el cazador había llegado a la roca y había levantado la cabeza y alistado el rifle para disparar. Pero, justo en ese momento, el águila decidió que el ciervo lo estaba fastidiando a él, y sobrevoló, batiendo sus alas, sobre el lomo del ciervo, montándose sobre éste como un jinete sobre un caballo. Esto ya fue demasiado para el ciervo. Salió disparado lo más rápido que pudo y, por supuesto, el guardabosque perdió su oportunidad de dispararle al ciervo. Cuando el águila hubo espantado al venado una cierta distancia, lo soltó, y voló de vuelta para comerse su lagópodo. De seguro que el ciervo nunca se enteró que esta águila malhumorada le había salvado la vida.

Corrie, el pequeño venado

John Cameron era un guardabosque de uno de los estados más grandes, uno constituido principalmente por bosques, y por donde deambulaban los venados rojos. Estaba acechando a un venado cuando pasó cerca de una hendidura, esto es, un hueco en la ladera de una colina. Y allí había un pequeño venadito echado sobre los helechos al que casi pisó. Era tan pequeño que no debía de tener más que un par de horas de nacido, y yacía sobre la tierra sin moverse.

“Bueno,” dijo John Cameron, “qué cosa más diminuta, me pregunto por qué tu madre te dejó aquí. Pero conozco una jovencita y un joven a los que les encantará tenerte como mascota y que te sabrán cuidar.” Y recogió al cervatillo entre sus brazos, bajó por la montaña y se dirigió a su casa.

Sus dos hijos, Ivy que tenía doce y Joey que tenía diez, saltaron de alegría cuando vieron lo que su padre les había traído. Decidieron que la vieja casa de verano frente al jardín podría convertirse en el hogar del cervatillo, y lo llamaron Corrie. Joey trajo mucha paja mientras que Ivy le preparó su primera comida: leche mezclada con un poco de creta y clara de huevo en un biberón. No fue fácil enseñar a Corrie a tomar biberón, pero al poco rato aprendió el truco y vació la botella hasta la última gota.

Esa noche los niños no durmieron bien, pues estaban muy emocionados con su nueva mascota. Pero incluso si hubiesen podido dormir bien, los ruidos del exterior los hubiesen despertado, pues más allá de sus ventanas se escuchaba un ruido como un ladrido o un gruñido. Ahora, los niños que crecen cerca de bosques están acostumbrados a todo tipo de ruidos en la noche, y entonces ninguno de los dos se levantó para averiguar qué era lo que estaba produciendo ese ruido.

Ivy se levantó temprano por la mañana para alimentar a su mascota. Cuando abrió la puerta principal, con el biberón en la mano, vio a un venado adulto, una hembra, parada junto a la casa de verano; tenía que ser la madre del pequeñuelo. Ivy no podía comprender cómo la cierva había encontrado el camino hasta la casa de verano, pero cuando la cierva vio a la niña desapareció de un salto por entre las colinas. La cierva nunca más regresó, pero hasta John

Cameron, quien sabía mucho acerca de venados, no podía explicarse cómo la cierva había llegado hasta allí, y cómo había logrado saltar el cerco.

Como Ivy era la que alimentaba a Corrie, fue muy natural que el pequeño ciervo la considerara su madre. El cervatillo era bastante manso y amigable con todos los seres humanos, pero quería a Ivy más que a nadie. Y cada vez que ella estaba sola, ya sea sentada o parada, Corrie se le pegaba y levantaba su cabeza para que lo acariciara.

Como ese verano hizo mucho calor, Ivy y Joey iban frecuentemente al lago a nadar, y Corrie también iba con ellos. El venado nadaba incluso mejor que los chicos, y llegaba más lejos de lo que ellos podían. Los niños habían sido advertidos por sus padres de nadar sólo en una parte del lago en donde el agua no era tan profunda, y en donde no había corrientes peligrosas, pero un día Joey, el niño, vio una lancha blanca anclada un poco más allá de la bahía. Joey tenía curiosidad de saber más sobre la lancha; no parecía estar muy lejos, así es que decidió ir a buscarla.

Sin embargo, el bote estaba en realidad bastante más lejos de lo que se había imaginado – lo que descubrió mientras nadaba – y Joey empezó a sentir que sus músculos se le estaban cansando. Además, en el agua más profunda hacía más frío, y cuando finalmente llegó a la lancha, estaba ya tan exhausto que no tuvo fuerzas ni para treparse. Sólo logró sujetarse de la sogas que anclaba la lancha, pero incluso esto no podría hacerlo indefinidamente. Se estaba enfriando cada vez más, estaba ya temblando de frío, y se dio cuenta de que no podría durar mucho tiempo más. Y entonces – llegó Corrie, y empezó a nadar alegremente alrededor de él, pues para Corrie esto no era más que un juego. Pero Joey soltó rápidamente la sogas y se agarró de los largos pelos de las patas traseras de Corrie, y entonces Corrie lo remolcó hasta la orilla. Joey, siendo un niño honesto, contó a sus padres lo que había ocurrido y tuvo una buena reprimenda por haber sido desobediente. La familia entera supo que Corrie le había salvado la vida.

El pequeño cervatillo había salvado la vida de Joey, y, cómo podrán imaginarse, ambos niños apreciaban ahora a su mascota aún más. Pero Corrie creció – y se hizo muy fuerte. Llegó el día en que Joey tuvo que hacer un trabajo, y Corrie lo estaba importunando y no quería irse, entonces Joey se impacientó y le dio un fuerte golpe en la cabeza a Corrie. Éste retrocedió, bajó la cabeza, y se le tiró encima. Joey fue lanzado sorpresivamente hacia un arbusto. Ni bien se puso de pie, Corrie lo arremetió por segunda vez y lo lanzó otra vez por los aires, después de lo cual se fue trotando, aparentemente muy satisfecho consigo mismo.

Desafortunadamente, a partir de ese día, a Corrie se le metió en la cabeza que era muy divertido tumbar a la gente. Cuando un niño extraño venía a la casa, esta era la bienvenida que recibía de parte de Corrie, y algunos niños pequeños se quedaban muy asustados. Y entonces, finalmente, mamá y papá Cameron dijeron, “Lo sentimos, pero no podemos tener más a Corrie, se tiene que ir antes de que alguien acabe seriamente herido.”

Los dos niños no estaban nada contentos, pero se dieron cuenta de que era necesario despedirse de Corrie. El ciervo fue llevado en carro a una parte agreste de la montaña que estaba cercada por todos lados con una cerca especial para venados. Ivy le puso un collar con una campanita alrededor del cuello a Corrie y le dijo, “Espero que esto ayude a que ningún guardabosques jamás te mate.” Y entonces todos se fueron, dejando a Corrie por detrás, mientras Ivy se ponía a llorar. Corrie no estaba nada contento en las montañas. Estaba acostumbrado a la compañía de los humanos; no le interesaban los venados rojos. Y entonces, después de unas cuantas noches, logró escaparse del cerco para venados y se dirigió hacia el camino.

Mientras Corrie trotaba por el camino, un carro venía por la dirección opuesta. El chofer paró, y Corrie paró. Corrie pensó que el carro tenía que retirarse de su camino, el chofer pensó que el ciervo era el que tenía que moverse, y entonces ambos se quedaron atascados. Pronto

hubo otros carros detrás del primero, una gran línea paralizada, hasta que un hombre se las arregló para espantar a Corrie fuera del camino. Pero Corrie estaba decidido a regresar con su antigua ama. Al día siguiente tumbó a una señora mayor que iba en bicicleta, y en la noche tumbó a unos niños que volvían del colegio. Pero Corrie no se las podía ingeniar para encontrar el camino de regreso hacia la casa de la familia Cameron. Algunos jóvenes – que habían escuchado sobre el joven ciervo que había vuelto los caminos menos seguros – condujeron a Corrie hacia una caja grande y entonces lo encerraron allí. Y lo vendieron por unas cuantas libras a una reserva natural en Inglaterra.

Uno podría haber pensado que a Corrie le iba a encantar estar en un parque grande, en donde había muchos venados, en donde había abundante comida, en donde podía deambular a sus anchas. Pero esta hermosa reserva natural en Inglaterra no se parecía en lo absoluto a las elevadas tierras de Escocia, y Corrie era un venado de altura. Y, debido a que Corrie no estaba nada contento allí, se convirtió en el venado menos domesticado y el más salvaje de todos los venados del parque. Finalmente, el guardabosque del parque dijo, *“No quiero a este tipo salvaje en mi manada.”* Y entonces, Corrie fue conducido otra vez hacia una caja grande, y fue llevado en carro a una propiedad en la que los dueños cazaban ciervos con caballos y perros sabuesos, como se hacía antiguamente.

Entonces, Corrie fue liberado en esta propiedad en Inglaterra, y después de un tiempo los cazadores, montados sobre caballos y con sus perros ladrando, se lanzaron tras él. Los cazadores esperaban que Corrie intentara escapar hacia la reserva natural de la que había venido. Corrie, ahora ya un ciervo adulto y fuerte, tenía sólo un deseo: regresar hacia el norte, hacia las alturas. Y con sus fuertes patas y con su astucia, se escapó de los cazadores y se escabulló fuera de esta propiedad. Corrie no tenía mapas, brújula, ni podía leer letreros, no podía preguntarle a nadie cuál era el camino, y, sin embargo, sabía qué dirección seguir. Fue un viaje de cientos de millas – evitaba las ciudades y los pueblos, y se movía principalmente durante la noche a través de campos y granjas, perseguido frecuentemente por perros. Pero en cada oportunidad logró escaparse, y durante la última parte de su viaje tuvo que nadar a través de una gran bahía. Una noche, unos sorprendidos pescadores vieron que un ciervo saltó al mar y nadó a través de la bahía. Todos se preguntaban acerca de este espectáculo tan extraño. Sin embargo, los guardabosques de las montañas en donde Corrie había nacido vieron, algunas semanas más tarde, a un ciervo con un collar de cuero y con una campana alrededor de su cuello. Y entonces se supo que Corrie había regresado a las tierras altas a las que pertenecía.

7

El Erizo

Ahora llegamos a un animal que es muy diferente al venado, muy diferente al venado con su elegante cuello, con sus delgadas y largas patas, y con su suave pelaje. Nuestro animal es más bien pequeño, sus patas son tan pequeñas que uno casi no las puede ver, y en lugar de un pelaje suave y hermoso, este animal tiene cerdas con espinas puntiagudas; es el erizo. Si es que alguna vez vieron un erizo, saben que lo que vieron fue principalmente un tronco, pues la cabeza es apenas un pequeño hocico que aparece bajo las cerdas, y las patas son cortas. Entonces, lo que parece una bola de cerdas es casi todo tronco; el erizo es también un animal-tronco.

El erizo es un ejemplo maravilloso de cómo la naturaleza protege a sus criaturas. El venado tiene una cornucopia y puede escapar rápidamente del peligro, el caracol se puede retirar dentro de su casa, el ratón de cosecha tiene su nido, la liebre es una corredora ágil. Y el erizo tiene una armadura llena de espinas, una armadura que lo protege tan bien que no importa si no puede correr tan rápido como otros animales, o meterse dentro de la tierra.

Las espinas del erizo no se levantan si es que no se le perturba. Pero apenas se presenta la más ligera sospecha de peligro, el erizo se enrolla como una pequeña bola apretada y todas sus espinas se levantan. Y las espinas se levantan tan rápidamente que nuestros ojos casi no pueden seguir este movimiento. En un momento las espinas yacen planas – y en el siguiente están levantadas. Pero el erizo puede volverse una pequeña bola sin necesidad de que sus espinas se levanten, y esto lo hace cuando se desliza cuesta abajo sobre una pendiente empinada. Entonces se convierte en una pequeña bola y se deja rodar a sí mismo hacia abajo. Algunas personas tienen erizos como mascotas, y, si se les ponen tablas inclinadas, éstos rodarán de esta forma para divertirse. Los erizos dejarán incluso que se les tire desde una altura de 1.5 metros (5 pies), y caerán de forma tan hábil que la columna vertebral actuará como una especie de cojín.

Los erizos son animales muy útiles para el granjero; comen insectos, babosas, y toda clase de plagas pequeñas que pueden arruinar la cosecha. Los erizos son animales que hibernan, esto significa que son animales que duermen durante los fríos meses de invierno. Simplemente hacen un pequeño hueco, se cubren con hojas secas y mala hierba, y se enrollan como una pequeña bola. Las hierbas y hojas se van aplastando con las lluvias y, entonces, después de un tiempo uno no puede ver nada que delate que allí hay un erizo durmiendo.

Las madres-erizo tienen entre tres a cinco crías, y los bebés-erizo se ven bastante extraños porque al nacer sus columnas vertebrales son suaves y de un color blanco-rosáceo. Toma cerca de un mes para que la columna vertebral se endurezca, y entonces los jóvenes dejan el acogedor nido que sus padres hicieron para ellos. El nido es tan sólo un hueco en el piso, acogedor gracias al pasto seco y al musgo.

Algo muy interesante acerca de los erizos es que se enfrentan a serpientes venenosas. Lo primero que hace un erizo cuando se encuentra con una serpiente es moverse lentamente, con la cabeza gacha, hasta que se encuentra lo suficientemente cerca como para, a la velocidad del rayo, atacar a la serpiente y morderla. Al instante se vuelve otra vez una bola, con las púas hacia todas las direcciones. La serpiente está molesta y embiste contra las púas, pero sólo logra herirse a sí misma. Otra vez el erizo se desenrolla, muerde, y vuelve a enrollarse antes de que la serpiente lo pueda alcanzar. La serpiente está ahora mucho más furiosa y ataca las púas, pero, otra vez, sólo logra herirse a sí misma, y después de un par de veces de esto, la serpiente está tan herida y ha perdido tanta sangre que no le queda mucha fuerza. Y es entonces que el erizo muerde la parte posterior de la cabeza de la serpiente, y este es el final de la serpiente. Entonces, como pueden ver, el erizo puede ser un enemigo bastante peligroso para alguien que, como la serpiente, pierde el control y se olvida de las púas.

Prickles, el erizo

Esta es la historia de un erizo que se hizo amigo de un niño. El nombre del niño era Tommy y era hijo de un granjero, y este granjero producía vegetales y flores para vender en el mercado. Tom siempre ayudaba a su padre, y uno de sus trabajos consistía en poner carbón en los calderos que calentaban el invernadero. Una noche, cuando había terminado de llenar los calderos y estaba caminando de regreso a su casa, escuchó un grito terrible, algo así como el

grito de un conejo, pero también como el chillido de un gato. El grito provenía de la esquina de una vieja pared de piedra, y Tommy fue a ver qué clase de criatura había producido ese ruido descorazonador. Hacía mucho tiempo su padre había puesto una trampa para ratas junto a esa pared, pero ninguna rata había sido atrapada y todos se habían olvidado de la trampa. Ahora, lo que Tommy vio no fue una rata, sino un pequeño erizo con su pata atrapada en la trampa y chillando a todo pulmón. Los erizos pueden tener voces muy potentes si se encuentran adoloridos. Tommy abrió el resorte de la trampa y vio que la patita del erizo estaba muy dañada. Tommy era un niño amable, así es que llevó el erizo a su casa, le lavó la pata herida y se la vendó. Cerca de la casa había una jaula de conejos vacía y allí fue donde Tommy llevó a Prickles, como nombró a su mascota, poniéndolo sobre una cómoda cama de paja y alimentándolo con pan y leche. La pata herida sanó en menos de una semana y, con la mejora, Prickles le perdió el miedo a los seres humanos. Al principio siempre se enrollaba, las púas apuntando hacia todas las direcciones, de forma que nadie podía tocarlo, pero pronto Prickles empezó a comer de la mano de Tommy y a alisar sus púas cuando el niño lo tocaba.

Un día, Tommy descubrió que su extraña mascota podía realizar un truco bastante curioso. Tommy quiso darle una mirada a la pata herida, así es que puso a Prickles sobre su lomo, y con una paja tocó la pata trasera del erizo, justo dentro de la parte superior. Cuando esto ocurrió, Prickles produjo un fuerte chillido, y continuó chillando porque la paja le hacía cosquillas. Esto no parecía molestarlo, y no intentaba enrollarse o escaparse, incluso hasta parecía disfrutarlo. Así es que cada vez que venían amigos de Tommy, éste les decía, “Mi erizo puede cantar. Les mostraré.” Y, entonces, con una paja les hacía cosquillas a las patas traseras, y Prickles chillaba fuerte y alegremente.

Pero la mamá de Tommy se cansó de darle pan y leche a un animal que ya podía valerse por sí solo, así es que Prickles fue puesto de vuelta en libertad. Los erizos suelen cazar al amanecer y al atardecer, y Tommy veía bastante frecuentemente a su pequeño amigo en el verano, a veces temprano por la mañana, a veces cuando oscurecía, trotando por aquí y por allá. Como las patas de este animalito son tan cortas, parecía como si Prickles avanzara lentamente sobre ruedas, pero a veces Prickles podía desarrollar también una velocidad increíble, como lo demostró el día que se encontró con el gato del vecino.

El gato del vecino era un tipo grandote, que disfrutaba cuando cazaba pájaros y conejos, y que incluso había matado comadreja. Este gato se encontraba una noche sentado sobre la pared de piedra cuando apareció Prickles y empezó a avanzar por entre los rosales. El gato se agazapó sobre la pared, el niño observó, preguntándose qué ocurriría, pues aparentemente Prickles no se había dado cuenta de nada extraño y se estaba acercando cada vez más y más a la pared. El gato debió de pensar que Prickles era un conejo, pues esperó hasta que estuviese directamente debajo y entonces se dejó caer sobre él. Pero, en la milésima de segundo que le tomó caer desde la pared, Prickles se había enrollado, su cabeza hacia abajo y sus púas apuntando en todas direcciones. El gato cayó sobre estas púas con la velocidad necesaria como para matar a un conejo. El gato dio un fuerte chillido y salió disparado, y no creo que haya vuelto a cometer el mismo error otra vez. Prickles se quedó muy alterado con este encuentro y escapó a gran velocidad, encontrando refugio bajo una planta de peonía.

Poco después de este acontecimiento, Prickles descubrió que el lugar en donde estaba el caldero era un lugar maravilloso para cazar, pues estaba infestado de cucarachas y ratones. Prickles mató algunos de los ratones, pero el resto huyó pues los ratones no soportan lo bien que un erizo puede olfatearlos. Y al poco tiempo el número de cucarachas también fue disminuyendo; así es que Prickles se volvió bastante útil para el granjero.

Cuando llegó el otoño, Prickles se preparó para hibernar, y Tommy tuvo la oportunidad de observarlo. El granjero había rastrillado hojas caídas y las había acumulado en un montoncito

junto a una pared media derruida. Resultó que a Prickles le gustaba subirse por la pared y dejarse caer sobre ese montón y, por supuesto, muchas de estas hojas se adherían a sus espinas. Y, otra vez, Prickles se trepaba por la pared y se dejaba caer sobre las hojas secas, y más hojas se quedaban atascadas entre sus espinas. Y continuó haciendo esto hasta que todas sus púas eran un solo de hojas, desde su piel hasta afuera. Esta gruesa capa de hojas no sólo iba a mantenerlo caliente, sino que además lo iba a proteger de la lluvia y de la humedad.

Pero después de este arrebatado de energía, Prickles se volvió muy lento y apático, como si estuviese aturdido. Antes de esto, siempre había sido lo suficientemente rápido como para alejarse de cualquier par de pies que se le acercaran demasiado. Pero ahora eran las personas las que tenían que cuidarse de no pisarlo, así de lento estaba. Y entonces, un día, Prickles desapareció por un buen tiempo; no se le vio por una semana entera. Hasta que Tommy vio una gran bola de pasto seco en la esquina de un viejo cobertizo. Sintió curiosidad; ¿qué podría ser? Así es que desenredó la bola de pasto – y ahí estaba Prickles, acurrucado, muy a gusto, en su sueño invernal. Tommy sintió pena de haber perturbado a su amigo, así es que puso la bola medio-abierta en la esquina, pero Prickles ya no estaba interesado en esa bola de pasto, lo habían perturbado, y, cuando Tommy lo buscó al día siguiente, Prickles ya se había ido.

Pasaron unas cuantas semanas más, estaba haciendo más frío, y el papá de Tommy estaba cortando partes de una enredadera que había crecido junto a la pared de la casa. La enredadera estaba llena de hojas y el granjero estaba sacándoselas cuando descubrió al Sr. Prickles, a seis pies del piso, echado muy cómodamente sobre su plataforma de hojas. Pero, al cortar la enredadera, Prickles perdió su segundo escondite y desapareció otra vez. Unos días más tarde, el padre de Tommy empezó a sudar mientras trabajaba, se quitó la casaca y la puso sobre el pasto, junto a un arbusto. Ese día se olvidó la casaca y fue al día siguiente para recuperarla. Pero, en el entretanto, la casaca había adquirido un inquilino – enrollado en una de las mangas estaba Prickles. Por supuesto que el pobre Prickles fue perturbado otra vez, y volvió a desaparecer.

Algunos días más tarde, el padre de Tommy entró a un cobertizo en donde guardaba atados grandes de pasto fuerte y seco, del que se usa para amarrar plantas y flores. Levantó un atado y allí estaba Prickles, otra vez al descubierto. La casa tenía un garaje y, como era un garaje grande, frecuentemente se guardaban cosas en una de las esquinas, y entre estas cosas había una gruesa alfombra enrollada. Pero conforme los días se fueron haciendo más fríos, la madre de Tommy recordó la alfombra y pensó que podría ser útil. Fue a sacarla, y al desenrollarla – allí estaba Prickles. Así es que otra vez su sueño fue perturbado y tuvo que buscar otro sitio seguro. Pasó un tiempo, y parecía que Prickles había encontrado un lugar en donde no era un fastidio para las personas, pues nadie lo vio ni lo encontró. Pero una noche Tommy estaba echando combustible al caldero cuando súbitamente vio una bola llena de espinas sobre el combustible de su lampa. Pobre Prickles, pensó que estaría seguro sobre el combustible del cálido caldero. “Bueno,” pensó Tommy, “tengo que encontrarle un lugar, pobrecito, se mete en problemas cada vez que él escoge un lugar.” Y llevó a Prickles a una vieja jaula de conejos en donde metió paja de forma apretada. Allí, Prickles se quedó durante el resto del invierno sin mayores percances, hasta que llegó la primavera y entonces pudo moverse otra vez bajo la luz y el calor del sol.

8

El Águila

Hemos llegado a un tipo de animal que no vimos anteriormente: un ave – el águila dorada. Quisiera contarles algo sobre las aves en general antes de mirar al águila dorada. Lo más grande y maravilloso que tienen los pájaros es que pueden volar. Si observamos pájaros en pleno vuelo veremos en ello algo tan hermoso que, entonces, la forma como se mueven los animales sobre la tierra, o incluso hasta nuestro propio caminar, nos parecerán algo bastante torpe. Es una cosa encantadora, el vuelo de los pájaros, y esto es así porque los pájaros están contruidos para poder volar en el aire gracias a la sabiduría de la naturaleza.

Cuando vemos la forma de un pájaro recordamos a la foca, con su forma para atravesar el agua a gran velocidad; la foca tiene una forma alargada. Y de la misma manera, la forma de un pájaro es alargada o aerodinámica para así poder volar o planear a través del aire. Como el cuerpo es aerodinámico, eso nos muestra también que el pájaro es un animal-tronco, el tronco es su parte principal. Ustedes ya pueden darse cuenta de esto desde afuera, simplemente mirando al pájaro, que su cuerpo está diseñado para moverse a través del aire, es aerodinámico. Pero hay cosas que no pueden verse desde afuera, el pájaro tiene sus secretos (así como el caracol tenía sus secretos), y estos secretos hacen posible que el pájaro vuele de forma tan hermosa.

El primer secreto se encuentra en los huesos del pájaro. Los huesos del pájaro no son solamente mucho más delgados que los huesos de un animal de tierra, sino que además son huecos por dentro, son unos tubos huecos. Los grandes huesos de las alas y de las patas de los pájaros son huecos; éstos no están llenos con médula como los nuestros. Esto hace que un pájaro sea mucho más ligero. Estos huesos, que parecen tubos delgados y huecos, son el primer secreto del pájaro.

El segundo secreto de los pájaros está en sus pulmones. El pájaro tiene pulmones en el pecho como nosotros, pero tiene algo más que nosotros no tenemos. Desde los pulmones del pájaro salen unos sacos largos que van hacia su cuello, pecho y barriga, grandes espacios llenos de aire. Se les llama sacos-de-aire. Entonces, cuando un pájaro toma aire, el aire no va sólo hacia sus pulmones, sino que va también hacia todos estos sacos-de-aire, hacia todas las partes de su cuerpo. De esta forma, el cuerpo entero del pájaro, no sólo sus pulmones, se llenan de aire. Es por esto que a un pájaro le es tan fácil ser elevado por el aire, de la misma forma como somos llevados por el agua cuando flotamos. El pájaro tiene sacos-de-aire que van desde los pulmones hacia todo su cuerpo, y, debido a que tiene tanto aire extra dentro de él, nunca se queda sin aliento. Nosotros empezamos a jadear si es que corremos rápidamente por demasiado tiempo, no podemos respirar bien, incluso hasta los venados o caballos o perros se quedan sin aliento, pero nunca un pájaro. Por supuesto que un pájaro se puede cansar, pero nunca se queda sin aliento, porque tiene estos maravillosos sacos-de-aire, y entonces puede tomar mucho más aire (para su tamaño) de lo que podemos nosotros. Los sacos-de-aire son el segundo secreto del pájaro.

El tercer secreto son sus alas. Las alas no son nada más que brazos y manos que han sido cambiadas en instrumentos para volar. Donde nosotros tenemos brazos y manos, donde los animales tienen patas y pezuñas, los pájaros tienen alas, y cuando abren sus alas es como si nosotros abriéramos los cinco dedos de nuestras manos. Es maravilloso para el pájaro que sus extremidades delanteras se hayan convertido en alas que lo llevan por el aire hacia las alturas, pero, de otro lado, el pájaro no puede usar estas alas para nada más. Si el pájaro quiere recoger algo, tiene que usar su pico, tiene que usar su cabeza como una extremidad adicional. Es por eso

que la cabeza del pájaro es tan sólo una sirvienta del tronco. Entonces, las patas delanteras se han convertido en alas, y este es el tercer secreto del pájaro. No puede usar sus extremidades delanteras para correr o para recoger algo, pero sí son maravillosas para volar.

Y, después de estos tres secretos de huesos delgados y huecos, de sacos-de-aire, y de alas, llegamos al último y más maravilloso secreto del pájaro: sus plumas. Las plumas de los pájaros no se parecen en nada a los pelos o al pelaje de los animales. Cada pluma de un pájaro es algo muy complicado y especial, y también algo muy hermoso. Si cogen la pluma de un ala podrán ver que en el medio tiene una vara hueca o raquis, y que a cada lado de la vara hay un estandarte. Pero el estandarte está compuesto de barbas individuales, y cada barba tiene espinas muy pequeñas que se entrelazan con las espinas de las barbas adyacentes. Es gracias a estas espinas tan, pero tan pequeñas, que las barbas parecen formar una superficie suave, pero las espinas pueden ser separadas. Cuando esto ocurre, cuando las plumas se alborotan, el pájaro usa su pico para suavizar sus estandartes otra vez.

(FIGURA DE PLUMA CON SUS PARTES: ESTANDARTE Y RAQUIS)

(FIGURA DE VARA HUECA O RAQUIS Y DE LAS BARBAS ENTRELAZADAS)

Pero también hay barbas esponjosas que no tienen espinas en sus varas. Y debajo de las plumas fuertes también hay plumas pequeñas que sólo tienen barbas esponjosas y a las que se les llama plumones. Todo pájaro tiene, debajo de sus plumas fuertes, los pequeños y esponjosos plumones que no tienen espinas, los plumones que mantienen al pájaro caliente; estos no son para volar. Todos conocemos los edredones de plumas. Estos están llenos de los suaves y esponjosos plumones de un cierto tipo de pato, el pato de flojel. La mamá-pata se saca plumones de su propio pecho para hacer un nido cálido para sus pequeños, y, entonces, nosotros los seres humanos venimos y nos los llevamos para ponerlos en nuestros edredones.

El plumón sirve para abrigar a las aves, no sirve para volar, tiene barbas sin espinas. Las otras plumas, las plumas fuertes que tienen un estandarte porque las barbas tienen espinas, se llaman plumas de contorno. Contorno significa forma, pues estas plumas exteriores son las que le dan al pájaro su forma aerodinámica. Y también son las plumas de contorno de la cola y de las alas las que le dan al pájaro el poder de volar. Si el pájaro estuviese cubierto con cabello, con pelaje, no podría volar. Son las plumas, con vara hueca y estandarte, el último secreto del pájaro, el secreto del vuelo de los pájaros.

Kiah, el águila dorada

Pasemos a ver la historia de la vida de un águila dorada, un águila dorada que salió de un huevo en Sutherland, en el norte de Escocia. Sus progenitores, un padre y una madre águilas, habían construido un nido – o aguilera como se le suele llamar – al borde de un gran precipicio. Era un nido fuerte que no podía ser fácilmente destruido por vientos o hasta por vendavales. Una aguilera no está hecha de forma tan ingeniosa como el nido de un pájaro pequeño, no requiere ser construida de forma hermosa o experta, pero sí tiene que ser fuerte para proteger a los pequeñuelos de los poderosos vientos helados e invernales que soplan en las montañas. Y, por esta razón, la aguilera es más parecida a una fortaleza que a un pequeño y dulce nido.

Los padres águilas pusieron primero una base de palos fuertes al borde del precipicio. Después trajeron grandes ramas de pinos, y la madre águila fue la encargada de cruzar y entrecruzar estas ramas siempre-verdes, como si estuviese haciendo una canasta. Y entonces forraron el interior de esta canasta grande y fuerte con una gruesa capa de brezo. Fue en esta clase de nido que un

joven aguilucho salió del huevo; lo llamaremos Kiah, como el sonido que a veces hacen las águilas. Cuando Kiah salió del huevo no tenía para nada ese color marrón-dorado de sus padres, sino que estaba cubierto con un plumón gris-blancuzco, y era sólo un poquito más grande que un patito pequeño. Y tenía compañía; una pequeña hermana había salido del otro huevo en el nido. Las águilas casi siempre ponen sólo dos huevos. Y la primera cosa que nuestro pequeño aguilucho Kiah y su hermana hicieron fue empezar a piar vigorosamente por comida. Y la madre águila estaba preparada. El padre águila había matado una liebre y la madre la había cortado en trozos pequeños con su afilado pico y con sus garras, depositando pedacitos en los picos abiertos de sus pequeñuelos.

Pero, como verán dentro de poco, las águilas no malcrían a sus hijos. Después de un par de días, cuando los pequeñuelos estaban un poco más fuertes, la madre ya no puso pedazos en sus picos; les dejaba la comida al lado y los jóvenes tenían que recogerla por sí mismos. Pero igual se les cuidaba muy bien, tanto el padre como la madre cazaban constantemente para así tener abundante comida, pues los aguiluchos jóvenes comen muchísimo y crecen rápidamente. Y, cuando los vientos se hacían fríos y cortantes, la madre se sentaba sobre ellos y los protegía y los mantenía abrigados bajo sus alas. Conforme los aguiluchos fueron creciendo, también fueron perdiendo sus plumones finos, y sus plumas verdaderas empezaron a crecer, al comienzo se veían como las púas de un erizo, pero pronto estos pequeños clavos se convirtieron en plumas de verdad.

Nuestro pequeño aguilucho Kiah trataba, ocasionalmente, de batir sus alas, pero las plumas eran todavía suaves, se doblaban y cedían, todavía no estaban listas para soportar la presión del peso del aire sobre ellas. Durante las primeras semanas, todas las fuerzas del águila joven se destinan al crecimiento de las plumas, y es por eso que se encuentra siempre hambrienta. Y entonces, cada vez que los padres dejaban caer comida en el nido, Kiah y su hermana peleaban y reñían frecuentemente por cualquier pedacito.

Conforme las plumas se fueron endureciendo, también se hicieron más ligeras, y, un día que Kiah se encontraba batiendo sus alas, se elevó súbitamente por encima del nido y permaneció suspendido allí por unos instantes – y entonces se desplomó con un *plonk*. Después de esta experiencia, Kiah se cuidaba de batir sus alas, pues todavía tenía que aprender mucho sobre cómo usar sus alas. Lo primero que hacía Kiah después de cada comida era limpiarse el pico contra una rama para asegurarse de que no quedaran restos de comida, y después se pasaba el pico por cada una de las largas plumas de sus alas, cerciorándose de que todas las barbas estuviesen entretejidas y unificando el estandarte. Repetía lo mismo con las plumas de la cola, pues lo primero que un águila tiene que hacer es cuidar de sus plumas; su vida entera depende de ellas.

Y ahora Kiah empezaba a tratar de volar. Al inicio era sólo un batir de alas que lo elevaba unos cuantos pies por encima del nido, y allí quedaba suspendido por un rato – y después volvía a bajar. Pronto descubrió que esto se le facilitaba cuando el viento soplabla, pues podía elevarse en contra del viento y el viento lo llevaba hacia arriba. Pero Kiah no estaba del todo preparado para algo que le ocurrió mientras se encontraba jugando con el viento. Acababa de batir un poco sus alas cuando una fuerte brisa lo elevó más alto de lo que él hubiese querido subir; diez pies, veinte pies, y Kiah estaba asustado. En su temor, batió las alas otra vez, pero esto sólo lo elevó aún más. Y si el viento hubiese soplado un poquito más fuerte, se lo hubiese llevado fuera del nido, por sobre el borde del precipicio y – dado que Kiah no era todavía lo suficientemente fuerte – habría caído cientos de pies y se hubiese matado. Pero, afortunadamente para él, el viento se calmó y pudo volver al nido, aterrado, con el corazón latiéndole locamente por el miedo. Durante los días siguientes, cuando batía sus alas se agarraba también del nido con sus talones, para que el viento no se lo pudiese llevar.

Ahora que él y su hermana habían empezado a usar sus alas, también se interesaban más por el mundo fuera del nido. Y así comenzaron a usar los maravillosos poderes de vista que tienen las águilas. Podían ver a sus padres dirigiéndose al nido cuando ellos todavía se encontraban a varias millas de distancia, y entonces emitían su sonido de “kiah-kiah” que era su forma de saludar. Cuando Kiah y su hermana miraban a un pájaro a media milla de distancia, podían ver cada pluma de su cuerpo. Ninguna otra criatura en el mundo tiene la maravillosa visión de las águilas.

Nuestros ojos tienen párpados que se cierran, cada ojo tiene un párpado. Pero los ojos de las águilas tienen tres párpados, los dos primeros sólo se cierran cuando duerme, el tercer párpado es transparente, como vidrio, el águila puede ver a través de éste. Y el águila usa este tercer párpado cuando se encuentra en pleno vuelo, entonces sus ojos no lagrimean por el viento cuando vuela a gran velocidad. La sabiduría de la naturaleza protege a sus criaturas de esta forma.

Un día llegó el momento en que los padres pensaron que Kiah y su hermana tenían que dar el gran paso de salir a volar de verdad. Y entonces, por un día entero, los padres dejaron a las jóvenes águilas sin comida. Al día siguiente, los padres se fueron volando y Kiah y su hermana gritaron durante horas por el hambre. Después de mucho tiempo, el padre y la madre águilas regresaron y la madre traía una paloma muerta entre sus garras. Pero no dejó la paloma en el nido; sobrevoló el nido en círculos, sosteniendo la paloma en sus garras. Y el padre águila también sobrevoló por encima del nido en pequeños círculos como diciendo, “¡Vamos, vamos, vuelen, pequeños cobardes!”

Los dos jóvenes estiraron sus cuellos, pero la madre no se acercó lo suficiente. Ella sobrevolaba justo por encima del borde del precipicio, y para entonces Kiah tenía tanta hambre que saltó hacia el borde y trató de agarrar la paloma, pero al hacer esto se precipitó fuera del nido y se vino abajo. Kiah estaba tan aterrado que se olvidó de todo lo que había aprendido, zarandeaba sus alas, lo cual no lo ayudaba en nada, daba de tumbos, la cabeza primero y la cola después, y gritaba lleno de terror. En un instante, el padre y la madre águila estaban a su lado, no lo podían sostener, pero su presencia hizo que Kiah se tranquilizara. De repente estiró sus alas en una recta en lugar de batirlas en el aire, e inmediatamente la brisa que estaba soplando lo condujo hacia arriba. Había caído hasta la mitad del precipicio, pero al menos ahora estaba planeando, sentía que el aire lo llevaba, de la misma forma como nosotros nos sentimos cuando flotamos en el agua.

Pero todavía no había aprendido a controlar el vuelo valiéndose de su cola. Es la cola – la que puede abrirse como una media luna – la que hace que el águila vaya en una dirección u otra. Y ahora la brisa lo estaba llevando hacia la copa de unos árboles, y Kiah gritó de miedo otra vez. Otra vez sus padres volaron junto a él y sus gritos le indicaron qué hacer. Pero Kiah estaba tan asustado que no los escuchó. Y cuando las copas de los árboles parecían acercársele a toda velocidad, Kiah batió sus alas en contra de la dirección a la que se estaba dirigiendo, con lo cual cayó sobre las gruesas ramas de un abeto. No le pasó nada, pero sí estaba muy asustado, así es que por largo rato se quedó posado sobre una rama, sin atreverse a moverse de allí.

Desde allí observó cómo sus padres intentaban lograr que su hermana volara. Al comienzo, la hermana también empezó a caer por el precipicio, y se salvó – gracias a los gritos de los padres – cuando estiró sus alas en el último minuto, pero como estaba a poca distancia del piso, al poco rato se bajó. Allí se quedó, al pie del precipicio, y no importaba qué tanto sus padres trataran de persuadirla, ella no trataba de volar otra vez.

Ese día, los padres llevaron algo de comida al lugar en el que cada uno de sus hijos se encontraba. Pero las lecciones de vuelo tenían que continuar al día siguiente. Kiah se sintió otra vez tentado por la comida que su madre sostenía en un árbol y después en otro, y al instante

siguiente un poquito más lejos, y a continuación aún más lejos. Y a través de estos vuelos cortos aprendió a usar sus alas y las plumas de su cola cada vez mejor y mejor, se sintió más seguro y perdió el miedo. A su hermana la hizo volar primero a las ramas bajas de un árbol, después más alto, y entonces de árbol en árbol. Y así ambos aprendieron de la forma más dura el gran arte de volar.

Hasta las águilas, diseñadas para volar por la naturaleza, pasan por dificultades hasta que aprenden a volar. Algo similar ocurre con nosotros los seres humanos. Aprender no es siempre placentero, pero lo que aprendemos se volverá un placer una vez que lo hayamos dominado, de la misma forma que el águila disfruta volar una vez que ha dominado hacerlo. Y no sirve de nada tener miedo o no intentarlo con todas nuestras ganas, porque en ese caso nunca aprenderemos nada.

Con el tiempo Kiah aprendió el gran arte de volar como sólo un águila puede hacerlo. Se lanzaba desde el nido, realmente se tiraba al precipicio, y daba las primeras batidas con sus alas. Cuando observamos el comienzo del vuelo de un águila, éste nos puede parecer torpe y lento en comparación con la forma como un pajarito se lanza al aire. Pero este es sólo el comienzo del vuelo del águila.

Kiah no batía sus alas por mucho rato, pues pronto encontraba una corriente de aire que lo elevaba. Como pueden darse cuenta, el aire alrededor de nosotros nunca se encuentra del todo quieto, pues en el aire hay corrientes de la misma forma como hay corrientes en el agua, y las corrientes del aire van hacia arriba o hacia abajo. Kiah sentía hasta la más ligera corriente, y tan pronto como encontraba una corriente ascendente o chiflón de aire (los que se encuentran frecuentemente cerca de un precipicio o ladera de montaña), extendía sus alas y dejaba que el aire ascendente lo llevara hacia arriba. Kiah volaba en círculos para mantenerse dentro de la corriente ascendente de aire, mientras que al mismo tiempo se iba elevando como en una espiral. Y entonces Kiah se elevaba más y más alto, simplemente manteniendo sus alas extendidas y siguiendo la corriente de aire ascendente.

En un inicio ocurría que a veces Kiah cometía un error y súbitamente se encontraba fuera de la corriente de aire ascendente; entonces tenía que usar sus alas y batirlas para regresar a ésta. Pero muy pronto adquirió tanta práctica que podía quedarse flotando en la corriente, y se elevaba sin mover sus alas si quiera una vez. Esta es el famoso y sublime vuelo del águila; se eleva en círculos cada vez más altos sin mover un ala.

De esta forma, Kiah podía alcanzar alturas de miles de pies, alturas en donde el ojo humano lo divisaba como un punto pequeño, si acaso lograba divisarlo. Y Kiah podía ver a veces desde estas grandes alturas, con su maravillosa visión, una liebre de monte mordisqueando un arbusto. Y entonces aparecía la otra asombrosa proeza del vuelo del águila: el clavado. Cerraba sus alas y se dejaba caer con la cabeza hacia adelante, pero usando su cola como timón para dirigirse hacia donde estaba la liebre. Caía, cada vez más y más rápido – la velocidad del clavado de las águilas es más rápida que la velocidad del carro más rápido – y en el último segundo abrió sus alas, justo antes de tocar el piso. Y su llegada fue tan rápida que la liebre no tuvo tiempo de percatarse de su presencia sino hasta que ya fue demasiado tarde y fue capturada.

Kiah también aprendió a viajar elevándose, y a tirarse después en clavado. Cuando Kiah quería ir desde su nido en el precipicio hacia una montaña que quedaba a varias millas de allí, no volaba directamente hacia ella. Eso es lo que otras aves ordinarias harían, pero no un águila dorada. Kiah se elevaba con las corrientes ascendentes de aire y, cuando se encontraba en lo alto, divisaba la montaña distante y bajaba hasta allí planeando. Durante todo este viaje apenas había movido un ala.

A veces Kiah y su hermana y sus padres jugaban juegos cuando se elevaban, planeaban, y se tiraban un clavado. Una de las águilas mayores volaba hacia arriba con un ratón o ardilla

entre sus garras – sus talones – y las demás la seguían. Y cuando todas estaban en lo alto, la mayor dejaba caer el animal muerto. Y conforme caía, Kiah se lanzaba en su persecución con tal velocidad que siempre lo atrapaba a medio camino y mucho antes de que tocara el piso.

Y todavía hay un truco más que Kiah aprendió, un truco que usaba al final de un clavado. Cuando Kiah venía del peñasco de alguna otra montaña y se tiraba hacia el precipicio en donde estaba su propio nido, por supuesto que se lanzaba con la cabeza hacia adelante, lo que es similar a tirarse de cabeza. Pero uno no puede aterrizar con la cabeza primero en un precipicio: eso podría romperle el cuello. Entonces, *¿qué podía hacer Kiah?* En el último instante – tan rápidamente que el ojo humano casi ni puede seguirlo – hacía un movimiento increíblemente rápido, como cuando se saca un corcho, lo cual lo llevaba a la posición de patas-primero. Aterrizaba sobre sus patas, con apenas un pequeño serpenteo. Así es como vuelan las águilas, ellas son verdaderamente las soberanas del aire.

Cuando Kiah y su hermana cumplieron cinco meses ya eran tan grandes como sus padres. Kiah medía dos metros (siete pies) con las alas estiradas de punta a punta, sus plumas eran de un marrón oscuro con un brillo morado, con unos toques blancos en las alas y en la parte de abajo. La cabeza y el cuello estaban empezando a adquirir el color dorado por el que el águila dorada recibe su nombre. En esta etapa, a la edad de cinco meses, Kiah podía volar y cazar tan bien como sus padres. Como hemos visto, los padres de águilas no malcrían a sus retoños, y los padres de Kiah decidieron que ya había llegado el momento en el que Kiah y su hermana debían de arreglárselas por sí solos.

Y entonces, un día, la familia entera, padre y madre, Kiah y su hermana, regresaban a su nido en el precipicio. Esta vez no se tiraron un clavado sino que volaron de forma placentera, sobrevolando en círculos por encima del nido antes de descender. Los padres volaron primero hacia abajo, pero cuando Kiah y su hermana quisieron seguirlos, súbitamente ambas águilas las enfrentaron, las golpearon con sus picos y con sus alas, y no las dejaron aterrizar o entrar en el nido. Al comienzo, Kiah y su hermana no comprendían. Este era su nido y hogar, esos eran sus padres que los habían alimentado, protegido, ayudado a aprender a volar, ¿por qué los expulsaban ahora? Con tristeza, las dos jóvenes águilas se fueron volando y pasaron la noche en las copas de los árboles.

A la mañana siguiente Kiah vio que su padre salía volando para su cacería diaria y quiso unírsele. Pero tan pronto como el padre águila lo vio, se le tiró encima, y Kiah sólo pudo salvarse de ser desgarrado por las garras de su padre al esquivarlo rápidamente. Pero el padre regresó gritando, y Kiah se asustó tanto que escapó. Y el padre águila lo persiguió y lo condujo cada vez más lejos, hasta que Kiah se encontró a millas de millas de distancia del lugar que había sido su hogar. Después de un buen rato, el padre águila dio la vuelta y Kiah bajó a un árbol, pero Kiah se dio cuenta de que su infancia había terminado. De ahora en adelante se las tenía que arreglar por sí solo, tenía que cazar para sí mismo.

Pero esto no fue tan fácil como Kiah se imaginó. Es que cada águila adulta tiene un cierto territorio, esto significa un amplio círculo de tierra en el que caza. Y no permite que ninguna otra águila cace en su territorio, pues sólo hay comida suficiente para una familia en un territorio dado. Y entonces, varias veces cuando Kiah volaba para cazar una liebre o ardilla, otras águilas mayores venían gritando hacia él y lo sacaban de allí. Finalmente encontró un precipicio que le ofrecía protección de los vientos, y este precipicio se convirtió en el centro desde donde Kiah cazaba. Por más de dos años Kiah realizó vuelos desde este precipicio, y regresó a éste después de sus cacerías, posándose en las ramas de un viejo pino. Las águilas no tienen nidos mientras se encuentran solas, sólo descansan en los árboles.

Cuando Kiah tenía cerca de tres años – era primavera – vio a otra águila que venía hacia su territorio. Inmediatamente salió volando para expulsar a ese extraño, pero entonces se percató

de que era un águila-hembra, y Kiah deseó que se sintiese a gusto, quería que se quedara con él y viviera con él. Y entonces empezó el hermoso vuelo de cortejo de las águilas. Él sobrevoló en círculos por encima de ella, y súbitamente se lanzó hacia abajo, y ella respondió volando en hermosos giros hacia arriba y hacia abajo. Y entonces volaron juntos, las puntas de sus alas casi tocándose. Kiah había encontrado a su pareja, y se mantendrían juntos por el resto de sus vidas. Juntos construyeron una fuerte aguilera que parecía una fortaleza en el precipicio, y cuando el nido estuvo listo la hembra puso dos huevos y se sentó a empollarlos. Y mientras los empollaba, Kiah cazaba y le llevaba comida. Y a veces la hembra salía a volar, y Kiah se sentaba sobre los dos preciosos huevos y los mantenía calientes. Y después de un mes había dos pequeños aguiluchos, cubiertos con plumón blanco.

Y así empieza esta historia otra vez, desde el comienzo.

9

Las Extremidades

Démosle una mirada a las extremidades de varios tipos de animales, no nos limitemos sólo a uno. Empecemos con las extremidades del animal que acabamos de escuchar, el pájaro. Por supuesto que las extremidades más importantes de las aves son las alas. Las alas son realmente las patas delanteras. Mientras que otros animales, como perros y gatos y caballos, usan sus patas delanteras de la misma forma como usan sus patas traseras – para llevar el peso del cuerpo, para pararse, para caminar – las patas delanteras de las aves son alas que elevan su cuerpo en el aire.

Y las plumas de las alas no crecen alborotadamente, una larga por aquí y otra corta por allá. Las plumas de las alas de un pájaro están dispuestas de una forma especial: las plumas más largas – las más importantes para volar – están en la parte exterior, después siguen las plumas más cortas en el interior, y también están las plumas pequeñas que sirven sólo para cubrir la vara hueca de las plumas largas. Esta forma en que están dispuestas las plumas permite que las alas sean estas maravillosas herramientas o instrumentos para volar.

(DIBUJO DEL ALA DE UN PÁJARO)

Ahora veamos las patas del pájaro. Éstas no son tan hermosas como sus alas y, en comparación con las patas de un ciervo o de un caballo, dan la impresión de estar marchitadas. Pero éstas son perfectas para un pájaro. En las patas de un pájaro hay sólo cuatro dedos, tres que apuntan hacia adelante y otro, como un pulgar, que apunta hacia atrás. Un pájaro usa sus pies de forma bastante diferente a cómo nosotros usamos los nuestros. La mayoría de aves no camina sino que avanza a saltitos cuando se encuentra sobre la tierra, hasta el águila sólo pueda saltar sobre el piso. Los dedos no son para caminar; son principalmente para agarrarse de la rama de un árbol. Cuando un ave se posa sobre una rama, entonces los largos dedos circundan la rama y se sujetan a ésta con gran fuerza. Ni siquiera un viento fuerte puede tumbar a un pájaro de un árbol, e incluso cuando el pájaro duerme sus dedos están todavía fuertemente sujetos a la rama. Entonces, el pie de un pájaro, con sus largos dedos, es perfecto para el pájaro, es la herramienta apropiada para el trabajo que tiene que desempeñar.

Pero, precisamente debido a que las alas son perfectas para volar y las patas son perfectas para posarse sobre una rama, no hay mucho más que puedan realizar fuera de esto. Cuando un joven aguilucho se cae del nido, los padres no lo pueden salvar con sus alas o talones. Cuando un pajarito se cae del nido de un árbol, los padres pájaros no pueden regresarlo al nido. Las alas y patas están hechas para una sola cosa y no sirven para nada más.

Ahora observemos a un animal que es lo opuesto al pájaro, opuesto al pájaro que vive por encima de la tierra, en el aire y la luz. El topo vive bajo la tierra, en la oscuridad. Y como el topo avanza cavando dentro de la tierra, tiene unas extremidades muy interesantes. Las patas delanteras son, otra vez, muy diferentes a las patas de gatos o perros. Las patas delanteras de un topo se ven, a primera vista, como si fuesen unas pequeñas y torpes manos humanas, pero los dedos son cortos y las uñas son muy duras y largas y puntiagudas. De esta forma, la mano o pata se ha convertido en una herramienta maravillosa para lampear la tierra, podríamos decir que el topo nace con una lampa incorporada. Y es con estas dos lampas que el topo puede excavar tan rápidamente que, si uno llegara a verlo sobre la tierra, en tan sólo unos pocos segundos haría un hueco y se encontraría bajo tierra. Esta pata-tipo-lampa es una herramienta maravillosa para una criatura que vive bajo la tierra. Pero, justamente debido a esto es que la pata le es de muy poco uso para cualquier otra cosa, especialmente porque la pata siempre está volteada hacia afuera, entonces el topo nunca puede llevar algo entre sus patas como el águila puede llevar una liebre. La pata del topo es una herramienta para un determinado tipo de trabajo.

Y ahora veamos algo que hemos visto frecuentemente, la pata de un gato, o incluso podría ser la de un león, ya que el león es sólo una especie de gato grande. Las patas de los gatos sirven, antes que nada, para caminar, para llevar su cuerpo rápidamente por sobre la tierra. Pero las patas del gato pueden hacer más que esto: un gato puede trepar un árbol – esto es algo que los perros no pueden hacer. ¿Por qué un gato puede trepar un árbol? Porque tiene garras filudas, garras tan filudas que se incrustan en la corteza del árbol y de esta forma le dan soporte. Si el gato caminara en todo momento con sus filudas garras hacia afuera, frotándolas contra las rocas, no se mantendrían filudas y puntiagudas por mucho tiempo, sino que perderían su filo y se harían romas. Es por esta razón que los gatos pueden retraer sus garras, pueden meterlas. Entonces, la naturaleza le ha otorgado una maravillosa herramienta al gato, un instrumento maravilloso para trepar árboles o para coger a sus presas; le ha dado al gato garras que puede enfundar cuando no las necesita. Pero estas patas, con sus filudas uñas o garras, son, otra vez, herramientas que sirven solamente para una o dos cosas, trepar y coger; no pueden ser usadas para nadar o para hacer un nido o para excavar como el topo. Las garras del gato pueden realizar ciertas tareas pero nada más.

Ahora recordemos las aletas de la foca: éstas son perfectas para nadar, para la vida en el agua, pero la foca no puede correr como un gato, trepar un árbol como un gato, o excavar como un topo. Las aletas de la foca son herramientas maravillosas para un tipo de trabajo y sólo para uno, y para este trabajo, nadar, de hecho lo hacen muy bien.

Si pensamos ahora en nuestras manos y brazos, éstos no son como las alas pues no podemos volar con ellos; nuestras manos no son lampas pues no podríamos hacer un hueco rápidamente con ellas; no podemos desgarrar la comida con nuestras uñas como lo hace un gato; no podemos posarnos sobre una rama como lo hace un pájaro. Nuestras manos no son herramientas especializadas que hacen un determinado tipo de trabajo o tarea, pero nuestras manos sí pueden construir cualquier herramienta especial que deseemos. Nuestras manos pueden construir un avión que vuela más rápido y más alto que las aves. Nuestras manos pueden hacer lampas que excavan la tierra, nuestras manos pueden hacer escaleras para trepar tan alto como deseemos. Nuestras manos no son herramientas que sirven para una sola cosa, sino que pueden construir herramientas para realizar cualquier tipo de trabajo que queramos, y entonces

nuestras manos pueden usar esas herramientas. Podemos martillar un clavo en la pared, podemos coser un botón, tejer, podemos cortar nuestra comida, escribir, dibujar y pintar, podemos construir casas y puentes. Dado que nuestra mano no está diseñada para hacer un solo tipo de cosa es que se encuentra libre para hacer todo tipo de cosas.

Nosotros trabajamos con nuestras manos y el trabajo que hacemos no es sólo para nosotros, sino que es también para otros. El hecho de que podamos usar nuestras manos para darnos un apretón de manos por la mañana es algo maravilloso, pues al darnos la mano mostramos que somos amigos, incluso usamos nuestras manos cuando hablamos con Dios. Esta es la razón por la cual la mano humana es la más perfecta de todas las extremidades, y el hombre es la única criatura cuyas extremidades son más importantes que la cabeza o el tronco. No hay ningún animal-extremidad, pero sí hay un ser humano, la criatura a la que Dios le dio manos, el miembro más poderoso de todos.

SEGUNDA PARTE

10

El Elefante

Hemos escuchado acerca de animales que viven en Escocia: focas, venados, águilas, caracoles, ratones de cosecha, erizos. Ahora quisiera contarles acerca de un animal que vive en países cálidos, en la India y en el África. Es un animal muy grande, el más grande de todos los animales de tierra: el elefante.

Esto es lo primero que nos llama la atención cuando vemos un elefante – el tamaño de la criatura. Los elefantes pueden llegar a crecer hasta 3 metros (10 pies) de altura, y llegar a pesar una barbaridad, hasta 5 toneladas; este peso es aproximadamente el peso de unas sesenta a setenta personas adultas. Esta criatura gigante es casi tan larga como alta, entonces si la vemos por un costado encajaría en un cuadrado. Pero este tamaño tan grande del elefante nos transmite algo muy interesante. Hace mucho tiempo había un gran número de animales grandes en el mundo, animales gigantes, y el elefante era un gigante más entre muchos. Pero los otros se han extinguido y sólo permanece el elefante. Durante la última Edad de Hielo la tierra tenía más variedad de animales exóticos de los que jamás tuvo antes y de los que jamás volverá a tener. Este mundo perdido de gigantes incluía al castor de Norteamérica que era casi tan grande como un oso negro, al armadillo de Sudamérica de casi 2 metros (7 pies) de largo, y al canguro de Australia de 3 metros (10 pies) de alto. Y el león que habitaba por toda Europa era mucho más grande que su pariente moderno. Y entonces, el gran tamaño del elefante nos hace recordar tiempos muy antiguos sobre la tierra, tiempos cuando las criaturas gigantes poblaban la tierra, y entre estas criaturas gigantes estaban los ancestros de los elefantes actuales.

Y estos ancestros del elefante tenían algo que el elefante actual ya no tiene. Tenían un pelaje largo y grueso, y eran aún más grandes que los elefantes de hoy en día. A este ancestro peludo del elefante se le llama mamut. ¿Cómo sabemos qué apariencia tenía el mamut? En esas épocas había personas que vivían en cuevas, y éstas pintaron al mamut, al elefante peludo, sobre las paredes de las cuevas. En nuestra época se han encontrado algunos de estos mamuts en el hielo siberiano, el que los preservó tal y como eran. Entonces, el tamaño del elefante nos remonta a tiempos muy antiguos sobre la tierra.

Como vimos, podemos delinear al elefante dentro de un cuadrado, y esto se debe a que casi no tiene cuello. La cabeza reposa directamente sobre el cuerpo, la gran cabeza es sólo una continuación del cuerpo. Y las poderosas patas son como pilares, tienen que soportar el peso de este gran cuerpo. El cuerpo es el amo y señor, mientras que la cabeza y las patas son sus sirvientas. Y de verdad que el cuerpo-tronco es el amo y señor, ya que este enorme cuerpo requiere de una enorme cantidad de comida y agua. Cada día, el elefante come cerca de 150 Kg (300 libras) de hojas, ramas y pasto. Y el elefante tiene que buscar comida y comer durante casi todo el día para poder obtener esta enorme cantidad de comida. Estas son algunas de las desventajas de tener un tamaño tan grande. Uno necesita mucha comida y entonces uno tiene que pasarse gran parte del tiempo alimentando ese gran cuerpo. Los elefantes en el zoológico no comen tanto, pero de todas maneras comen bastante. Sin embargo, este gran tamaño también tiene sus ventajas pues ningún animal se atreve a atacar al elefante. En África hay leones y leopardos, en India hay tigres, y no obstante un león, leopardo o tigre rara vez atacan a un elefante; cuando ven acercarse a un elefante generalmente se retiran de su camino. Entonces, debido a su gran tamaño y fortaleza el elefante no le tiene miedo a casi ningún otro animal.

Más bien otros animales de la selva tienen razón para sentirse agradecidos a los elefantes. En estas densas selvas en donde viven los elefantes, los árboles se encuentran muy cerca unos de otros, y el bambú y los pastos llegan a grandes alturas, de forma que casi no se puede avanzar por allí. Pero una manada de elefantes rompe y destruye cualquier cosa que se le interponga en el camino, aplastándolo con sus poderosas patas, creando así un sendero en la selva. Cada día los elefantes usan el mismo sendero para ir al río a beber agua, y este sendero se vuelve tan duro como piedra. Entonces, los elefantes son los constructores de caminos de la jungla, hacen caminos que otros animales y hasta los seres humanos pueden usar.

Ahora, uno podría pensar que un animal tan grande y pesado como el elefante no es un animal veloz. El elefante no puede galopar como un caballo, pero un elefante que arremete puede moverse más rápidamente que un velocista olímpico (40 Km/h, 25 mph), y puede sostener esta velocidad por largo tiempo. Otra cosa sorprendente acerca del caminar o correr del elefante es su sonido. Uno podría esperar que una criatura tan pesada hiciese un ruido estrepitoso al caminar, pero su pata tiene una almohadilla suave, y por esta razón su andar es casi silencioso. Por supuesto que cuando el elefante pisotea algo uno escucha el quebrarse de un árbol o de un arbusto, pero, de lo contrario, el elefante hace menos ruido al caminar que el que hacemos nosotros.

*

Después de su gran tamaño, la siguiente cosa que nos impresiona más es la larga trompa del elefante. La trompa es realmente la nariz del elefante, pero esto no es del todo cierto. La nariz y el labio superior han crecido juntos, así es que la trompa es también la parte superior de la boca. Por supuesto que la trompa es mucho más que una nariz para el elefante. Si observáramos una manada de elefantes alimentándose en la selva, veríamos que enrollan la punta de sus redondeadas trompas alrededor de una rama llena de hojas y la rompen. Entonces la trompa, que

todavía está sujetando la rama, gira hacia adentro y hacia abajo y pone la rama dentro de la boca. Ellos usan la trompa como nosotros usamos nuestras manos. El elefante sólo tiene este único brazo y mano, la trompa, pero lo usa de una forma maravillosa. Es un tipo de brazo muy fuerte que puede romper ramas que nosotros ni siquiera podríamos doblar; es tan fuerte que puede arrancar árboles jóvenes de raíz. A veces, cuando dos elefantes se enfrentan se golpean con sus trompas. Esto no le duele mucho al otro elefante, pero si un ser humano fuese golpeado por la trompa de un elefante, éste sería derribado.

Todavía estamos observando la manada de elefantes, y vemos cómo dos elefantes que se gustan avanzan juntos, uno al lado del otro, ¿qué es lo que hacen? Juntan sus trompas, las entrelazan – para ellos, esto es como darse la mano o darse un beso. Entonces, ellos no sólo usan sus trompas para romper o para recoger cosas o para pelear, sino también para demostrar la simpatía que sienten uno por el otro. Y más allá en la manada de elefantes podemos ver a una madre con su pequeño, y el elefantito se sostiene de la cola de su madre con su pequeña trompa. Una madre humana coge a su niño pequeño de la mano, pero un elefantito se coge de la cola de su madre con su trompa. Mientras la trompa es una especie de brazo y mano muy fuerte, la punta de la trompa es tan delicada que el elefante en el zoológico puede coger un dulce de nuestras manos, o recoger un lapicero del piso. Entonces, esta poderosa y fuerte trompa puede realizar trabajos bastante delicados.

Pero esta manada de elefantes que estamos observando no se queda entre los árboles, se mueve por un sendero muy transitado hacia el río. Pues los elefantes no van al río sólo a beber, sino también a bañarse. Los elefantes toman más baños que nosotros los seres humanos. Si pueden, van dos veces al día a bañarse, y si no pueden sumergirse en el agua dos veces al día, sufren, son infelices y se enferman. Y tan pronto como la manada baja al río uno observa otro uso de la trompa: puede succionar agua y con ella pueden darse un baño, además de echarse agua unos a otros como diversión. Y por supuesto que las madres bañan a sus pequeñuelos con sus trompas. Eso es algo que nosotros no podemos hacer con nuestras manos.

Sin embargo, la trompa es además una nariz con la que pueden oler cosas, y es de lejos una mejor nariz que la que tenemos nosotros. Mientras que esta manada de elefantes se tira agua en el río, se revuelca en el agua, se ducha, nada – todos pueden nadar – hay siempre un elefante que se mantiene aparte y que sostiene su trompa en el aire. Su fino sentido del olfato le avisará de cualquier peligro, como por ejemplo cazadores humanos. Algunas veces se seca un río durante la época de sequía y de calor, y los elefantes tienen que ir a buscar agua a otro lugar; es gracias a que huelen el agua a una distancia de hasta siete u ocho kilómetros (4-5 millas) que pronto se encaminan en línea recta hacia el nuevo lago o río. A veces durante la estación seca y cálida empieza un fuego en el pasto, y el pasto seco se quema muy rápidamente, pero los elefantes pueden oler el fuego cuando todavía se encuentra muy lejos, mucho antes de que nadie pueda verlo, y entonces se ponen a resguardo. Entonces, la trompa no es sólo un brazo o mano, sino también una verdadera nariz con un sentido de olfato mucho más fino que el nuestro.

Pero la trompa es todavía otra cosa más. Puede ocurrir que un elefante se moleste, y, entonces, ¿qué es lo que hace? Levanta su trompa y emite a través de ella un ruido terrible como el de una trompeta. O si un pequeñuelo ha perdido a su madre, éste también trompetea a través de su trompa; es un sonido de queja o gimoteo, y la madre responde, “Ya voy, ya voy,” también usando su trompa como una trompeta. Todos podemos escuchar en la voz humana – incluso en un idioma extranjero que no comprendemos – cuando una persona está molesta o triste o alegre o excitada. El trompeteo que hacen los elefantes con sus trompas es similar a la voz humana, muestra cómo es que se sienten. ¡No es maravilloso todo lo que los elefantes pueden hacer con sus trompas!

*

Dos cosas nos sorprenden cuando vemos un elefante, en primer lugar su inmenso tamaño, y en segundo lugar su trompa, la que es al mismo tiempo una nariz y un brazo y, podríamos decir, el instrumento de su voz. Ahora llegamos a una tercera cosa: los colmillos. Entre los elefantes africanos, tanto machos como hembras tienen colmillos, pero entre los elefantes de la India sólo los machos tienen colmillos. Los colmillos no se ven como nuestros dientes, pero son dientes al fin y al cabo. Los seres humanos tienen un total de 32 dientes, 16 arriba y 16 abajo. Los elefantes tienen muchos menos; además de los dos colmillos, tiene dos dientes arriba y dos dientes abajo, eso es todo. Y sólo usan estos cuatro dientes interiores para masticar, los colmillos no sirven para masticar.

Los elefantes usan sus colmillos para otra cosa. Además de hojas también comen raíces, y éstas son desenterradas gracias a los colmillos. Los colmillos son también un arma. Los elefantes machos a veces se pelean entre sí; esto ocurre cuando a dos elefantes machos les gusta la misma hembra. Y en estas peleas los dos machos no sólo se golpean con sus trompas, sino que se embisten con sus colmillos, causando a veces heridas profundas de donde brota sangre. Pero nunca se matan entre ellos. El más débil se rinde y se marcha trotando.

Las hembras del África también tienen colmillos y pueden ser bastante peligrosas. Si una madre huele el mínimo peligro para su cría atacará lo que sea, ser humano o león. Pueda ser que el hombre o el león no tengan intención alguna de hacerle daño al pequeño, pero la madre elefante no hace preguntas, ella sólo huele que hay alguien allí que no debería de estar allí, y ataca, acometiendo contra al intruso con sus colmillos y aplastándolo con sus patas. Por tanto, no es muy seguro acercarse a una manada de elefantes cuando hay pequeños con sus madres.

Además de los grandes colmillos, el elefante sólo tiene cuatro dientes – dos arriba y dos abajo – para masticar cosas. De esta forma, el elefante no se encuentra tan bien equipado como nosotros que tenemos 32 dientes. Pero visto desde otro ángulo, los elefantes se encuentran mejor equipados que nosotros, pues ellos no cambian de dientes sólo una vez en su vida sino cada seis años. Esto es realmente necesario porque sus dientes se desgastan cuando mastican ramas y raíces, y se ven obligados a masticar mucho debido a que tienen que comer tanto. Así, los dientes se van desgastando lentamente, pero la sabiduría de Dios ha hecho que la naturaleza se preocupe por el elefante, y, conforme el grupo de dientes viejos se va desgastando, un nuevo grupo va creciendo lentamente. Un elefante puede llegar a la edad de ochenta años, y durante este lapso de tiempo habrá cambiado unas doce veces sus cuatro dientes, mientras que nosotros sólo cambiamos de dientes una sola vez.

Pero sólo aquellos dientes que muelen la comida dentro de la boca son los que cambian. Los grandes colmillos de afuera no cambian, continúan creciendo año tras año, y el colmillo de un elefante muy viejo puede llegar a pesar hasta 180 kg (400 libras), tanto como tres personas juntas. Estos colmillos son la razón por la que se dispara y mata a miles de miles de elefantes, pues estos colmillos son marfil. El marfil era tallado en ornamentos, en piezas de ajedrez y en pequeñas figuras (especialmente en China), y alguna vez las bolas de billar se hicieron también de marfil. La gente pagaba mucho por cosas de marfil, y entonces cazadores iban a las selvas de África y de India para matar elefantes tan sólo por sus colmillos, por el marfil. De esta forma, miles de miles de elefantes a lo largo de los años, especialmente en África, fueron asesinados. Hoy en día está prohibido matar elefantes, pero todavía existen cazadores furtivos que los matan sólo por ganar un poco de dinero. Sería una gran pena si esta maravillosa criatura fuese exterminada sólo por la codicia de algunas personas.

He mencionado una diferencia entre los elefantes del África y los de la India: las hembras de la India no tienen colmillos. Pero hay también otras diferencias. África es un continente

salvaje, y entonces el elefante africano es más alto, más salvaje, y sus orejas y colmillos son bastante más grandes. India es un país que ya contaba con ciudades, construcciones hermosas y hombres sabios mucho antes que los tuviésemos en Europa. Hace miles de años que India ya era un territorio civilizado. Y el elefante de la India es un poco más pequeño, tiene orejas y colmillos más pequeños y – la gran diferencia – el elefante de la India puede ser domesticado. Puede volverse muy amigable con los seres humanos y hasta trabajar para ellos. Pero el elefante africano se mantiene salvaje, rara vez se vuelve amigable con los seres humanos y no trabaja para ellos. Entonces, aquellos elefantes que pasean a los niños sobre sus lomos o que hacen cosas en un circo son todos elefantes de la India, no del África.

Los elefantes son capturados y domesticados en la India y en otros países del Lejano Oriente no por diversión, sino para que trabajen. Los hombres que montan elefantes se llaman mahouts, y entrenan a los elefantes para que lleven cargas pesadas, especialmente madera cortada en el bosque o piedras para construir; los príncipes hindúes se enorgullecían de montar elefantes. Pero, el elefante tiene que ser capturado primero antes de que se le pueda entrenar para que haga algo. No se podrían capturar elefantes salvajes sin la ayuda de elefantes que ya se han vuelto sirvientes del hombre. Esto es una cosa extraña: que los elefantes domesticados se vuelvan traidores de su propia raza, ellos ayudan a sus amos humanos y se ponen en contra de sus propios hermanos y hermanas salvajes.

Tembu, el elefante hindú

Había una vez un elefante que empezó su vida como una criatura salvaje en las selvas de la India. El nombre del elefante era Tembu y, cuando nació, difícilmente alguien hubiese podido darse cuenta de que era un elefante, pues su tronco era bastante pequeño y su trompa parecía más bien una nariz larga. Y el pequeño Tembu yacía sobre la tierra, sin saber cómo pararse sobre sus patas. Pero su madre lo ayudó con su trompa y así logró pararse, sus patas todavía un poco bamboleantes, y al poco rato de haber nacido ya podía caminar, muy diferente a los bebés humanos.

Durante su primer año de vida, Tembu se mantenía siempre cerca de su madre, y cuando la manada se movía se agarraba de la cola de su madre con su trompa. Aprendió mucho de su madre, aprendió que no tenía que tenerles miedo a los osos o a los tigres, pero que había enemigos pequeños que eran un gran fastidio, insectos que se instalaban en las muchas arrugas de la piel de un elefante y que producían mucha comezón cuando picaban. Ayudaba ir al agua, pero sólo un poquito; sin embargo, había también pequeños amigos, pájaros que se posaban sobre los elefantes y que con sus picos se comían a muchos de los insectos. Tembu tuvo entonces que aprender a ser amigable con los pájaros y a no espantarlos con su trompa. Y aprendió que cuando iba al río tenía que cuidarse de los cocodrilos, pues un cocodrilo puede darle un mordisco a un elefante joven.

Hubo muchas cosas que Tembu aprendió. Por ejemplo, su madre le advirtió que no se volviera un elefante truhán. Los elefantes son en su mayoría animales pacíficos, generalmente no se pelean entre sí, pero de vez en cuando algún elefante se vuelve muy belicoso cuando se hace mayor, y entonces empieza a pelearse con los demás sin razón aparente. Cuando esto ocurre, llega finalmente un día en el que todos los otros elefantes de la manada pierden la paciencia con el busca-pleitos y lo atacan entre todos, golpeándolo con sus trompas y embistiéndolo con sus colmillos. Lo expulsan de la manada y no se le permite regresar nunca más; y ninguna otra manada dejará tampoco que se les una. Y así, el alborotador es desterrado,

obligado a deambular sólo por el resto de su vida. A este tipo de elefante se le llama elefante truhán. Y con el tiempo un elefante truhán se vuelve cada vez peor, atacando a cualquier ser viviente que se le cruce por el camino, inclusive matando seres humanos, hasta que finalmente se le caza y se le dispara. Tembu aprendió que no era nada bueno volverse un truhán.

Tembu creció y se hizo grande, lo suficientemente fuerte como para no necesitar más de la protección de su madre, ahora ya un joven y fuerte elefante de la manada. Llegó un tiempo en que aparecieron intensas lluvias, y el río del que la manada solía beber se hizo más y más grande. Durante esta época la manada solía irse hacia tierras más elevadas en donde no había tanto barro. Pero por el camino ascendente la manada se encontró súbitamente con una fila de elefantes, elefantes domesticados con hombres sentados sobre sus lomos. La manada de elefantes salvajes no prestó mucha atención a los mahouts; dado que ellos estaban avanzando, de seguro que los otros elefantes les cederían el paso. Pero esto no ocurrió y, como no dejaban que pasaran, los elefantes salvajes trataron de empujarlos hacia un lado, pero esto no funcionó. Entonces pelearon, pero los elefantes domesticados habían sido entrenados por los mahouts y sabían exactamente dónde golpear, dónde arremeter y embestir, hasta que los elefantes salvajes, adoloridos y con moretones, se vieron obligados a retroceder. Pero justo cuando giraron para regresar al río, unos hombres avanzaban desde el río hacia donde estaban ellos, algunos con antorchas encendidas, otros golpeando tambores y sartenes y gritando, todos haciendo un escándalo terrible. Los elefantes no soportan ni el fuego ni los ruidos fuertes, así es que los elefantes salvajes trataron de dar la vuelta otra vez, pero para entonces había un círculo entero de elefantes domesticados alrededor de ellos, con cuidadores sobre sus lomos. Lentamente, los elefantes salvajes fueron conducidos hacia una empalizada, esto es, una gran cerca circular formada por una fuerte pared de troncos, tan fuerte que ningún elefante podría romperla. Sólo el portón de entrada de la empalizada estaba abierto, y los elefantes salvajes fueron empujados por los elefantes domesticados a través del portón y hacia adentro de la empalizada. Los elefantes salvajes pelearon con todas sus fuerzas, pero cada elefante salvaje tenía a dos elefantes domesticados en contra suya; al final, cuando los elefantes salvajes, entre ellos Tembu, se encontraron cansados y llenos de moretones dentro del fuerte cerco, el portón fue cerrado. Así, Tembu perdió su libertad debido a otros elefantes que ayudaron a sus amos humanos a capturar a los salvajes.

Tembu peleó con todas sus fuerzas, pero los elefantes domesticados lograron dominarlo pegándole con sus trompas, embistiéndolo con sus cabezas, hasta que al final Tembu, muy adolorido y exhausto, dejó que lo empujaran hacia la empalizada. Estaba tan cansado que casi no se dio cuenta de que una de sus patas fue encadenada a un gran árbol dentro de la empalizada.

Al día siguiente, Tembu se recuperó un poco y tuvo un ataque de cólera. Trompeteó salvajemente, batió sus orejas, jaló las cadenas, se tiró contra el árbol – pero todo esto no le sirvió de nada. Lo que logró fue que el elefante domesticado se le acercara y le pegara con la trompa hasta que Tembu finalmente se calmó y empezó a comportarse. Entonces, las cadenas del árbol fueron soltadas pero las cadenas alrededor de la pata de Tembu se dejaron, y dos elefantes domesticados lo condujeron al río para que bebiera y se bañara, y cuando lo trajeron de vuelta lo encadenaron otra vez al árbol. Tembu tenía hambre, pero el primer día estaba todavía tan molesto que pisoteó la comida que se le ofreció. Pero al día siguiente su hambre era mayor que su cólera, y empezó a comer.

Unos días más tarde, Tembu se dio cuenta de que siempre venía el mismo elefante domesticado. Y este elefante domesticado era una hembra que no lo golpeaba, simplemente eludía su trompa cada vez que él trataba de golpearla, y cuando se calmaba ella le gruñía de forma amigable; y de esta forma Tembu empezó a volverse un poco más amistoso con este

elefante domesticado. Tembu se percató también de que todos los días venía siempre el mismo hombre y le daba su comida. Cuando Tembu se portaba bien, sin jalonear las cadenas o trompetear, el hombre le hablaba de forma calmada y amigable, pero cuando Tembu se portaba mal, el hombre usaba un palo de hierro con una punta filuda, el que dolía incluso a través de la gruesa piel de Tembu.

Con el tiempo, Tembu empezó a volverse más amistoso incluso con el hombre que le daba la comida, pero también aprendió a respetar el doloroso palo de hierro. Y entonces llegó el día cuando se le permitió a Tembu salir con el elefante domesticado a su lado, y el mahout montado sobre el cuello del elefante domesticado. Cada vez que Tembu quería trotar por su cuenta, el elefante lo agarraba de la trompa con su propia trompa, y entonces Tembu obedecía y se quedaba junto a ella. Y el mahout se inclinaba hacia Tembu y le acariciaba la cabeza, lo que le gustaba mucho a Tembu. Así, esta primera salida salió muy bien. Y después de algunas salidas de este tipo, el hombre se pasó del cuello del elefante al cuello de Tembu, y a Tembu no pareció importarle. Poco tiempo después, Tembu aprendió a arrodillarse para que el mahout pudiera trepar por su cabeza. Y de esta forma, la amistad entre Tembu y el mahout creció muy lentamente, pero creció.

Después de un año, Tembu había aprendido a jalar troncos del bosque hacia el río. Los troncos estaban atados, una buena cantidad de ellos, y entonces el montón de troncos se ajustaba con sogas a un lado de la cabeza de Tembu y hacia una correa alrededor de la carga. Tembu jalaba y jalaba la carga hacia el río, mientras que el mahout se sentaba sobre su cuello, dirigiéndolo. Y el mahout casi ya no usaba el palo de hierro, ni tampoco había necesidad de que el otro elefante viniera con ellos. Tembu había empezado a sentir tanto cariño por su mahout que cuando lo veía acercarse por la mañana daba gritos de alegría, extendía su trompa para que se la acariciaran y casi bailaba de placer. Y en la noche, cuando había terminado el trabajo, Tembu quería ir con el mahout a la pequeña choza en donde vivía con su esposa e hijos. Tembu sabía que no podía entrar a la choza, y se quedaba parado afuera y resoplaba y gruñía toda la noche, pero esto mantenía despiertos a los niños. Así es que se le tuvo que enseñar a Tembu que tenía que descansar y dormir a una cierta distancia de la casa. Fue la esposa del mahout la que insistió en esto, quería que los niños durmieran sin ser perturbados. Tembu obedeció, pero de alguna forma parecía saber que fue la esposa del mahout la que lo mantenía lejos de la casa, y cada vez que la veía le daba la espalda, una ancha espalda. Pero él amaba a su patrón; se había vuelto un elefante domesticado.

11

El Caballo

Vimos que el elefante, a pesar de su tamaño, casi no hace ruido cuando camina debido a que la planta de su pata tiene una suave almohadilla. Ahora llegamos a un animal que no es para nada tan grande como el elefante, pero que hace bastante ruido cuando corre, porque su pata es lo opuesto de algo acolchado. Su pata es especialmente dura, es un casco. Y este animal es el caballo. El casco del caballo es muy diferente a la suave y acolchada pata del elefante, y el estrépito de los cascos del caballo puede, con seguridad, ser escuchado. Un caballo es una criatura bastante diferente al elefante. El elefante casi no tiene cuello, el caballo lleva su cabeza

sobre un hermoso y elegante cuello. El cuerpo del elefante es bajo y regordete, el cuerpo del caballo es largo. El caballo tiene una larga y frondosa cola, el elefante tiene una pequeña y graciosa cola pelada. El caballo es un animal verdaderamente hermoso en comparación con el aspecto pesado del elefante.

Los elefantes se pueden mover rápidamente, sobre todo cuando están molestos, pero normalmente no les gusta correr, prefieren moverse lentamente, mientras que los caballos disfrutan cuando trotan rápidamente o hasta cuando galopan. Y si ven a un caballo al lado de un elefante, el animal más grande parece más somnoliento, el caballo está mucho más despierto. Un caballo casi nunca se encuentra del todo quieto: está moviendo sus patas, su cabeza, su cola; siempre hay algún tipo de movimiento o estremecimiento en el caballo.

El caballo pertenece a la gran familia de los animales ungulados o animales que tienen casco. Hemos escuchado sobre el venado, pero el venado tiene dos dedos o cascos, al igual que todos los animales con cuernos como vacas, cabras, ovejas o antílopes. El caballo sólo tiene un casco, al igual que sus primos el burro, la mula y la cebra. En realidad, el caballo se para y corre solamente sobre un dedo, el dedo del medio, el que ha crecido muy grande. Los otros dedos son pequeños y están más elevados, no llevan ningún peso. La uña del dedo del medio ha crecido justo alrededor de éste, y constituye el casco.

A veces, en lugar de un portón, el granjero usa una reja-para-ganado (*cattle grid*) para mantener a los animales que tienen casco dentro del campo. Las barras de una reja-para-ganado están dispuestas sobre el suelo y se encuentran a una distancia suficiente como para dejar que pasen las patas de los animales, pero éstos no se atreven a cruzarla porque no les gusta intentar esto, sin embargo, las barras están lo suficientemente cerca como para que los vehículos de la granja puedan pasar. (¡Aunque se sabe de ovejas que ruedan y ruedan sobre su lomo hasta que llegan al otro lado de la reja-para-ganado para conseguir mejor pasto!) La reja-para-ganado no evitaría que los elefantes crucen hacia el otro lado, pues sus grandes patas acolchadas son muy diferentes a los cascos. Las patas de un caballo son bastante delgadas en comparación con las patas de los elefantes, y son bastante delgadas en proporción a su largo y pesado cuerpo, pero las patas delgadas de los caballos tienen la fuerza suficiente. Son tan fuertes que los caballos hasta pueden dormir parados sobre sus patas, entonces uno podría decir que sus patas nunca descansan.

Los elefantes sólo pueden moverse y hasta correr de una sola forma, primero las dos patas de un lado, después las dos patas del otro lado. Pero un caballo es diferente; puede moverse de tres formas diferentes. Siempre empieza con la pata trasera. Cuando un caballo camina, empieza con la pata trasera izquierda, después la pata delantera derecha, después la pata trasera derecha, después la pata delantera izquierda. Al avanzar más rápidamente, el caballo empieza a trotar. Ahora la pata trasera izquierda y la pata delantera derecha se mueven hacia adelante al mismo tiempo, después la pata trasera derecha y la pata delantera izquierda se mueven al mismo tiempo. Y el tercer movimiento de un caballo es cuando galopa, el cual es muy rápido, y entonces el caballo mueve primero la pata trasera izquierda, después – al mismo tiempo – la pata trasera derecha y la pata delantera izquierda, y entonces otra vez la pata delantera derecha.

Y entonces, ya sea que un caballo se mueva lentamente o rápidamente, el repiqueteo de sus cascos tiene un cierto ritmo, una cierta música. Primero es 1-2-3-4 (como la canción "*Twinkle, twinkle, little star*"), o es 1-2, 1-2 (como "*Bobby Shafto*") o es 1-2-3 (como "*The Skye Boat Song*" hasta "*The Ash Grove*"). En música, a esto se le llama 4/4 ó 2/4 ó 3/4, y todas las melodías bailables se encuentran básicamente en una de estas categorías. Los caballos se han movido con estos ritmos mucho antes de que las personas hicieran música. Uno sólo tiene que escuchar estos ritmos para saber si el caballo está caminando, trotando, o galopando.

Y debido a que ya hay una especie de música en el caminar o correr del caballo, éste es el único animal que puede ser entrenado para moverse al ritmo de la música, como se les puede ver en los circos, o con soldados que montan al ritmo de la banda. Y en Viena hay unos caballos muy especiales, los Lipizzaners, que han sido entrenados para ejecutar pasos de baile muy complicados al ritmo de la música. ¡Nadie podría lograr que los elefantes hagan esto!

*

Los caballos han sido ayudantes y amigos del hombre por largo tiempo, por varios miles de años, tanto tiempo que muchas personas no pueden imaginarse que hubo un tiempo en el que los caballos eran criaturas salvajes. Pero esa época existió, hace mucho, mucho tiempo, cuando en el continente de Asia había extensas llanuras cubiertas de pasto. Sólo imagínense que uno podía viajar por varios días, por cientos de millas, y no encontrar ninguna colina elevada o bosque, o casi ningún árbol, y hasta donde el ojo de uno alcanzaba a mirar sólo se veían extensiones de pasto. Y en estas llanuras de Asia cubiertas de pasto habitaban manadas de caballos salvajes. Y los primeros hombres que llegaron a estas llanuras cazaban caballos por su carne, de la misma forma como cazaban búfalos o venados. Al comienzo, estos hombres pensaban que el caballo era un animal más para matar y comer.

Entonces, algunos cazadores vieron potrillos bebiendo leche de sus madres, y como estos cazadores no tenían ganado pensaron, "*Sería bueno tener un poco de leche de yegua.*" Así es que hicieron unos lazos y atraparon algunas yeguas con sus potrillos, y los ataron a unos palos cerca de sus tiendas de campaña. (Estos cazadores vivían en tiendas de campaña ya que andaban moviéndose de un lado a otro por estas extensas llanuras). Y usaban a las yeguas como nosotros usamos a las vacas, dejando algo de leche para los potrillos, pero quedándose con el resto de la leche para que fuese usada por las personas.

Pero los potrillos crecían, y cuando estos cazadores nómadas querían moverse y desarmaban sus tiendas de campaña, empezaron a decirse unos a otros, "*Siempre hemos llevado las tiendas de campaña sobre nuestras espaldas o las hemos jalado, arrastrándolas por la tierra, cada vez que nos movíamos de un lugar a otro. ¿Por qué no intentar ponerlas sobre los lomos de los caballos?*"

A los caballos no les gustó cuando las bien-dobladas tiendas de campaña fueron puestas sobres sus lomos. Dieron de brincos y patearon. Pero los cazadores ataron las cargas firmemente a sus lomos y controlaron a los caballos poniéndoles sogas alrededor de los cuellos y, después de un tiempo, los caballos se rindieron y llevaron la carga.

De esta forma, los caballos se volvieron muy útiles, y ahora los cazadores ya no los mataban pues les era de mayor provecho atraparlos y hacerlos llevar cargas. Entonces un cazador pensó, "*¿Qué pasaría si es que me siento sobre un caballo y hago que me lleve?*"

Para ese entonces, los hombres habían aprendido que el caballo tiene una boca muy sensible, siente la presión más ligera. Así es que le pusieron un freno en la boca, una barra de hierro entre la mandíbula superior e inferior, y a cada lado del freno colocaron unas riendas. El caballo se vería obligado a ir hacia donde la persona jalara las riendas, pues le dolería mucho si trataba de ir en la dirección opuesta.

El cazador que tuvo esta brillante idea llamó a un grupo de amigos, quienes le ayudaron a poner freno y riendas a un caballo y lo mantuvieron con la cabeza gacha. Entonces, este hombre trepó sobre el lomo del caballo, sus amigos le dieron las riendas y se quedó inclinado hacia atrás. El caballo se quedó inmóvil al comienzo, sin comprender bien lo que ocurría, pero como no le gustó sentir ese peso sobre su lomo, pegó un brinco y sus cuatro patas quedaron en el aire y

cayó con un *plonk*. El hombre sobre el lomo del caballo estaba nervioso, pero igual se sujetó fuerte.

En aquel momento el caballo pateó con sus patas traseras, encorvó la espalda, y dio de brincos pasando de sus patas traseras a sus patas delanteras, patas traseras a patas delanteras, con la esperanza de tirar al hombre. Pero este era un hombre fuerte, y presionó fuertemente con sus rodillas contra el costado del caballo para sostenerse, y lo consiguió. El caballo se paró en dos patas, se quedó así sobre sus patas traseras, pero esto tampoco lo ayudó a librarse del hombre. Para entonces, el caballo echaba espuma por la boca y sudaba, pero todavía trataba de tirar al hombre. Empezó a correr, a galopar lo más rápido que podía, pero el hombre continuaba sobre su lomo, y cuando el caballo se cansó de tanto correr, el hombre jaló las riendas e hizo que el caballo volviera al campamento. El caballo estaba exhausto, estaba empapado de sudor y temblando, pero comprendió que ahora tenía un nuevo amo. El jinete lo ató a un palo, lo secó, le dio agua y comida, y lo acarició. Al día siguiente, el caballo dejó que el hombre trepara sobre su lomo sin oponer resistencia. Así fue cómo se domó al primer caballo, cómo fue que se le acostumbró a que llevara a un jinete. No es algo natural para el caballo el tener que llevar una carga o una persona sobre su lomo, más bien lo opuesto: el caballo, como cualquier otro animal, quiere deshacerse de cualquier bulto sobre su lomo. Y en días pasados, cuando hombres de mucha fuerza domaban al caballo, lo que se buscaba en realidad era quebrarle la voluntad al caballo, de forma tal que sólo obedeciera la voluntad del jinete y no la suya. Era una especie de batalla entre la voluntad del jinete y la voluntad del caballo. Sólo hombres de mucha fortaleza ganaban esta batalla que no duraba mucho, a lo más duraba un par de días. Cuando vencían, cuando lograban quebrantarle la voluntad al caballo, entonces cualquiera podía montar ese caballo. Algunos vaqueros en América todavía doman caballos de esta forma, pero hoy en día generalmente se doma caballos de forma diferente y mucho más moderada.

Actualmente toma muchos meses domar a un caballo y, después de domado, se continúa con más entrenamiento. El domarlo sólo significa llegar a una etapa en la que el caballo está dispuesto a llevar al jinete. Esto es sólo el comienzo, entonces el caballo tienen que ser entrenado para su tarea particular: correr, saltar o jalar un carruaje, todas estas muy diferentes. Pero empecemos por el primer paso, pues antes de que ninguna otra cosa pueda ser lograda hay que domarlo.

Usualmente se deja que los caballos corran libremente hasta que tienen tres años de edad. Un caballo joven, un caballo menor de tres años, no es lo suficientemente fuerte como para llevar a un jinete. Así, durante los tres primeros años de vida el caballo vive como sus antepasados salvajes. Pero simultáneamente se le va acostumbrando a entrar al establo, a ser alimentado allí y a ser cepillado.

Blackie, el caballo

Ahora llegamos a la historia de un caballo de tres años llamado Blackie. Un día, cuando Blackie entró como siempre al establo, esperando encontrar un poco de deliciosa avena en el comedero, el mozo de la cuadra no había puesto la avena allí sino que la había puesto sobre una manta que acercó a la boca de Blackie. A Blackie no le molestó comer su avena de esta manta y, después de repetir esto por varios días, se acostumbró a la manta. La manta sólo significaba comida para Blackie. Y entonces a Blackie no le fastidió que, una vez mientras lo alimentaban, le pusieran una manta sobre el lomo.

Así llegó el día en que se le puso el freno en la boca, las riendas alrededor del cuello, y el mozo lo sacó con mucho cuidado del establo, sólo caminando al lado de la cabeza de Blackie y jalando muy suavemente las riendas, y sólo por un período muy breve de tiempo. Al día siguiente, la corta caminata con riendas y freno se hizo un poco más larga, y Blackie se dio cuenta de que el freno en la boca podía causarle dolor si trataba de alejar su cabeza del mozo, o si el mozo jalaba y Blackie no quería avanzar. Y, con el tiempo, Blackie se acostumbró al freno en la boca.

La siguiente cosa fue conducir a Blackie hacia el campo, con freno y riendas, y entonces se le ató una sogá larga al freno, y esta vez fue el entrenador y no el mozo quien sujetó el extremo de la rienda. Y Blackie podía correr o trotar o caminar, pero sólo en un círculo, pues el entrenador sostenía el extremo de la larga sogá y no lo dejaba irse. Por muchas semanas Blackie estuvo aprendiendo a trotar, a avanzar a medio galope, y a galopar con esta sogá larga, según lo que el entrenador quisiera. Y después realizó todas estas cosas con una manta sobre su lomo. Todavía nadie lo montaba. Sólo después de tres semanas con la sogá larga es que ocurrió algo nuevo, se le puso una montura sobre el lomo y esta fue amarrada con correas a su cuerpo. El acostumbrar a Blackie a que tuviese una montura sobre el lomo volvió a tomar varias semanas. Un día, el mozo estaba afuera en el campo y le llevó un poco de avena a Blackie. Entonces, mientras Blackie disfrutaba de este aperitivo, el entrenador se subió a la montura. Sólo se quedó poco tiempo, Blackie estaba parado y el mozo le sostenía la cabeza con las riendas. A Blackie no le agradó esto mucho, pero el primer día el hombre se bajó al poco rato. Al día siguiente se quedó un rato más, y después de varias semanas, el jinete cogió las riendas y Blackie caminó con él sobre su lomo. Como pueden ver, todo esto ocurrió lenta y gradualmente, de forma que Blackie ni se enteró de que había sido amansado, que poco a poco había aprendido a llevar a un hombre y a obedecer cada tirón de las riendas.

Ann en la pradera

Escuchamos que hace muchos miles de años los caballos eran animales salvajes que vivían en manadas, pastando y corriendo por pastizales que se extendían indefinidamente. Si dejáramos que algunos caballos corrieran salvajemente por pastizales, por estepas, muy pronto vivirían como lo hacían sus ancestros, en muy poco tiempo se volverían una manada de animales salvajes. En una gran manada habría un macho o padrillo que se convertiría en su líder, usualmente el más fuerte y rápido de los machos. Así es como las manadas salvajes han vivido siempre, guiadas por el más fuerte y el más rápido.

Hace unos cientos de años en América, algunos caballos domesticados se soltaron y se volvieron manadas de caballos salvajes. De alguna manera, nadie sabe bien cómo, un grupo de caballos se escapó de los hombres que los poseían; quizás pertenecían a soldados españoles muertos en batalla. Estos caballos encontraron pastizales que se extendían por cientos de cientos de millas. Tuvieron potrillos, y estos potrillos crecieron y a su vez tuvieron más potrillos, y después de un tiempo había en los pastizales o praderas de América grandes manadas de caballos conocidos como *mustangs*. Por mucho tiempo estos caballos de la pradera no fueron perturbados, pues a la gente no le interesaba vivir cerca a estas interminables y ondulantes llanuras llenas de pasto. Pero había ocasiones en que las personas viajaban por la pradera. En aquellos tiempos no existían trenes o carros, y si una familia tenía que viajar por la pradera lo hacía en una carreta grande cubierta con lona, jalada por un par de fuertes caballos de tiro. Estas personas llevaban todas sus posesiones consigo, y usualmente tenían un caballo extra, un caballo de carga que llevaba sacos de harina y otras cosas que pudiesen necesitar.

Hubo una vez una familia – padre, madre, dos hijos mayores y una niña pequeña de cinco años – que se encontraba viajando de esta manera por la pradera. Su caballo de carga era una vieja yegua gris llamada Susie, y la niña, Ann, sentía mucho cariño por Susie. Cuando la familia avanzaba, Susie trotaba por detrás de la carreta con las bolsas sobre su lomo, y Ann, sentada en la parte trasera de la carreta, solía darle azúcar y acariciarle la cabeza al animal.

La pequeña Ann deseaba mucho que se le permitiera montar a Susie, pero su padre pensaba que era demasiado joven y que podría caerse y lastimarse si es que el caballo saltaba súbitamente. Pero la pequeña Ann le suplicó a su padre diciéndole, “Mira, Susie lleva dos bolsas de harina, una a cada lado, y simplemente no podrá saltar con ellas encima pues son muy pesadas. Pero yo podría sentarme cómodamente entre las dos bolsas.”

Y finalmente el padre aceptó. Colocaron a Ann sobre la yegua gris, entre los sacos de harina, y así continuaron; la carreta jalada por los caballos, después el padre manejando, la madre y los dos hijos dentro de la carreta, y finalmente Susie llevando a Ann.

En este tipo de viajes se avanzaba cada día, desde la mañana hasta el atardecer, y sólo se paraba en la noche. Al comienzo, la madre y los niños miraban frecuentemente hacia atrás para ver si la pequeña Ann estaba segura sobre el lomo de la yegua, pero pronto se dieron cuenta de que no había de qué preocuparse. La vieja yegua paraba de vez en cuando para mordisquear un poco de pasto y entonces se quedaba bastante rezagada, pero pronto trotaba ligeramente y alcanzaba la carreta otra vez. Y la pequeña Ann gritaba de alegría cuando Susie se movía un poco más rápido, y de esta forma todo andaba bien.

Fue unas cuatro horas más tarde, cuando el padre paró la carreta para descansar un poco y estirar las piernas – que descubrió que la vieja yegua gris con Ann sobre su lomo había desaparecido, simplemente no estaba allí. El padre y el hijo mayor desataron inmediatamente a los caballos de tiro, se montaron sobre ellos, y cabalgaron de vuelta por el camino por el que habían venido, esperando encontrar al caballo y a la pequeña niña. Cabalgaron una gran distancia, pero no vieron ni a la yegua gris ni a la niña, todo lo que lograban ver era el interminable mar de pasto que se extendía frente a ellos, y no podían adivinar en qué dirección se había ido el viejo caballo.

¿Qué le había ocurrido a Ann, montada sobre Susie, la yegua gris? Como era su costumbre, Susie se había detenido a mordisquear un poco de pasto particularmente jugoso y la carreta se había alejado bastante. Pero, en lugar de trotar para alcanzar la carreta, la yegua gris había levantado el hocico al aire y había olfateado algo. Entonces, relinchando fuertemente había empezado a trotar, alejándose de las huellas de la carreta y avanzando por entre los agrestes pastizales.

La pequeña niña no podía imaginarse hacia dónde se dirigía el caballo, pero Susie parecía saber muy bien hacia donde ir, y de vez en cuando olfateaba el aire para asegurarse de estar en la dirección correcta. Por dos o tres horas continuaron así, el caballo con los sacos de harina y la pequeña niña sobre su lomo, hasta que la pequeña Ann pudo darse cuenta hacia dónde era que se dirigían. Al comienzo sólo vio muchos puntos a la distancia, pero conforme se fueron acercando vio que se trataba de una manada de caballos salvajes, cientos de ellos. No sólo podía verlos sino que además podía escucharlos, pues el golpeteo de sus cascos era como truenos. Y pronto se encontraron en medio de ellos, y Ann nunca había estado tan asustada en toda su vida como cuando se vio en medio de estas criaturas salvajes, cientos de caballos salvajes, saltando, brincando, retozando, haciendo piruetas. Susie, la yegua, parecía muy contenta de encontrarse en medio de este grupo, los olfateaba, y ellos la olfateaban a ella, y este parecía ser su saludo.

La pequeña Ann no podía hacer nada más que quedarse allí sentada, ya había parado de llorar pues se había dado cuenta de que esto no la ayudaba en lo absoluto, no había nadie que pudiera ayudarla. Sin embargo, de forma extraordinaria, una criatura se le acercó, un padrillo

blanco, el caballo más hermoso que Ann jamás hubiese visto, con un cuello fuerte e imponente, patas que exhibían una enorme fuerza y velocidad, una crin y cola blanca que se movían con el viento. Y conforme el padrillo blanco se acercaba, los otros caballos se apartaban de su camino, de la misma forma como las personas se apartarían para dar paso a un rey. El padrillo blanco era un caballo grande, tan grande que su cabeza se encontraba por encima de Ann, a pesar de que ella estaba sentada sobre el lomo de Susie.

Ann se quedó tiesa del miedo cuando el padrillo acercó su hocico, pero sólo la olió, y entonces cogió el cuello de su vestido entre sus dientes. La levantó del lomo de Susie y trotó hacia un riachuelo, en donde la depositó suavemente. Ann tomó un poco de agua, y, como se encontraba exhausta después de tanta excitación, se echó allí y se quedó dormida.

Cuando despertó ya era la mañana del día siguiente. Miró a su alrededor con desesperación, ¿qué podía hacer? ¿Cómo podría encontrar a su familia? Miró alrededor y vio a Susie entre los otros caballos. Y ocurrió que Susie se le acercó y la miró como queriendo decirle, “Vamos, es hora de regresar.”

Pero Ann no podía treparse al lomo del caballo, era demasiado pequeña, y tampoco había estribos. Pero otra vez vino el padrillo blanco y cogió el cuello de su vestido entre sus dientes y la levantó. Y entonces Susie relinchó larga y fuertemente como diciendo hasta luego, y se marchó a buen trote.

A todo esto, la familia de Ann la había estado buscando durante todo el día y buena parte de la noche, y ya la habían dado por perdida. Imagínense su alegría cuando escucharon – clop, clop, clop – el golpeteo de los cascos de un caballo y vieron llegar a Susie con Ann sobre su lomo. No castigaron al caballo; se encontraban demasiado contentos de que hubiese vuelto con Ann. Pero, como podrán imaginarse, Ann ya no pudo cabalgar más durante este viaje. Ann sólo tenía cinco años de edad cuando esto ocurrió, pero lo recordó para el resto de su vida, en especial al hermoso padrillo blanco que la ayudó.

12

El Oso

El elefante y el caballo, aunque son tan diferentes, tienen una cosa en común: comen plantas – pasto y hojas. Así también ocurre con vacas, cabras, ovejas, antílopes y jirafas. Ellos son herbívoros, lo cual significa que se alimentan de plantas. No matan a otros animales para alimentarse; se alimentan exclusivamente de plantas. De otro lado están los carnívoros, lo cual significa que comen carne – animales como los leones, tigres, lobos, zorros, nutrias, que no pueden sobrevivir con plantas y tienen que matar otros animales para conseguir su comida. Los dientes de los animales que comen plantas son bastante diferentes a los dientes de los animales que comen carne. Los herbívoros tienen dientes que muelen hojas y pasto principalmente, dientes como nuestras muelas traseras, las que son anchas y romas. Pero los carnívoros tienen dientes afilados y puntiagudos, pues con estos dientes tienen que morder, matar, desmenuzar la carne en trozos más pequeños. Los herbívoros, los que comen plantas, tienen cascos, o, como el elefante, unas plantas acolchadas, pero no tienen garras. Sin embargo, los leones, tigres, lobos, necesitan de garras para así poder cazar y matar a sus presas, y para desgarrarlas.

Nosotros los seres humanos tenemos dientes para ambos tipos de comida, podemos masticar y moler vegetales, y también tenemos dientes afilados para carne. Somos omnívoros, podemos comer todo tipo de cosas, plantas y animales. Ahora, existe otro ser en el mundo que puede comer plantas y animales, un ser que puede comer fruta y carne, y este es el oso. Los osos disfrutan comiendo bayas, les gusta la miel, pero también pueden comer ardillas, conejos o peces.

Hay todavía otra similitud más entre osos y seres humanos. Los osos pueden pararse sobre sus patas traseras de forma bastante natural, pueden caminar erectos, y usar sus patas delanteras para pelear, golpear, atacar, como nosotros usaríamos nuestros brazos. Las extremidades delanteras son en realidad mucho más cortas que las extremidades traseras y, entonces, cuando el oso trota sobre sus cuatro patas, las patas traseras se encuentran por encima de su cabeza, de la misma forma como nos ocurre a nosotros cuando tratamos de avanzar sobre las cuatro extremidades. Pero cuando el oso quiere correr, cuando quiere moverse rápidamente, lo hace sobre sus cuatro patas. Puede pararse sobre sus patas traseras o caminar lentamente sobre ellas, pero no puede correr sobre dos patas, para eso tiene que inclinarse sobre sus cuatro patas.

Entonces, como pueden ver, incluso el oso – el que de forma bastante natural puede pararse y caminar erguido – tiene que estar sobre sus cuatro patas cuando quiere correr. Ahora, cuando un oso está erguido puede usar sus patas delanteras como un arma de forma muy ingeniosa, las garras son filudas y el oso tiene una fuerza increíble cuando golpea. Puede usar sus extremidades delanteras para sacar peces del agua; golpea al pez y lo hace volar fuera del agua hacia la tierra. O a veces uno puede ver oseznos en un juego de lucha libre, peleándose de la misma forma como lo harían dos niños. Pero el oso no puede usar sus extremidades delanteras para hacer algo; éstas no son como nuestras manos. Las extremidades delanteras del oso, cuando está erguido, son un arma para pelear, golpear, luchar. Y cuando está sobre sus cuatro patas, las extremidades delanteras son sólo patas para avanzar rápido. Entonces, incluso en el caso del oso las extremidades delanteras son sólo sirvientas del tronco, ayudan al tronco a conseguir comida, a escaparse de cualquier peligro, pero no pueden hacer cosas. El oso es también un animal-tronco.

El oso es el más fuerte y grande de todos los carnívoros terrestres, un oso pardo grande puede pesar más de una tonelada, pero esta criatura grande y fuerte tiene algo en común con otro animal pequeño del que ya hemos escuchado, el erizo. El oso hiberna como el erizo, es decir, duerme durante el invierno. Y esta es una de esas cosas muy misteriosas. Un ser humano no podría pasarse más de un par de días sin comida o agua, aun si estuviese descansando y durmiendo. Pero el sueño invernal del oso dura varios meses, y durante los meses que duerme no come ni bebe nada, es algo muy extraño. De cualquier forma, cuando llega el invierno, el oso actúa de forma muy similar a un erizo, busca un lugar donde esconderse, como una cueva o el tronco hueco de un viejo árbol muerto, y allí se hace un suave colchón de musgo, hojas y pasto, se echa y se queda dormido por varios meses.

Como pueden ver, los osos son criaturas extrañas, comen plantas y animales como las personas, pueden pararse y caminar erguidos como los hombres, trepan árboles como los gatos, nadan en el agua como los perros, hibernan como los erizos. Los osos pueden ser bondadosos y plácidos como las vacas, pero también pueden ponerse furiosos, y son unos asesinos terribles como los leones o tigres. El oso es como una mezcla de muchos animales.

*

En Gran Bretaña podemos ver osos sólo en los zoológicos. Para verlos en estado salvaje tendríamos que viajar bastante lejos. Hace como novecientos años todavía había osos pardos en Escocia, pero, conforme se fueron cortando los bosques para dar lugar a los campos de cultivo, se mataron a los osos y de esta forma desaparecieron. En Europa todavía se encuentran algunos osos pardos salvajes en Rusia, y hay más en Siberia y en Norte América. Estos países todavía tienen grandes bosques.

El oso pardo es un animal de bosque y sólo puede sobrevivir en donde hay bosques, pero pueden volverse bastante peligrosos para los granjeros que viven cerca del bosque.

En Rusia había una vez un granjero que se encontró con un oso. El granjero era un anciano, y un día de otoño se encontraba solo en casa pues su familia se había ido con un rebaño de vacas, llevando el rebaño a una colina distante en donde todavía había buenos pastos. Entonces, todos se habían ido y el anciano se encontraba solo. Estaba sentado en la casa cuando escuchó que las gallinas chillaban y correteaban, así es que salió para averiguar qué era lo que estaba ocurriendo. No pudo ver nada en el patio, pero un poco más allá estaba el huerto de la granja.

Cuando el granjero llegó al huerto vio a un oseño tratando de trepar por un árbol de ciruelas. Las ciruelas ya estaban casi dulces y maduras, y el granjero había estado contando los días que faltaban para comer la mermelada que se prepararía con las ciruelas, así es que se molestó mucho al ver al oseño tratando de trepar por el árbol para comerse algunas ciruelas. El granjero cogió un palo que encontró sobre el pasto y empezó a pegarle al oseño que ya había trepado hasta la mitad del árbol. El pequeño oso chilló y trató de bajar del árbol.

Justo en ese momento el granjero escuchó un gruñido detrás de él; volteó y vio a una osa que venía corriendo hacia él desde el bosque. No cabía duda que había escuchado chillar al cachorro y venía a protegerlo. El granjero estaba aterrado, sabía que la osa llegaría hasta donde estaba antes de que él pudiese llegar a la casa, así es que trepó el árbol más cercano que parecía fuerte – por supuesto que no trepó el ciruelo donde se encontraba el cachorro. Ni bien llegó el granjero a la parte superior del árbol que la osa ya se encontraba justo debajo de éste. ¡Y ya lo creo que se encontraba de muy mal humor! Mordió el tronco y arrancó furiosamente la corteza del árbol con sus garras. Entonces se paró sobre sus patas traseras y empezó a jalar y a romper todas las ramas que pudo alcanzar con sus patas delanteras. El hombre continuaba en lo alto de la copa del árbol, pidiendo ayuda a gritos, pero no había nadie que lo pudiese escuchar. Esperaba que la gran bestia empezara a trepar tras él en cualquier instante.

Afortunadamente para el hombre, la osa súbitamente cambió de opinión y se dio la vuelta para buscar a su cachorro, el que en el entretanto había trepado al ciruelo y empezado a comer ciruelas. Parece que decidió que el pequeño necesitaba una lección. Fue hacia el árbol de ciruelas, dio un gruñido, y su cachorro bajó rápidamente. Entonces la osa le golpeó las orejas y el oseño salió chillando de regreso al bosque, seguido por su madre.

El granjero se quedó un largo rato en el árbol, pues temía que la osa regresara y lo atacara. Sin embargo, la osa no volvió, y el granjero finalmente bajó y se apresuró hacia la casa. Podrán imaginarse lo perturbados que quedaron sus parientes cuando regresaron por la noche y escucharon lo que había ocurrido.

Gerard y Denys en el Bosque

El encuentro del granjero con el oso pardo tuvo un final feliz, tanto para la osa como para el hombre. Pero no siempre ocurre así. Hace sólo unos cuantos cientos de años que todavía se

encontraban osos pardos salvajes en muchas partes de Europa, como por ejemplo en Alemania, a sólo unas cuantas millas del pueblo. Hace unos trecientos años, dos jóvenes viajaban a pie de un pueblo de Alemania a otro. Viajar por el camino no era muy seguro en aquellos días. No había muchos viajeros, y uno podía caminar o cabalgar por horas sin ver un alma. Y, si se veían personas, quizás uno hubiese deseado jamás haberlas visto, pues podía tratarse de una banda de ladrones que le robaban a uno todas sus posesiones. Y, dado que parte del camino atravesaba por bosques densos, siempre existía la posibilidad de encontrarse con un lobo o un oso. Así es que no ha de sorprender que uno de los dos jóvenes, cuyo nombre era Gerard, llevara con él una ballesta. Una ballesta dispara varas o barras de acero en lugar de flechas, y era un arma útil en aquellos días.

Entonces, estos dos jóvenes, Gerard con su ballesta y su amigo Denys, andaban por el camino. Entraban ahora a una parte del camino que atravesaba por el bosque. A cada lado del camino crecían árboles y arbustos, tan cerca unos de otros que casi no se podía ver nada del bosque que se extendía detrás. Y Gerard le dijo a su amigo, *"Ahora mantén tus ojos y oídos bien abiertos. La gente dice que hay un ladrón escondido en el bosque y no queremos que nos coja de sorpresa."*

Así es que los dos amigos continuaron caminando, mirando a izquierda y derecha, muy alertas a cualquier movimiento o ruido que pudiese sugerir un ataque. Por un tiempo sólo escucharon el susurro de las hojas con el viento, pero de repente algo se movió entre los arbustos, un poco más adelante de donde estaban ellos. Gerard, con su ballesta lista, gritó, *"Quien sea que esté allí, ¡o se muestra o disparo!"*

Algo se movió en un arbusto pero no salió, así es que Gerard apuntó y disparó su vara al arbusto. Y al siguiente instante un oseño, un cachorro, saltó y cayó sobre el camino, la vara sobresaliendo de su costado. Cuando los jóvenes se acercaron al animal, éste ya estaba muerto.

"Qué pena," dijo Gerard, *"pero sabes, Denys, la piel nos será útil para algo, me pregunto si tienes un cuchillo para cortar a la criatura."*

No había terminado de hablar cuando ambos escucharon un sonido que se acercaba rápidamente por sobre las hojas secas del camino, se dieron la vuelta y vieron como a unas sesenta pasos a una enorme osa parda que se dirigía hacia ellos. Los dos jóvenes perdieron el control cuando vieron a la gran bestia, Gerard soltó su ballesta y corrió hacia el árbol más cercano, mientras que Denys se dirigió hacia el otro lado del camino. La osa olfateó primero al cachorro que yacía sobre el camino. Cuando se dio cuenta de que estaba muerto, lanzó un aullido terrible. Entonces se lanzó al árbol por el que Denys todavía estaba trepando. Trató de alcanzarlo con sus garras pero ya estaba fuera de su alcance. Furiosa, la osa arrancó unos trozos del árbol, y en seguida se puso a trepar tras él. Denys tenía una pequeña daga, pero sabía que no le serviría de nada frente a una criatura tan poderosa como esta osa, y pensó que le había llegado la hora de morir.

Cuando Gerard vio el peligro mortal en el que se encontraba su amigo, bajó de su árbol lo más rápidamente que pudo, recogió su ballesta, la cargó con una vara, corrió hacia el árbol y le disparó a la ancha espalda de la osa. La bestia no se dio por aludida, pero cuando una segunda y una tercera vara la golpearon, aulló furiosamente y, en lugar de continuar trepando hacia donde se encontraba Denys, empezó a bajar para lidiar con su atacante. Gerard la vio bajar, no podía pelear contra ella con una ballesta, así es que soltó el arma y la bolsa de varas, corrió hacia su árbol y trepó otra vez. Y ahí estaba la osa, loca de furia y trepando tras él. Gerard llegó a una gran rama que se bifurcaba y trepó por ella hasta el lugar más alejado que pudo. Tenía la esperanza de que la pesada bestia no lo siguiera, pero la osa parecía trepar con la seguridad de un gato y llegó hasta esa rama.

A todo esto, Denys, viendo a su amigo en peligro, había bajado del árbol. Cogió la ballesta y apuntó hacia la osa. Dos varas más hirieron al animal, esta vez por delante. Ella paró y, con un estrépito terrible, cayó del árbol. Incluso entonces, después de caer pesadamente del árbol y con heridas mortales en el cuerpo, la osa no estaba del todo muerta, y Gerard tuvo que matarla incrustándole la daga en el corazón. Si es que los dos amigos no se hubiesen ayudado uno al otro, la osa ciertamente los habría matado a los dos.

Jessie y el oso grizzly

El oso grizzly es el más grande y fuerte de los osos pardos. Había una vez un poni de montaña, un caballo pequeño pero fuerte, usado por los cazadores en las montañas de Canadá. Era una yegua llamada Jessie, y su amo, Mark, era un cazador. Mark se encontraba cazando en las montañas de Canadá, montado sobre este robusto poni de montaña, Jessie. Por varios días, Mark había observado un rebaño de cabras montañesas salvajes, quería dispararle a una de ellas para conseguir algo de carne y para obtener un par de esos hermosos y fuertes cuernos. Habiendo observado a cierta distancia a las cabras montañesas por un buen tiempo, decidió cuál sería el lado por el que debía de aproximarse para así encontrarse lo más cerca posible.

Por supuesto que uno no puede acercarse demasiado a estas criaturas salvajes, pero sí lo suficiente como para disparar un rifle. Entonces, después que Mark había subido cabalgando por el estrecho sendero de la montaña, vio a una cabra salvaje cerca del precipicio. Cogió su rifle, apuntó y disparó. Las cabras se dispersaron en muchas direcciones, pero una de ellas cayó, y cayó por un empinado precipicio. Pero la cabra no cayó hasta el final, pues en medio del precipicio había una plataforma que sobresalía, y la cabra cayó sobre esta plataforma y se quedó allí, inmóvil, muerta, pero no de mucha utilidad para Mark. ¿Qué podía hacer?

Entonces Mark recordó que tenía una soga larga y fuerte. Si es que se acercaba al borde del precipicio, ataba la soga a una roca y la dejaba caer por el precipicio, ésta sería lo suficientemente larga como para llegar hasta la plataforma en la que se encontraba la cabra muerta. Así es que Mark desmontó, dejó su poni y su rifle a cierta distancia, y se acercó al borde del precipicio con su soga. Como había planeado, amarró la soga a una roca y la dejó caer hasta la plataforma. Y entonces empezó a descender por la soga. Apenas llegara a la plataforma iba a atar a la cabra con la soga, treparía de vuelta y jalaría la soga. Eso es lo que hubiese querido hacer. Pero ni bien puso un pie en la plataforma que escuchó un molesto "whuf" por encima de él, miró hacia arriba y vio a un enorme oso grizzly, justo encima del precipicio, mirándolo fijamente y lleno de furia. No cabía duda que se trataba de una osa, los cachorros debían de estar cerca del precipicio en alguna cueva, y el disparo y todo el alboroto la habían molestado, de seguro pensaba que alguien estaba atacando a sus pequeños.

Mark no podía hacer nada, no podía volver a trepar por la soga porque la osa lo estaba esperando para aplastarlo de un zarpazo, y no podía bajar de la plataforma pues había una caída de unos 15 metros (50 pies) hasta el suelo. Tampoco podía quedarse en la plataforma, pues soplaban vientos helados y no duraría mucho tiempo con ese ventarrón helado. "Pobre Jessie," pensó, "ahora la osa irá tras ella, sólo espero que sea lo suficientemente rápida como para poder escapar."

La osa grizzly fue tras Jessie, se fue hacia el caballo a grandes zancadas, pero Jessie no trató de escapar. Más bien hizo algo bastante inesperado; le dio la espalda a la osa y se quedó muy quieta. A la osa le gustó esto, pues aproximarse a una presa por detrás era un botín fácil. Pero cuando la osa estuvo lo suficientemente cerca como para alcanzar los costados de Jessie

con sus garras, Jessie pateó – pateó con los dos cascos traseros, cascos que tenían herraduras de hierro, y la patada aterrizó en la cabeza de la osa. Una cabeza humana hubiera quedado destrozada, pero los osos tienen cráneos más duros, y la osa sólo sintió un fuerte golpe. Se irguió en sus dos patas – entonces Jessie pateó otra vez y los cascos golpearon el pecho de la osa y la tiraron al piso. Y esto fue suficiente para la osa, con un chillido desapareció.

Mark pudo escuchar todo desde la plataforma. Trepó rápidamente por la soga, no se preocupó más por la cabra, no se preocupó por la soga, se apresuró hacia Jessie que lo había salvado de una situación desesperada, se montó sobre ella, y se fue cabalgando lo más rápido que pudo. No tenía deseos de esperar a que la osa tuviese otra oportunidad.

*

Hemos visto las similitudes entre los seres humanos y los osos, quienes tienen la habilidad de pararse y hasta de caminar sobre sus patas traseras. Sin embargo, los osos sólo pueden usar sus extremidades delanteras para pelear y matar, no pueden usarlas para hacer algo; no son como las manos. Sólo el ser humano tiene el don de las manos, las que pueden crear cosas y dar cosas a los demás y, entonces, en el caso del ser humano las manos son sirvientas de nuestra cabeza y corazón, a diferencia de las extremidades del animal que son sólo sirvientas del tronco.

13

El León

Ahora llegamos a un animal al que se le llama el rey de las bestias – el león. El león es en realidad un gato grande. Es un animal muy fuerte, y cuando está cazando o peleando puede ser terriblemente feroz, pero la mayor parte del tiempo se encuentra relajado. Cuando se quiere describir a una persona que es osada y valiente, se dice que es “valiente como un león.” Una vez hubo un rey famoso, quien fue un líder de tanto valor que la gente lo llamó Corazón de León. El león adulto tiene una cabeza ancha y una gran melena (ningún otro gato tiene melena), las que junto con su andar majestuoso y digno lo hacen verse tan magnífico que uno puede comprender por qué las personas lo llaman el rey de las bestias.

El león es un animal muy musculoso: puede correr muy rápido y de un salto puede cubrir una gran distancia – el largo de un ómnibus. Un golpe con una de sus enormes patas sería suficiente como para hacernos volar, y sus mandíbulas son tan poderosas que los dientes de atrás pueden partir un hueso tan fácilmente como nosotros podemos partir un trozo de apio. Cuando un león adulto lanza uno de sus estruendosos rugidos, éste es tan fuerte que se le puede escuchar a millas de distancia, como advirtiendo a todos los demás que tengan cuidado. Pero, incluso a pesar de esta gran fuerza muscular, al león no se le ve torpe o pesado; más bien se le ve elegante y ágil cuando se mueve. Puede exhibir una fuerza y tensión increíble, pero también una relajación absoluta.

El león es, como dijimos, un gato grande, pero mientras que los otros tipos de gatos – tigres, leopardos, gatos salvajes – prefieren vivir solos la mayor parte del tiempo, a los leones les gusta vivir en familias numerosas. A una familia de leones se le llama una manada, y fácilmente pueden haber veinte animales en una manada: dos leones, seis leonas y todos sus cachorros.

Siempre hay más leonas que leones, pero los grandes machos adultos, con sus impresionantes melenas, son siempre los líderes; ellos se encargan de defender la manada y el territorio – no sólo de intrusos peligrosos como las hienas, sino también de otros leones que a veces quieren volverse los líderes. Cuando esto ocurre, se dan unas peleas feroces, pues los machos adultos son los más grandes y los más fuertes de la manada.

A los leones les gusta echarse juntos durante el calor del día. Se les puede escuchar gruñendo y rugiendo conforme se mueven y conversan unos con los otros. Cuando nosotros nos encontramos con un amigo o pariente nos damos la mano o un abrazo, pero cuando los leones se saludan entre sí se frotan las cabezas y cuellos, se acarician con sus hocicos. Los gatos domésticos pasan mucho tiempo limpiándose a sí mismos – lamen su piel con su áspera lengua. Los leones hacen lo mismo, excepto que a ellos también les gusta lamer a otros leones. Después de todo, es imposible lamerse el cuello y la cabeza propios de forma apropiada, ¡así es que es bueno que otro pueda hacerlo! Los leones lamen a otros leones y las madres lamen a sus cachorros. Al hacer esto no sólo se están limpiando y acicalando, sino que también se están pasando el olor particular de la manada, y esto les gusta mucho a los leones. Al mismo tiempo, las madres les dan a los cachorros un empujón amoroso con sus hocicos, entonces uno puede escuchar un ronroneo profundo y un maullar, a veces también un poco de siseos y gruñidos. Los leones también exhiben algo de sus sentimientos en sus caras; en términos generales son animales muy “expresivos.”

Si pueden encontrar algo de sombra, los leones prefieren echarse allí – quizás bajo un árbol o arbusto. Entonces se estirarán o se acurrucarán – a veces pondrán su cabeza sobre el león que se encuentre más cerca a ellos y cerrarán sus ojos para descansar. Las leonas y sus cachorros pasan mucho tiempo juntos, sin los leones machos; todas las leonas de la manada son parientes unas de otras – hermanas, hijas, tías – y las mayores trabajan bien en equipo. Toda la manada no permanece junta todo el tiempo, los leones se separan en grupos más pequeños y viajan por el territorio por un tiempo, encontrando aventuras y buscando comida. Algunos leones hasta eligen partir por sí solos o en parejas.

Casi todos los leones salvajes viven en África, en grandes pastizales conocidos como sabanas. La sabana es primordialmente plana, y continúa así milla tras milla, con uno que otro árbol y arbusto por aquí y por allá, pero no hay bosques ni selvas, ni siquiera un grupo de árboles juntos. En la sabana hay una estación de lluvia y una estación seca, pero es la estación seca la que predomina la mayor parte del tiempo, y entonces cae muy poca lluvia. Por esta razón, la sabana es tan seca como un desierto, y el pasto no es verde y jugoso como lo es aquí, sino que es duro y de un color marrón-dorado, exactamente el color de la piel del león. Después de la última estación de lluvia quedan algunos charcos de agua esparcidos por aquí y por allá, y muchos tipos de animales van a beber de la preciosa agua durante tiempos de calor y aridez. Los leones también van a estos charcos de agua, no sólo por el agua, sino también para encontrar algo que comer. En la sabana viven grandes manadas de animales con cascotes y que se alimentan de pasto: antílopes, ñus, búfalos, cebras, y sólo un número mucho más reducido de animales que cazan o predadores: leones, leopardos, chitas. También hay muchas aves y otros animales como culebras, monos, hienas, jirafas, rinocerontes.

Cazando la comida

A los leones les gusta descansar cuando hace calor – estirados a lo largo o enrollados como gatos. Los pequeños cachorros no descansan mucho, les encanta jugar, perseguirse,

atraparse y pelearse. Frecuentemente corretean por los alrededores mientras que los leones adultos descansan bajo el calor. Cuando algunas personas ven leones durmiendo durante el calor del día piensan que son unas bestias ociosas; echados por horas, relajados, durmiendo, y tomándosela con calma. Es cierto que pasan la mayor parte del día descansando y durmiendo, pero cuando llega el momento de traer algo de comida a la familia, cuando salen a cazar, entonces la cosa cambia completamente. Cuando el sol se oculta y ya no hace tanto calor, llega el momento de estar activo.

Los leones se levantan y dan un gran bostezo, estiran muy bien sus músculos y doblan sus garras: se están preparando para la acción. En realidad podrían cazar a cualquier hora, pero prefieren los momentos más frescos del día: el atardecer, la noche y, especialmente, la madrugada. Los leones y todos los gatos pueden ver muy bien con poca luz, incluso cuando es tan oscuro que nosotros casi no podríamos ver nada en absoluto. También tienen un oído muy aguzado y un excelente sentido del olfato. Las leonas son las mejores cazadoras – son más pequeñas, más rápidas y más ágiles que los grandes machos. La familia entera, toda la manada, depende de sus habilidades, de su paciencia y concentración cuando acechan a una presa.

Si ustedes ven a una leona tras un antílope o ñu, difícilmente podrán imaginarse otra criatura que pueda concentrarse tan completamente en lo que está haciendo. Ella concentra toda su atención en el trabajo que tiene en frente, no mira ni a izquierda ni a derecha, no se distrae con nada que pueda estar ocurriendo a su alrededor. Sus ojos están tan fijos en su presa que, en ese momento, es lo único que ella ve. Los leones tienen patas acolchadas, caminan casi en silencio, y es increíble presenciar cómo la leona se arrastra sigilosamente hacia la manada de animales que está comiendo pasto. Se agacha tanto que su barriga roza el piso, y avanza con patas dobladas, lenta y cautelosamente, primero una pata, después la otra. Pero todo esto pasa tan gradualmente que podría parecer como si la leona estuviese deslizándose en cámara lenta por el pasto, y si una cebra mirara en esa dirección se quedaría petrificada, no movería ni un músculo, hasta que otra vez volviese a mirar en otra dirección. No hay movimientos súbitos, no hay sonido alguno, conforme la leona se va acercando, pulgada a pulgada, hacia la cebra. Ella es muy paciente y puede acechar de esta forma por horas.

Se requiere de gran fortaleza y agilidad para poder avanzar agachado de esta forma por un cierto período de tiempo, pero, como vimos, el león es una criatura fuerte y poderosa. Pero ustedes se estarán preguntando: si una leona puede correr tan rápido, entonces, ¿por qué se da todo este trote? ¿Por qué no persigue simplemente al antílope y lo atrapa? ¿Por qué pasa tanto tiempo acechando de esta forma? Es cierto que los leones pueden correr muy rápido y dar grandes saltos, pero no lo pueden hacer por mucho tiempo. Si pueden imaginarse un atleta de carreras de distancias cortas, éste también corre muy rápido pero, después de muy poco tiempo, está exhausto y jadeando. Los leones son parecidos a estos musculosos atletas; si bien es cierto que son muy buenos para salir disparados al comienzo, no pueden mantener ese ritmo por mucho tiempo. Pero los animales que tienen casco como la cebra o el antílope tienen mayor resistencia. Sólo imagínense la gran distancia que un caballo puede galopar; puede avanzar por millas de millas. Entonces, los animales con casco son más como los atletas de distancias largas – al comienzo no son muy rápidos pero resisten grandes distancias. Y entonces ocurre frecuentemente que cuando un león persigue a una cebra o ñu, el animal con cascos logra escapar a menos que lo atrape rápidamente. Es por eso que es importante para el león acercarse lo más posible a su presa, acechando, y saltar sólo en el último segundo.

A menudo las leonas trabajan juntas; cazan en equipo, esparciéndose y formando un gran círculo alrededor del grupo de cebras o antílopes. Para estos animales el pasto es alimento, es algo que comer, pero para los leones este mismo pasto no es alimento sino un escondite – algo que sirve para esconderse cuando están cazando. Algunas de las leonas estarán escondidas en

el alto pasto, y entonces aquellas en el extremo más lejano del círculo perseguirán a los antílopes hacia donde están escondidas sus compañeras. De esta forma, una de las leonas escondidas saltará y atrapará a la presa mientras las otras vienen corriendo para ayudar. Todas saltan sobre la presa, la cogen con sus patas delanteras, y pronto la matan. Esto proporcionará una buena comida para toda la familia, para toda la manada. Un león puede comer una buena cantidad de comida, hasta 25 kg (50 libras) de carne, pero después tiene mucho sueño y se echa a descansar por un buen rato para digerir la comida.

A veces nos podría parecer que la naturaleza es cruel, pero esto es sólo en apariencia. Frecuentemente, cuando un león atrapa una cebra, las personas observan que la cebra se “rinda” – deja de luchar. También se ha notado que, si se espanta al león, un animal que aparentemente estaba muerto sale corriendo ileso. El explorador escocés, David Livingstone, una vez pasó por la experiencia de ser atacado por un león, pero tuvo suerte. Fue rescatado justo a tiempo y vivió para poder contar la historia. Lo que comentó fue muy interesante: dijo que un león rugiendo lo cogió entre sus mandíbulas y lo sacudió como un perro terrier sacude a una rata, o como un gato sacude a un ratón. Por supuesto que se pegó un susto terrible cuando el león lo cogió, pero entonces ocurrió una cosa extraña. En el momento en el que el león lo sacudió ya no sintió más miedo ni más dolor, era como si estuviese soñando mientras estaba despierto. Sintió mucha calma y no pensó en defenderse, a pesar de que sabía todo lo que le estaba ocurriendo. En el siguiente instante sus amigos se apresuraron hacia él, espantaron al león y se encontró sano y salvo. Pero siempre recordó este encuentro cercano con el león, y se preguntó si cuando un león atrapa a un animal, este animal tampoco siente dolor o miedo.

Pareciera como si los leones y las cebras, los cazadores y sus presas, fuesen enemigos naturales, pero esto es sólo en apariencia. Si no hubiesen animales que cazan, entonces pronto habría demasiados animales que comen pasto, y no habría suficiente comida para todos ellos. Si esto ocurriera, muchos de ellos morirían de hambre. Pero la vida también es difícil para los leones en la sabana, pues hay tiempos en los que no pueden atrapar nada y pasan hambre, y por lo tanto tampoco hay tantos leones. Pueden ver cómo la sabiduría que trabaja en la naturaleza mantiene las cosas balanceadas.

Cachorros de león

Es la madre la que asume la responsabilidad de criar a los cachorros. Cuando llega el momento en que la leona va a dar a luz a sus cachorros, ella encuentra un lugar tranquilo y resguardado, lejos de los demás. A este lugar se le llama madriguera. Puede encontrarse entre rocas o entre arbustos, o simplemente puede ser un cómodo hueco escondido por el alto pasto. Cuando los cachorros nacen – pueden haber dos, tres o hasta cuatro – son pequeños e indefensos, sus ojos todavía no están abiertos y no tienen dientes. Pasarán tres semanas antes de que puedan caminar. Los leones adultos no tienen manchas ni rayas, pero los pequeños cachorros tienen un suave patrón de manchas, el que desaparece gradualmente conforme crecen.

La mamá leona hace una nueva madriguera cada cierto tiempo, pues la sabana es un lugar peligroso; por ejemplo, hay hienas que podrían pensar que un pequeño cachorro de león podría convertirse en una deliciosa cena si es que, a la velocidad del rayo, pudiesen entrar y agarrar uno. Después de todo, la leona no puede permanecer con sus cachorros todo el tiempo – tiene que ir a cazar para alimentarse. Cuando la leona quiere mover a sus cachorros de un lugar a otro, los coge con su boca por la nuca y los lleva a la nueva madriguera. Sus mandíbulas, tan

fuertes y feroces cuando está cazando, son ahora muy delicadas, y los cachorros encuentran que esta forma de ser transportados es bastante cómoda, simplemente se relajan y no batallan para que se les ponga en el suelo. Cuando los cachorros son lo suficientemente grandes – alrededor de dos meses – la leona los lleva a una especie de cuna dentro de la manada, y allí todas las madres se ayudan entre sí para criarlos. Y los pequeños se quedan tan contentos bajo el cuidado de sus tías como bajo el cuidado de su propia madre. Al comienzo, los cachorros sólo toman leche, y no probarán carne sino hasta que tengan unas seis semanas de nacidos. A los tres meses les empiezan a salir los dientes y poco a poco empiezan a recibir más carne, pero todavía toman leche hasta los seis meses; después de los seis meses sólo se alimentan con carne.

Cuando son lo suficientemente mayores, la madre lleva a sus cachorros a algún animal que la manada haya cazado, de forma que aprendan a sacar la carne de los huesos por sí solos. Ellos mordisquean con los dientes de adelante y usan sus ásperas lenguas para lamer la carne de los huesos. Cuando tienen un año, llega el día especial en el que se les permite ir a su primera cacería con las leonas. Al principio sólo observan, pero después de unas cuantas veces aprenden gradualmente a mantenerse escondidos y silenciosos, a concentrarse duro, y a acechar a la presa. Pero, pasará otro año antes de que hayan aprendido lo suficientemente bien como para ser de verdadera ayuda en una cacería. Los cachorros también aprenden mucho cuando juegan unos con los otros; se persiguen, se atrapan, se muerden, aunque también aprenden a no hacerse daño y a no morderse demasiado fuerte.

Cuando los cachorros tienen cerca de tres años de edad, las “niñas” se quedan con la manada, pero los “niños” empiezan a mostrar una melena y llega el momento en que tienen que dejar la manada. Un día, los padres empiezan a gruñir y a espantar a los machos jóvenes – ahora tendrán que valerse por sí mismos. Esto podría parecer duro, pero tiene que ser así, pues un día ellos tendrán sus propias familias y serán los líderes de su propia manada en algún territorio nuevo de la sabana.

Hoy en día, muchos leones viven en grandes parques nacionales en la sabana. Estos son lugares en donde los animales están protegidos y no se permite que nadie les cause daño alguno – dos parques nacionales famosos en donde se pueden ver leones son el Serengeti en Tanzania y el Masai Mara en Kenya. Pero, ¿por qué necesitamos parques con protección especial para los animales? Hubo un tiempo, hace mucho, cuando los humanos jugaban un pequeño rol en los quehaceres de la naturaleza, y encajaban de lo más bien con los animales y las plantas. Pero hoy en día, debido a nuestra agricultura y pesca y todas nuestras industrias, nosotros los seres humanos tenemos un gran impacto sobre lo que ocurre en la naturaleza. A veces esto es algo bueno y ayudamos a las plantas y animales, pero con demasiada frecuencia alteramos el balance de la naturaleza y causamos, involuntariamente, mucho daño. Por ejemplo, ya no quedan tantos leones como solían haber. Más y más dependerá de nosotros el proteger a los animales en estado salvaje, de forma que puedan continuar viviendo como lo han hecho por miles de años; hoy en día hay muchas personas que están trabajando en parques nacionales y también de muchas otras formas para que esto pueda ocurrir.

14

Buddy, el Perro Guía

El león, el rey de las bestias, es un pariente de los gatos domésticos que algunas personas tienen en sus casas. Otro animal que nos gusta tener en nuestros hogares es conocido como “el mejor amigo del hombre.” Es el perro, y por supuesto que todos los perros son parientes de otro animal salvaje, el lobo. Los gatos salvajes (a excepción de los leones) viven solos y cazan solos, les gusta ser independientes, pero los lobos viven en grupos – y entonces, un perro es un tipo de mascota muy diferente a un gato. Un perro trata a las personas que viven con él como si fuesen su manada, y necesita saber quién es el líder de la manada. Será un animal mucho más feliz cuando sabe que su dueño es el líder, y que se encarga de decidir lo que ha de ocurrir. Entonces, es más fácil entrenar a perros que a gatos, y los perros disfrutan cuando trabajan con las personas de diferentes maneras, como perros cazadores, como perros que traen cosas de vuelta, como perros que olfatean, como perros ovejeros, y – uno de los más maravillosos de todos – como perros-guías para personas ciegas.

Los seres humanos y los perros han vivido juntos por miles de años, pero tan sólo en los últimos cien años es que algunas personas pensaron que los perros-guías para ciegos podían convertirse en una posibilidad. Cuando se sugirió esta idea por primera vez, muchos pensaron que se trataba de una broma – ¡sólo bastaba con imaginarse a un pobre ciego siendo arrastrado por la cadena de un perro, mientras éste perseguía a otros animales o se paraba a olfatear cada árbol! Pero hubo unas cuantas personas que creyeron que algo así podía lograrse con el tipo adecuado de perro y con el entrenamiento apropiado.

En aquellos días había un hombre ciego llamado Morris Frank que vivía en los Estados Unidos y que empezó la primera escuela de entrenamiento para perros-guías en ese país. Morris no había nacido ciego; perdió la vista debido a accidentes. A la edad de seis años estaba montando un caballo cuando se fue de frente hacia la rama de un árbol, mientras el caballo pasaba por debajo sin ningún problema – el resultado fue que perdió la vista de su ojo derecho. Diez años más tarde, a la edad de dieciséis, estaba practicando boxeo cuando le cayó un golpe en la cabeza que le hizo perder la vista del ojo izquierdo. Y con la pérdida de la vista también perdió su independencia, pues cada vez que deseaba ir a algún sitio o hacer algo, necesitaba de alguien que lo ayudara o lo guiara. Incluso si deseaba ir al peluquero para un corte de pelo, alguien tenía que llevarlo, y muy posiblemente después tenía que esperar una hora o dos hasta que alguien se desocupara y lo pudiese recoger otra vez. Y, conforme se hacía mayor, no había muchos empleos disponibles, pues en aquellos días se pensaba que los ciegos no podían hacer muchas cosas por sí mismos.

Pero Morris tenía un espíritu luchador y no estaba dispuesto a aceptar esto, estaba decidido a llevar una vida normal y no quería depender siempre de ayudantes. Entonces, un día, cuando tenía veinte años, ocurrió algo que cambiaría su vida para siempre.

Algunos años atrás había habido una guerra terrible, la Primera Guerra Mundial. Miles de hombres jóvenes quedaron heridos, y entre ellos un gran número perdió la vista. Entonces, fue en Alemania que el entrenamiento de perros-guías empezó de verdad y, cuando Morris ya era un hombre joven, éste se encontraba ya muy bien encaminado. Una estadounidense que vivía en Suiza, Dorothy Eustis, escribió un artículo para una revista norteamericana llamada *Post*, en la que describía algo de este nuevo trabajo que se estaba haciendo con perros-guías. Y así ocurrió que un frío y húmedo día de noviembre, el vendedor de periódicos de la esquina llamó a Morris, “¡Ey, Señor Frank, hay un artículo en el *Post* de esta semana que debería de leer! Es acerca de gente ciega como usted.”

Morris llevó la revista a su casa y su padre le leyó el artículo. El título del artículo era “El Ojo que Puede Ver” y Morris escuchó con creciente interés. Al oír sobre estos increíbles perros-guías se llenó de esperanza, sabía que esto era lo que había estado esperando. No perdió tiempo en dictar una carta dirigida a la Señora Eustis. Por supuesto que deseaba mucho tener su propio perro-guía, pero desde un inicio tuvo también la idea de empezar una escuela de entrenamiento de perros-guías en Estados Unidos. Cuando Dorothy Eustis leyó la carta de Morris se vio obligada a pensar cuidadosamente sobre ésta. Aunque había visitado la escuela de entrenamiento y había escrito el artículo, ella no trabajaba con perros-guías, ella sólo entrenaba perros para otro tipo de trabajos. Pero entonces tomó una decisión importante: se dispuso a ayudarlo y le escribió una carta invitándolo a Suiza.

Y entonces llegó el día en que Morris se subió a un barco para cruzar el Océano Atlántico, pero esto no resultó ser algo fácil. No se le permitía viajar libremente como un pasajero común y corriente porque era ciego. La única forma que podía viajar era si American Express lo enviaba, algo así como si él fuese un paquete. En realidad no llegaron a empaquetarlo, pero sí tuvo que tener un asistente que lo cuidase, y en las noches tenían que encerrarlo en su cuarto – por su propia seguridad, por supuesto. Durante el largo viaje se sintió un poco solo y desanimado, pero la idea de lo diferente que sería su vida una vez que tuviese su propio perro-guía y no tuviese que depender de un auxiliar que lo condujera por todas partes, le daba ánimos.

Eventualmente, el barco llegó a un muelle en Francia, y allí empezó otro viaje difícil hasta Suiza. Cuando descendió del tren a la plataforma en Vevey sintió el sol que calentaba y el aire fresco de la primavera, entonces escuchó una voz placentera que decía, “*Señor Frank, aquí estamos.*”

Era Dorothy Eustis que había venido especialmente para darle el encuentro; le dio la mano. Con ella estaba Jack, su entrenador principal, el que también le dio la mano a Morris y, con una risa amigable, le dijo, “*¡De hecho usted es el paquete más grande que jamás hayamos recibido de American Express!*”

Ambos le dieron una bienvenida tan acogedora que Morris se sintió más alegre de lo que se había sentido desde que empezó el viaje, y casi le pareció que no transcurrió nada de tiempo hasta que llegaron frente a la propiedad de la Señora Eustis. Aquí sería donde Morris viviría por las siguientes cinco semanas, y en donde ocurriría el entrenamiento del perro. Morris había necesitado de mucha valentía para encarar el largo y difícil viaje por sí solo, pero ahora parecía como si sus sueños se estuviesen haciendo realidad.

Trabajando juntos

Jack ya había estado entrenando a un perro para Morris; era una perra pastor alemán. Jack quería que Morris y su perro se hiciesen buenos amigos desde el primer momento, así es que antes de presentarlos le dio a Morris un pedazo de carne. Le dijo que cuando trajera a la perra, Morris tenía que darle la bienvenida, hacer un alboroto y hablarle. Entonces se fue a traerla. Morris escuchó el sonido de pasos conforme entraban al cuarto.

“Aquí chica” le dijo suavemente, y entonces sintió su amable hocico mientras cogía la carne de su mano. Acarició su cabeza y le pasó la mano por el suave pelaje; sintió cómo ella movía su cola y sintió sus orejas aterciopeladas. Aunque la perra ya tenía nombre, Morris quiso llamarla “Buddy” y, desde ese momento, así fue como se le llamó.

La primera cosa que Morris tuvo que aprender fue cómo ponerle el arnés. El perro-guía tiene que usar un arnés especial, ya que una correa común y corriente no le serviría en lo absoluto

a la persona ciega que tiene que encontrarse en contacto cercano con su perro. Un ciego tiene que ser capaz de sentir inmediatamente si el perro se va hacia la izquierda o hacia la derecha, si avanza rápida o lentamente, si está dudando o si se está sentando. Al comienzo, Morris era muy torpe cuando le ponía el arnés; aunque era cuidadoso, de alguna forma se las ingeniaba para golpearle el ojo a Buddy, o para pellizcarle la oreja con la correa, o para pisarle la pata. Pero Buddy era una perra paciente, y aguantó todo esto sin quejarse. Morris tenía muchas ganas de continuar con el entrenamiento, pero Jack le explicó a Morris que Buddy todavía lo consideraba a él, Jack, su amo. Él la había entrenado, así es que era importante que Buddy aprendiera a pensar en Morris como su nuevo amo. Y esto era cierto, pues el único momento en el que ella se entusiasmaba verdaderamente y movía su cola con alegría era cuando veía que Jack se acercaba.

Morris sabía que dependía del esfuerzo que él pusiese para que Buddy se convirtiera realmente en su perro. Así es que aprendió a cuidar a Buddy; era su trabajo alimentarla, cepillarla, y preocuparse por todas sus necesidades. Y Buddy se quedó al lado de Morris en todo momento: dormía sobre la alfombra de su cuarto, se sentaba bajo la mesa cuando él comía, iban juntos a todas partes. Y Morris aprendió a elogiarla constantemente y a decirle, *"Buena chica"* cuando hacía algo bien.

Y entonces llegó el primer día cuando trabajaron juntos con el arnés. Parado al lado de su perra, Morris le dio la orden, *"¡Adelante!"*

El asa casi se le suelta de la mano conforme volaban por el sendero hacia la puerta. Buddy se detuvo súbitamente, Morris perdió el balance y casi se cae. Jack exclamó, *"Te está mostrando donde está el pestillo."*

Así es que Morris palpó el lomo de Buddy y lo siguió hasta llegar a su nariz – se dio cuenta de que ella estaba apuntando hacia el pestillo como un profesor señalaría una letra sobre la pizarra. Jack siempre estaba cerca dando instrucciones: *"Párate derecho, echa tus hombros hacia atrás, mantén la cabeza erguida, mira hacia adelante, camina con seguridad, da pasos largos, agarra el arnés apropiadamente."*

Al mismo tiempo, Morris tenía que aprender a percibir lo que Buddy hacía, prestando mucha atención a los movimientos del arnés; no servía de mucho marchar todo el tiempo sólo hacia adelante. No servía de nada tener un perro-guía a menos que uno pudiese aprender a seguir exactamente el sendero por donde lo estaba guiando. Había tantas cosas que recordar al mismo tiempo. A través del asa podía sentir cada movimiento del cuerpo de Buddy, y era maravilloso poder avanzar juntos, pero por mucho tiempo no había logrado ni ir muy rápido ni muy lejos.

Fueron al pueblo en el funicular, y Jack le explicaba constantemente a Morris lo que Buddy hacía. Había tantos sonidos y olores, tantas órdenes de Jack y tantas cosas que aprender. Morris empezó a darse cuenta de lo inteligente que era Buddy, guiándolo alrededor de obstáculos y manteniéndolo libre de daño alguno – incluso con ramas colgantes, debajo de las cuales Buddy hubiese podido pasar fácilmente. Después de un par de horas volvieron a casa y Morris se hundió en una silla. Recién ahora se daba cuenta de lo exhausto que se encontraba; sus pies estaban molidos, sus piernas adoloridas, su brazo inflamado, y tenía dolor de espalda por haber estado jalando el arnés. Pero todos estos dolores y cansancio no importaban – se sentía de lo más bien.

Esto fue tan sólo el comienzo, pues Morris necesitaba de tanto entrenamiento como el que había tenido Buddy. A lo largo de los años se había acostumbrado a todo tipo de malos hábitos; no se paraba bien sino que se encorbaba, caminaba con desconfianza y con pasos cortos, en general titubeaba y carecía de confianza en sí mismo. Así es que durante los siguientes días hubo que hacer mucho trabajo arduo, y frecuentemente Jack tenía que ser muy firme y estricto con Morris.

Entonces llegó el día en el que Jack le dijo a Morris que, de ahora en adelante, tendría que aprender a valerse por sí solo. Jack todavía iría con ellos, pero ya no daría indicaciones, ya

no ayudaría más – ya no le recordaría más sobre las cosas. Y de esta forma fue como se encaminaron hacia el portón, Buddy paró pero Morris no estaba prestando la atención suficiente y se fue contra el poste del portón. Le dolió mucho pero, como escuchó que Jack se reía, se hizo el que apenas había rozado el poste y con una risa continuó.

Como siempre, Buddy paró junto a los escalones del funicular, pero Morris fue demasiado lento en responder y se cayó, golpeando bruscamente sus rodillas. Jack se rió otra vez y Morris empezó a sentir cólera, y pensó, *“Qué forma más cruel de tratar a un hombre ciego.”* Tomaron asiento en el tranvía. Morris sabía que, antes de que Buddy se echara, tenía que verificar que sus patas estuviesen fuera del lugar por donde caminan las personas, pero como estaba tan fastidiado se olvidó. Jack suavemente caminó por sobre las patas de Buddy, lo suficiente como para que ella aullara. Morris pegó un brinco y rápidamente puso a Buddy bajo sus rodillas, como debió de haberlo hecho antes. Jack no dijo nada y Morris se sintió muy molesto y descorazonado. Pensó, *“¿Por qué se rió de mí? ¿Por qué no hizo algo para que no me cayera? ¿Por qué se paró sobre mi perra para darme una lección?”*

Las cosas continuaron así y pronto Morris sentía que la sangre le hervía de la cólera. Debido a que estaba tan molesto no le prestaba la atención debida a Buddy, y se daba de golpes contra las personas y se tropezaba con las cosas. Cuando casi fue atropellado por un carro porque no estaba “escuchando” a Buddy, volvió rápidamente a sus sentidos, pero cuando llegaron a casa todavía seguía molesto – molesto y triste al mismo tiempo. Simplemente dijo, *“No quiero nada de comer.”* Entonces se fue a su cuarto y se sentó sobre su cama, y Buddy se echó sobre su alfombra.

Después de un rato se escuchó un golpe en la puerta, alguien la abrió y Morris escuchó la voz de Jack que decía, *“¿Está bien si entro?”*

Jack comprendía cómo se sentía Morris, desde un inicio se había dado cuenta de que esto no sería fácil. Se sentó junto a Morris y le habló. *“Mira Morris, hoy la pasaste mal, pero si yo continúo ayudándote nunca aprenderás a depender de Buddy. Ya no puedes seguir recostándote sobre mí.”* Le recordó que esta podría ser su única oportunidad de trabajar con un perro-guía, le recordó sobre todas aquellas personas ciegas en Estados Unidos a las que podría ayudar si empezaba una escuela para perros-guías. El futuro estaba en sus propias manos.

Morris escuchó como se cerró la puerta cuando Jack salió del cuarto. Se sentía muy deprimido. Qué tonto había sido de pensar que todo sería maravilloso. Qué tonto había sido de pensar que podría empezar una escuela de entrenamiento en los Estados Unidos cuando ni él mismo podía aprender a trabajar con un perro-guía.

Morris perdió las esperanzas y estaba dispuesto a darse por vencido. Pero entonces sintió que alguien se subía a la cama, sintió un soplo en su oreja, sintió que Buddy le lamía la mejilla como si comprendiera cómo era que se estaba sintiendo. Morris puso su brazo alrededor de Buddy, y entonces dejó de sentir lástima por sí mismo. Sí, mañana lo intentaría de nuevo. Pero entonces volvió a pensar sobre esto. No, esto no era correcto, él y Buddy *juntos* lo intentarían una vez más.

De regreso a los Estados Unidos

Y así continuó el entrenamiento, pero Morris nunca más volvió a pensar en rendirse; de ahí en adelante cada día empezó a progresar un poco más. Después de un par de semanas se sentía como un hombre nuevo, con Buddy a su lado podía avanzar con la cabeza erguida y con un renovado aire de seguridad. Un día se dio cuenta de que necesitaba un corte de pelo, así es

que preguntó si alguien podía llevarlo al pueblo, pero la Señora Eustis que había escuchado la conversación dijo, *"Morris, ¿por qué tú y Buddy no van solos al pueblo? Ya no necesitas que nadie te lleve."*

Así es que se fueron juntos, viajaron en el tranvía hasta el pueblo, avanzaron por las calles reconociendo lugares familiares, evitando huecos y montículos, subiendo y bajando por veredas, cruzando pistas hasta que pronto encontraron la peluquería. Morris se sentó para que le cortaran el pelo y Buddy se sentó a sus pies. Cuando estuvieron listos para volver a casa no hubo necesidad de depender de la ayuda de otra persona. Fue otro paso hacia una mayor independencia.

Ahora Buddy miraba a Morris como a su amo, y Jack se cuidaba de no interferir más de lo necesario. Un día los tres avanzaban por una calle estrecha en las afueras del pueblo, y Jack se había quedado bastante rezagado para dejar que Buddy y Morris avanzaran por sí solos. Morris se sentía muy contento, pero de repente escuchó un ruido extraño, un retumbar fuerte y un golpeteo de cascos, el ruido se hizo cada vez más y más fuerte hasta que se podía sentir cómo temblaba el piso. Morris se imaginó que eran caballos desbocados pero no tenía ni la menor idea de cómo escapar. Justo entonces sintió un fuerte jalón del asa del arnés; Buddy lo arrastró violentamente fuera de la calle y lo jaló con fuerza hacia un costado, subiendo por una inclinada loma llena de barro. Al instante siguiente se escuchó cómo un grupo de animales avanzaban atropelladamente, molestos y resoplando, y se escuchó el sonido de una carreta que pasaba precipitadamente. Unos momentos más tarde llegaba Jack corriendo, casi sin aliento, *"¿Estás bien? Te pudieron haber matado."* Con su rápida reacción, Buddy había salvado a Morris de ser atropellado.

Y de esta forma llegó el día en que Morris y Buddy tuvieron que volver a los Estados Unidos. Una vez más, Morris se subió a un barco para cruzar el Atlántico, pero el viaje de regreso a casa fue muy diferente al viaje de ida. Gracias a Buddy se hizo de muchos amigos; la gente lo detenía y le decía, *"Qué hermoso perro tiene,"* y de allí surgía una conversación. Ahora era libre de ir por el barco a donde deseara, junto con Buddy podía visitar personas hasta tarde en la noche y después encontrar fácilmente el camino de regreso a su camarote.

Cuando el barco llegó al muelle en Nueva York, había allí una pequeña multitud de reporteros de periódicos buscando noticias. Morris pronto empezó a hablar con ellos y les contó acerca de todas las maravillosas cosas que Buddy podía hacer. Pero los reporteros no se encontraban del todo convencidos; uno de ellos le dijo a Morris, *"¿Me está queriendo decir que su perro y usted pueden ir a cualquier parte?"*

"Sí," dijo Morris, *"Buddy me puede guiar por cualquier lugar."*

"En ese caso, muéstranos que puede cruzar la calle West," dijo el periodista. Por algún lugar se escuchó un grito ahogado, pero Morris no se desalentó.

"Vamos," dijo.

Algunos de los periodistas trataron de desanimarlo porque sabían que cruzar la calle West era demasiado peligroso, era una calle muy ancha y con mucho tráfico, sin un lugar por donde cruzarla, y era un lugar conocido por sus accidentes de tráfico. Morris sabía lo peligroso que era, pero también sabía lo importante que era tener a la prensa de su lado si quería empezar una escuela, y si fallaba esta primera prueba no tendría otra oportunidad por mucho tiempo.

Morris, Buddy y los reporteros se pararon en la vereda frente a la calle West. Morris tomó aire y dio la orden, *"¡Buddy, adelante!"*

Morris sentía cómo Buddy miraba cuidadosamente el tráfico, hasta que empezó a avanzar. El tráfico rugía, sonaba con estrépito y chillaba. Morris podía oler los gases calientes que emitían los tubos de escape y sentía cómo los grandes camiones pasaban a su lado, choferes furiosos gritándole, pero Buddy lo conducía, a veces un poco más rápido, a veces un

poco más lento, parando por un momento, y continuando otra vez. Había tanto estrépito y caos que Morris estaba confundido, perdió todo sentido de dirección y empezó a depender completamente de Buddy, pero Buddy continuó calmadamente como si todavía se encontrara en el campo de Suiza. Después de lo que pareció una eternidad – pero que en realidad fueron sólo tres minutos – llegaron sanos y salvos al otro lado de la calle West. Morris se arrodilló y abrazó fuertemente a Buddy, “Buena chica, buena chica,” le dijo, y de verdad que lo sintió con todo su ser.

Al poco rato el periodista corrió hacia ellos. “¡Lo lograron! De verdad que pensé que no podrían hacerlo. ¡Tuve que tomar un taxi para llegar hasta aquí!”

Los demás periodistas estaban todavía atracados al otro lado de la calle, pero al día siguiente la historia apareció en todos los periódicos, y desde entonces toda persona en Nueva York tenía muchas ganas de ver a este increíble perro.

Después de un tiempo Morris regresó a casa y empezó a llevar una vida plena, se divertía más que antes con sus amigos, y se volvió un exitoso hombre de negocios vendiendo seguros. A la mayoría de sus clientes les agradaba tanto tener a Buddy que gustosamente le compraban algún seguro también. En muy poco tiempo Morris pudo empezar su escuela de perros-guías, llamada “El Ojo que Puede Ver.”

La señora Eustis y Jack vinieron de Suiza para ayudar, y pronto la nueva escuela tuvo sus primeros dos estudiantes. La escuela “El Ojo que Puede Ver” existe todavía, y ha ayudado a miles de miles de personas ciegas, pero todo esto ocurriría todavía en un futuro lejano. En un inicio fue difícil encontrar suficientes perros para entrenar. Se requiere de un perro con un temperamento especial para que pueda ser perro-guía. No puede ser demasiado tímido ni demasiado agresivo, tiene que ser inteligente, calmado y amigable. Así es que sólo unos cuantos perros pasan la prueba y pueden ser entrenados. El encontrar personas apropiadas para que fuesen entrenadores, tanto de perros como de estudiantes, fue también otro reto.

Morris y Buddy viajaron por todo el país dando conferencias acerca de la nueva escuela, y multitudes de personas venían a verlos pero, a decir verdad, muchos de ellos venía en realidad solo para ver a Buddy. En estas conferencias, Morris y Buddy demostraban cómo podían trabajar juntos, las personas nunca habían visto nada parecido, y casi no podían creer lo que sus ojos veían cuando Buddy guiaba a Morris por el escenario y obedecía sus órdenes. Frecuentemente ocurría que las personas no creían que Morris era ciego de verdad. A veces, sin que Morris lo supiese, la gente ponía obstáculos en el escenario para ver si podían confundir a Buddy. Pero Buddy nunca falló, si no podía ir hacia un lugar por una ruta, entonces siempre encontraba otra ruta alternativa. Aunque esto significaba viajar mucho y era un trabajo arduo, a Morris y a Buddy les encantaba; Morris sólo tenía que sujetar el arnés para que Buddy se le acercara y empezara a escabullirse por todas partes por sí sola.

Un día, Morris tenía que hacer unos negocios en Chicago, una ciudad que no conocía, y tenía que encontrar el edificio de la Compañía de Gas. Mientras caminaba con Buddy había estado contando las cuadras y pensó que ya debía de estar casi allí, pero como no estaba seguro le preguntó a una persona que pasaba por allí. El hombre respondió, “¿Qué le ocurre? ¿Acaso es ciego? ¡Está parado frente a él!”

Antes de que Morris pudiese recoger el arnés y dar la orden de avanzar, otro hombre lo paró y le preguntó, “Disculpe, ¿podría decirme dónde está el edificio de la Compañía de Gas?”

Morris no se pudo resistir y respondió con satisfacción, “¿Cuál es su problema? ¿Está ciego? ¡Está justo en frente suyo!”

Pero Morris y Buddy todavía tuvieron que pelear grandes batallas, pues no se permitían perros en los aviones o trenes, no se permitía el ingreso de perros en tiendas o restaurantes, por todas partes se podían ver avisos que decían, “No se permiten perros.” Pero Morris era un

<https://ideaswaldorf.com/tag/libro/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/periodos/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/maestros/>

luchador y nunca dejó de luchar por los derechos de los ciegos. Aunque le tomó años de argumentar y persuadir, eventualmente consiguió que las personas ciegas y sus perros-guías fuesen aceptadas en todos los lugares públicos.

Morris y Buddy estuvieron juntos por diez años, y ahora no tenemos tiempo suficiente para contar acerca de todas las aventuras que pasaron juntos, quizás algún día ustedes puedan leerlas. Pero los perros no viven tanto como las personas y, después de una larga vida de trabajo, llegó el momento en que Buddy se hizo vieja y no era capaz de hacer tantas cosas como antes. Un día estaban bajando por las escaleras de un avión cuando las patas de Buddy cedieron bajo ella; Morris no quiso que la gente se diera cuenta de que ella se encontraba cerca del final del camino, y sujetó su peso con el arnés de forma tal que nadie se dio cuenta. Pero cuando llegó el momento de subir otra vez al avión, Buddy no lo logró y tuvieron que cargarla por los escalones. Como siempre, había fotógrafos esperando para tomar algunas fotos de Morris y Buddy para sus periódicos, pero cuando vieron que Buddy estaba pasando por una situación tan angustiante, bajaron sus cámaras y se acercaron amablemente para ayudar a cargarla. Todos estaban tan mortificados de ver a Buddy en ese estado que ninguno – a pesar de que había uno que otro personaje bastante duro entre ellos – tomó foto alguna de Buddy en su tiempo de necesidad.

Buddy no vivió mucho tiempo más después de esto, y pronto llegó el día en que se desmoronó sobre el piso como diciendo, *“Lo he traído a casa sano y salvo, mi tarea está cumplida.”* Le dio una última lamida a la cara llena de lágrimas de Morris, y cayó en un sueño bien-ganado.

Durante el resto de su vida Morris tuvo otros perros que lo guiaron – pero siempre existió un lugar especial en su corazón para Buddy. Así es que años más tarde, cuando la gente lo convenció para que escribiera un libro contando la historia de su vida y cómo era que había empezado El Ojo que Puede Ver, él no llamó a su libro *La Vida de Morris Frank*, ni nada parecido. No, el título que le dio a su libro fue *La Primera Dama del Ojo que Puede Ver*, y por supuesto que cuando hablaba de la primera dama se refería a su leal ayudante y compañera, Buddy.

Aportación del Instituto Goethe de México

Algunos enlaces de poemas y canciones

<https://ideaswaldorf.com/el-ser-humano/>

<https://ideaswaldorf.com/el-hombre-y-su-hermano-el-mundo-animad/>

<https://ideaswaldorf.com/el-serhttps://ideaswaldorf.com/el-ser-humano-y-la-natural-humano-y-la-natural/>

<https://ideaswaldorf.com/el-aguila-el-leon-y-la-vaca-c/>

<https://ideaswaldorf.com/el-aguila-el-leon-y-la-vaca/>

<https://ideaswaldorf.com/cancion-del-aguila/>